

4150

COMBATES Y CAPITULACIÓN

77  
213

co

DE

SANTIAGO DE CUBA

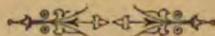
POR

EL TENIENTE DE NAVÍO DE PRIMERA

D. JOSÉ MÜLLER Y TEJEIRO

SEGUNDO COMANDANTE DE MARINA

DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO DE CUBA



MADRID

IMPRENTA DE FELIPE MARQUÉS.

CALLE DE LA MADERA, 11, BAJO

—  
1898

A LA MEMORIA

DE LOS HÉROES QUE SUCUMBIERON, VÍCTIMAS DE SU DEBER,

EN SANTIAGO DE CUBA

EL AUTOR.

## PRÓLOGO

---

El día 18 de mayo se avistaron desde el Morro de Santiago de Cuba los primeros buques enemigos, y se oyeron los primeros cañonazos que desde entonces, y por espacio de dos meses, raro es el día que han dejado de atronar el espacio.

Al siguiente, 19, entró con muy poco carbón, que irremisiblemente tenía que reponer, la Escuadra española, mandada por el Contraalmirante Cervera.

No era necesaria mucha perspicacia para comprender que, dados los poquísimos recursos con que se podía contar en este puerto, aquélla había de tardar más días en meter á bordo de los buques el combustible necesario, que en conocer el suceso el Almirante Sampson, Jefe de la de los Estados Unidos, y, por consiguiente, que sería bloqueada, como en efecto lo fué; y como consecuencia natural y lógica, que

el objetivo del enemigo serían la ciudad de Santiago y su puerto, donde se refugiaron los únicos buques de combate que España tenía en las Antillas, ó mejor dicho, en la mayor de ellas.

Así, pues, la llegada de la Escuadra dió á esta población una importancia militar, que sin esa casualidad nunca hubiera tenido, y se convirtió en el principal, por no decir el único teatro de operaciones de la Isla, cuyo desenlace tenía que ser de gran interés é influir poderosamente en el resultado de la campaña y de la guerra. Los sucesos han venido á demostrar la verdad de lo que presumí y presumieron cuantos en la ciudad estaban.

Desde entonces, día por día, hora por hora, y hasta minuto por minuto, y en ello no exagero, pues aún existe y puede verse, llevé un exacto diario de cuantos sucesos veía, ó llegaban á mi noticia, ó pasaban por mi conducto de procedencia oficial, ó que yo sabía eran exactos y fidedignos.

Cuando alguna comisión del servicio me lo impedía, sustituíame con ventaja el Ayudante de la Capitanía de Puerto, don Darío Laguna, mi amigo, que con el mejor deseo se prestó al servicio que le pedí, á pesar de sus constantes y múltiples obligaciones.

Si decir la verdad es un mérito, estos «Apuntes» (y perdón por la falta de modestia) lo tienen, si bien es el único. Cuanto en ellos consta ha sucedido, y

cuantos de Santiago de Cuba han regresado pueden atestiguarlo. Ni un solo hecho, por insignificante que sea, de los que en ellos se trata, es dudoso ó hipotético. Cuando he ignorado el resultado de alguno ó han quedado ocultos en el misterio su objeto ó sus consecuencias, lo he confesado claramente, sin ambajes ni rodeos, como podrá ver el que los lea. En todo ello nada he puesto de mi cosecha, y mi imaginación nada ha tenido que hacer, felizmente, porque no poseo el dón de la inventiva que en tantos admiro. Mi trabajo háse reducido á acopiar datos y adquirir el mayor número posible de noticias, cuidando sólo de que unos y otras fueran verdaderos, de lo cual he tenido buen cuidado de cerciorarme, comparando unos con otros.

Convencido de que en España no pueden conocerse en detalle, y sí sólo en conjunto, los sucesos que aquí han tenido lugar desde el día 18 de mayo hasta el 17 de julio, y, por consiguiente, la verdadera situación en que se encontraron Santiago de Cuba y las fuerzas que la defendían, he querido ponerlas de manifiesto en toda su verdad, para que el país, al cual creo debemos estrecha cuenta los que á mil quinientas leguas estábamos encargados de defender su dignidad y sus intereses, y entre los cuales tengo el honor de contarme, pueda, con entero conocimiento de causa, exigirnos la responsabilidad á que nos haya-

mos hecho acreedores, si estima que hemos incurrido en alguna.

Tal ha sido mi objeto, que mis compañeros de Santiago de Cuba, tanto del Ejército como de la Armada, espero aprobarán.

Santiago de Cuba, 10 agosto 1898.



# COMBATES Y CAPITULACIÓN

DE

# SANTIAGO DE CUBA

---

## I

### Algunos antecedentes históricos.

Es muy posible, que sin el apoyo más ó menos directo que España y Francia prestaron á los que hoy se llaman Estados Unidos de América, éstos no hubieran conseguido separarse de su Metrópoli; por lo menos hubiérales costado mucho más tiempo, muchas más vidas y muchos más sacrificios de todo género realizarlo. Que la política que entonces siguió la primera fué completamente errónea y fatales sus consecuencias, pruébanlo, no sólo el mal ejemplo que no tardaron en seguir nuestras posesiones de América, si que también la ingratitude con que pagaron y siguen pagando tan inmensos beneficios los que, tal vez, nos son deudores de su independencia, sin tener tampoco en cuenta que durante la guerra civil que sostuvieron los confederados y los federales, España observó la más estricta neutralidad, cuando, por las circunstancias y la proximidad de Cuba á las costas meridionales de la Unión, tantos perjuicios hubiera podido causarle y tantos conflictos acarrearle, apoyando, por ejemplo, á los confederados.

Pasaron aquellos tiempos, y con ellos, por lo visto, el recuerdo de los favores recibidos y de las atenciones dispensadas, y los yankees, cuyo ideal es, sin duda, la realización de la doctrina de Monroe, «*América for the americans*,» pusieron sus ojos en la Isla de Cuba que por tantas razones desean apropiarse, y desde hace muchos años siguen, para conseguir su objeto, una política tan rastrera como hipócrita, sin curarse de la elección de medios con tal de llegar al fin propuesto, ya que, según los partidarios de Maquiavelo, éste justifica aquéllos.

Diciéndose amigos de España, y repitiéndolo sin cesar y á la faz del mundo, sus Gobiernos no han cesado de fomentar la animosidad y la discordia que en política existen en esta Isla, que pudiendo ser uno de los países más dichosos de la tierra sin duda alguna, es, por el contrario, uno de los más desgraciados; y desde el año 1868, cuantas guerras tenemos en ella que deplorar y cuyas consecuencias han sido la ruina del país y la destrucción de su riqueza, hánse preparado en la nación vecina, siendo los principales focos ó semilleros de los insurrectos New York, Cayo Hueso y Tampa.

Allí se ha conspirado; allí se ha hecho una propaganda inverosímil en favor de los filibusteros; allí ha habido y hay Juntas Revolucionarias constituidas, si no reconocidas oficialmente, protegidas y auxiliadas por los que debieran impedir las y disolverlas; allí se han hecho manifestaciones de todo género, dando en plena calle gritos de muera España, y haciendo ostentación de la bandera separatista; allí se han organizado las expediciones que tantas veces desembarcaron en Cuba gente, armas y todo género de auxilios para la insurrección, y sabido es el gran número de americanos cogidos con las armas en la mano, en los mil encuentros que nuestras tropas han tenido con los insurrectos, y para los cuales el Gobierno yankee ha reclamado y obtenido la impunidad, interpretando á su manera y uniendo la burla al desprecio, el tratado de 1879. Desde el principio de la guerra actual, resucitaron y volvieron á plantear la

tan debatida cuestión Mora, cuya indemnización cobraron al fin, así como la de Ruiz y otras muchas, de súbditos americanos con apellidos por el estilo de los citados, y que los Gobiernos de España, con inconcebible debilidad, aceptaron é hicieron efectivas, creyendo (y ese fué su imperdonable error), que con tantas bajezas y humillaciones tantas evitarían una guerra á la nación que ya sostenía dos á inmensa distancia y de la misma índole, sin calcular que cuanto más nos achicábamos nosotros (y permítaseme esta frase vulgar, pero gráfica), más se crecían ellos, y más exigentes se mostraban, y más insoportables se hacían, y más ineludible era la guerra que, á toda costa y por todos los medios, incluso el de las contemplaciones, tan ajeno del carácter español, se trataba de evitar, y que ha estallado al fin cuando menos preparados estábamos para sostenerla, al contrario de nuestros enemigos, que lo están desde hace mucho tiempo, sucediendo lo que sucede siempre en España: que todo se nos viene encima cuando menos lo esperamos, porque, como cándidos, creemos estar *en el mejor de los mundos posibles*.



## II

### Los Estados Unidos y el «Maine».

Es indudable que los Estados Unidos han alcanzado, en un período de tiempo relativamente corto, una prosperidad y una grandeza tales, que difícilmente pudiera comprenderse el hecho, á no conocerse, como se conocen, las causas que lo han motivado, que son, entre otras, la protección ilimitada y las ventajas concedidas á todos los que allí han emigrado. Pero así como no hay anverso sin reverso, y alegría sin lágrimas, la emigración que en tan gran manera contribuyó al aumento de su población, y por ende á la riqueza del país, hizo que esa misma población, compuesta como lo está, de gran número de extranjeros, que, como es natural, aman más el país en que nacieron que el en que viven, llegado el momento de una guerra extranjera, sus opiniones y pareceres se dividan y disten mucho de apoyar al Gobierno y menos de sacrificarse, llegado el caso, por una nación que en realidad no es la suya: de donde resulta que el *coloso*, dista mucho de ser tan grande como aparenta.

Allí todo es grande... en tamaño: el país, la extensión de sus costas, los ríos, los lagos, las bahías, las cataratas; todo es grande, hasta los hombres: y de ahí, tal vez, que creyéndose grandes hombres los que sólo son hombres grandes, hayan que-

rido y quieran hacer grandes cosas, y... en efecto, allí es donde se ven los más grandes hoteles, las cosas más grandes, las más grandes fuentes y las más grandes estatuas. Mas como, á pesar de tanta grandeza, ni tienen arte ni tienen historia, suspiran por tener ambas cosas y han creído alcanzar el primero comprando, á precios fabulosos, los mejores cuadros y haciendo ejecutar por orquestas monstruosas (me refiero al número, á la cantidad de instrumentos) y coros innumerables (como son los mártires de Zaragoza) música de los grandes maestros... extranjeros. En cuanto á la segunda tratan de tenerla, sosteniendo una guerra con una potencia europea, y he ahí explicado (además del deseo de anexionarse á Cuba) el pretexto de declarársela á España, sin razón y sin motivo que la justifique, suponiendo que nuestro país está exhausto de hombres y dinero á causa de las luchas que ha sostenido y sostiene aún.

Es, pues, indudable, que estas razones hacían, como dije en el primer capítulo y repito aquí, inevitable la lucha; era sólo cuestión de tiempo y de un pretexto cualquiera más ó menos especioso para justificarla ante las demás naciones. Un suceso tan inesperado como deplorable precipitó los acontecimientos y proporcionó al Gobierno yankee y á los jingoes el pretexto que en vano procuraban encontrar. Me refiero á la explosión del *Maine*.

Tomando pretexto de la orden de reconcentración dada por el general Weyler, que tanto se ha comentado y discutido, envió á los fuertes de esta Isla, so pretexto de humanidad y para terminar una guerra que, según ellos, no podíamos concluir, aunque en realidad con el objeto que á nadie puede ocultarse, víveres y ropas para distribuir entre los que, según fingía creer, perecían de hambre y de necesidad en las calles, cual pudieran morir las moscas en el polo, cuya distribución se hacía, como es natural, por los cónsules de su nación. No contentos con una prueba de afecto y de simpatía como la que antecede, decidieron darnos otra de cortesía y atención, y con tal objeto manda-

ron á la Habana el crucero protegido *Maine*, uno de los mejores, y quizás el más moderno, de la Marina americana.

Llegado allí, se amarró donde amarran y han amarrado desde tiempo inmemorial los buques de guerra nacionales y extranjeros; esto es, á uno de los muertos que existen frente al muelle de la Machina.

Está probado que el buque de que me ocupó, á pesar de la comisión amistosa que á desempeñar vino, llevaba en sus pañoses más cantidad de pólvora y municiones de las que generalmente llevan los buques en tiempos normales, como también que el día en que tuvo lugar la catástrofe recibió, de un cañonero llegado del Norte, gran cantidad de explosivos, cuyo trasbordo observaron perfectamente los vapores mercantes que cerca de él estaban fondeados y el natural cuidado conque lo efectuaron.

Yo ignoro si los Oficiales de Marina de los Estados Unidos son ilustrados ó no: ignoro si los Comandantes de los buques tienen los conocimientos y la práctica que se requieren para poder mandar; pero sí sé, como sabe todo el mundo, que el Comandante del *Maine*, y casi todos los Oficiales del buque, estaban fuera de él al ocurrir el siniestro; que el barco no era un modelo de organización interior, y que los marineros que componen las dotaciones de los buques de guerra americanos, por cierto muy bien retribuidos, son extranjeros la mayor parte y gente asalariada y allegadiza, y sabido es que el heroísmo y el sacrificio son hijos del amor á la patria, y no del mayor ó menor sueldo que se percibe.

¿Se metieron en los pañoses correspondientes los explosivos recibidos? Y en ese caso, ¿se metieron y estuvieron con las debidas precauciones? Cosa es esa que jamás se pondrá en claro; pues sabido es que el que tenga la responsabilidad de un descuido, si alguien la tiene y ha sobrevivido, tratará de eludirla, por lo mismo que es tremenda.

El 15 de Febrero del presente año, á eso de las diez de la no-

che, oyóse el ruido de una terrible explosión. Los viajeros que en los vapores de *Regla* y *Guanabacoa* cruzaban la bahía y cuantos en los buques y muelles estaban despiertos, vieron salir del sitio que ocupaba el *Maine* llamas y chispas en gran cantidad; oyéronse dos explosiones más, si bien mucho menores que la primera, y el *Maine* se fué á pique, quedando fuera del agua parte de su obra muerta. Los buques que cerca de él estaban fondeados experimentaron violenta conmoción, y al poco tiempo la bahía de la Habana cubriáse materialmente de botes de guerra, mercantes y güadaños, esmerándose todos en salvar el mayor número posible de víctimas y en recoger la mayor cantidad de heridos.

¿A qué recordar aquí las muestras de cariño, de simpatía y de humanidad que, tanto á los supervivientes del *Maine* como á los que perecieron, prodigaron las autoridades, tanto civiles como militares, el Ejército, la Marina, los Voluntarios y, en una palabra, todos los habitantes de la capital de la Isla? Fuera repetir lo que todo el mundo sabe. Pero ¿qué podía influir todo ello en el ánimo ó en la conciencia de los que á todo trance querían la guerra? Nada absolutamente. Presentóseles una ocasión en que jamás pudieron soñar; cogiéronla, como suele decirse, por los cabellos, y sirviéronse de ella de un modo maravilloso para la realización de sus planes.

La Comisión investigadora llegada de los Estados Unidos, recibida con la nobleza y la buena fe propias de españoles y de hombres que desean se esclarezcan los hechos más que los que la componían, por lo mismo que tan tranquila tenían la conciencia, obtuvo cuanto quiso para el mejor y más fácil cumplimiento de su cometido; á los restos del *Maine* sólo bajaron sus buzos; allí hicieron cuanto les pareció y juzgaron oportuno, y al llegar á su país emitieron el informe que todo el mundo conoce, y en el cual se aseguraba que la explosión que echó á pique al crucero se produjo al exterior y no en el interior del mismo. Ante tal aseveración, compréndese perfectamente cómo

se exaltarían, y con justicia, los ánimos de la nación entera, y desde entonces puede decirse que la guerra fué de todo punto inevitable y sólo cuestión de días.

Yo quiero creer que si la Comisión dió tal informe, fué por ignorancia y por obcecación; pues de lo contrario habría que creer en una infamia; y dígolo, porque la explosión del *Maine* fué debida á una causa interior. Dos pruebas, entre otras mil, bastarán para convencer al más incrédulo.

Sabido es que todo torpedo, mina, bomba de dinamita, etcétera, que explota en el mar, mata á cuantos peces están á cierta distancia del lugar en que ésta se verifica, los cuales, como es lógico, salen á la superficie. Si alguien duda de ello, muy cerca tiene la prueba de lo que afirmo. Cuantas bombas de dinamita caen en el agua de las que todas las noches, por humanidad, lanza el *Vesubius*, producen sus naturales efectos y matan el consiguiente número de peces. En la bahía de la Habana no se encontró ni uno solo muerto, y mientras los americanos no nos demuestren que los de aquel puerto son de otra clase que los de el de Cuba, ó que allí no los hay como no ha faltado quien asegure, ó que no se acercaban al *Maine* presintiendo lo sucedido, pues en ese caso tendrían el don de adivinar, que nadie hasta ahora les ha concedido, habrá forzosamente que creer que la explosión se produjo dentro del buque, y su casco, al recibirla, impidió, naturalmente, que la conmoción hiciera en el agua sus naturales mortíferos efectos.

Otra razón. Si el buque fué volado por nosotros (en cuyo caso lo hubiera sido cobarde y villanamente) como se desprende del informe de la Comisión, ¿á qué querer borrar las pruebas de un crimen que, con justicia, nos hubiera atraído la reprobación y el desprecio del mundo entero? ¿Fué por *simpatías* al puerto de la Habana, y para quitarle ese bajo? No es creíble semejante atención y tal exceso de finura para con los que, según ellos, tal infamia habían cometido; además, la educación no es la virtud que predomina en los yankees. Enton-

ces, no cabe duda; fué para hacer desaparecer unos restos que, en su día, pondrán de manifiesto nuestra buena fe y su imprudencia. La contestación del Capitán General fué, como era de suponer, una rotunda negativa.

Presentado el triste suceso en la forma expuesta, arrastró la opinión sensata del país, y desde entonces la guerra fué un hecho; y como en los americanos todo es grande, incluso la grosería, fué aquella declarada el día 21 de Abril en términos tan altaneros como soeces, y nunca usados en la diplomacia. A los que poseen la Isla de Cuba desde que Cristóbal Colón la descubrió; á los que señorean en todas sus ciudades, puertos, ferrocarriles, poblados, fuertes, etc., sin que los insurrectos sean dueños de un solo reducto, se les previene que la evacuen en breve espacio de tiempo, amenazándoles que, de no hacerlo así, se les obligará á ello por medio de la fuerza.... A semejantes palabras sólo debe contestarse con el cañón, y con el cañón hemos contestado. Veremos qué clase de guerra nos hacen los que, por humanidad y amor á los hijos de Cuba, nos la han declarado.



### III

#### Los primeros disparos.

En los momentos en que escribo estas líneas ignoro, como es natural, cuál será el resultado de la guerra que sostenemos; pero sí puedo asegurar una cosa, y es, que los americanos se han equivocado por completo en sus cálculos y en sus apreciaciones, y fúndome para ello en una sencillísima razón: en que á los dos meses de declararnos la guerra los yankees, basándose para ello en que nosotros tardábamos en terminar la insurrección de Cuba, aún no ha puesto el pie en la misma uno solo de ellos, á pesar de dominar el mar en absoluto, por carecer de buques que oponer á los suyos (sólo hay en Cuba cuatro de combate) y á pesar de hallarse Cayo Hueso tan cerca de esta Antilla y de contar con el apoyo de los insurrectos. Recuérdese que la guerra fué declarada el 21 de abril, y el 21 de junio aún no se había llevado á cabo desembarco alguno, como más adelante se verá.

El Gobierno de los Estados Unidos, á pesar de los informes de sus Cónsules, que ciertamente no los escasearon, desconoce por lo visto el país que desea hacer libre y feliz (como se libertaron Tejas y California) é ignora la clase de guerra que los insurrectos nos hacen, y que, á pesar de todo, hubiéramos

terminado en breve espacio de tiempo si los mismos americanos no la hubieran sostenido, como sostuvieron la del 68. Han creído, que como llevaba tres años de duración sin que ninguno de los contendientes alcanzara, según ellos, ventajas decisivas, era porque las fuerzas de ambos estaban equilibradas; suponiendo, por lo tanto, que con poner su espada en uno de los platillos de la balanza, éste había de inclinarse en el acto, sin el menor entorpecimiento y obstáculo; y se han llevado un solemne chasco. Podrán vencer, es posible; porque no siempre el valor vence al número; pero no será sin combatir hasta el último extremo.

La insurrección de Cuba dura... porque los insurrectos rara vez presentan combate á nuestras tropas, y eso en circunstancias sumamente favorables para ellos; contentándose con huir y ocultarse, dejando al clima el cuidado de combatirnos; pero en New York y en Cayo Hueso creen lo que la Junta Revolucionaria y los laborantes propalan con objeto de reclutar gente y allegar recursos, y de ahí, sin duda, la altivez y la injusticia conque nos han declarado la guerra y la arrogancia conque la empezaron.

Deseosos de terminarla de un solo golpe, como quería acabar Nerón con el pueblo de Roma, y ansiando causar efecto en Europa y en el mundo entero, se presentaron delante de la Habana con gran aparato de buques y rompieron el fuego sobre ella; pero como los cañones de la capital (única ciudad de la Isla que está verdaderamente defendida) que son más de trescientos y algunos de gran calibre, Krupp y Ordóñez, no estuvieron ociosos, y como sus proyectiles echaban abajo chimeneas á gran distancia y la empresa no se presentaba tan fácil como creían, desistieron de ella, no sin que uno de sus buques de combate varase en los Colorados, de donde pudieron sacarlo porque, afortunadamente para ellos, no era época de Nortes, dedicándose á empresas más modestas y menos peligrosas, bien á pesar suyo y de los redactores del *Herald*, que acompañaban

á la Escuadra en un yacht para ser los primeros en noticiar á su periódico la rendición de la Habana. ¡Qué horrible desengaño para ellos, para el periódico, para los jingoes, para el Gobierno, para Mac-Kinley y para los yankees todos!

Retiráronse de la Habana dejando la empresa para mejores tiempos ó época más oportuna, y bombardearon á Matanzas, que puede decirse no tiene defensa alguna, y que no puede cerrarse tampoco por mar con torpedos á causa de ser una rada abierta, sin conseguir honra ni provecho, como suele decirse, y lo propio hicieron en Cárdenas, sin otro éxito que las averías que el *Cushing* recibió de la *Ligera*, á pesar de ser ésta inferior á aquél en poder y en artillería, las cuales tuvo necesidad de ir á reparar á Cayo Hueso.

Más tarde se presentaron delante de Cienfuegos en mayor número que en Cárdenas y en Matanzas, bombardeando también la población, sin llevar á cabo otra hazaña que la destrucción de la farola que arruinaron completamente, como prueba evidente é incontestable del móvil que les ha guiado á la guerra, y que no es otro que la humanidad y el deseo de libertar la Isla de Cuba para *regalársela* (pues no encuentro otra palabra más adecuada) á los insurrectos; porque no debemos olvidar han dicho que la anexión de Cuba á los Estados Unidos sería un crimen.

No contentos con bombardear los principales puertos de la primera de las Antillas mayores, presentáronse ante la capital de la Isla de Puerto Rico, bombardeándola también por espacio de tres horas con la posible y necesaria humanidad y sin obtener resultado alguno.

Entre los puertos cuyo bloqueo participaron los americanos, figuraban, según parece, Santiago de Cuba y Guantánamo. La corbeta de guerra alemana *Geiers* que entró en el primero de ellos el día 13 de mayo, salió para la Habana el 14. Hay quien asegura, ignoro con qué fundamento, que su Comandante dijo en la capital cuando llegó que no era cierto estuviese bloquea-

do el puerto. Sea como fuere, es lo cierto que el 18 de mayo, día que en Cuba no se olvidará fácilmente, se presentaron ante la boca del Morro dos buques; los primeros enemigos que se vieron desde que se declaró la guerra. Desde ese día 18, á excepción del siguiente, no hemos estado libres de ellos, y desde ese día empieza el bloqueo, ya que, á contar de él, á no ser por el cable, estaríamos incomunicados con el resto del mundo.

La corbeta francesa de guerra *Fulton*, entró en puerto ese mismo día 18 y salió el 20 para la Martinica: es el último buque que ha salido de este puerto, llevándose algunos súbditos de su nación, que abandonaron la ciudad y la Isla, en previsión de los sucesos que pudieran ocurrir.

Pero volvamos á los buques americanos. A las nueve y media de la mañana del citado día 18 el vigía señaló «dos buques enemigos á la vista.» A las diez y cuarenta y cinco minutos hizo señal de que se aproximaban, y á las doce y cincuenta de que rompían el fuego. Acto seguido los cañones que entonces había emplazados en Punta Gorda, rompieron el fuego, que cesó á la una por haberse retirado el enemigo: los buques hicieron de 70 á 75 disparos con artillería de calibre de 75 milímetros. La batería de Punta Gorda hizo 24.

Los buques eran: un gran vapor armado en guerra, que después se supo ser el *St. Louis*, de más de 10.000 toneladas de desplazamiento y un gran andar, y un cañonero que se mantuvo siempre á mucha más distancia de tierra que el primero.

Poco después de cesar el fuego, que no causó daño alguno, los buques desaparecieron por el Este.

Es indudable que su objeto fué provocar los fuegos de la entrada del puerto, para conocer las defensas conque éste contaba.



## IV

### El teatro de los sucesos.

Para poder formarse una idea, siquiera sea aproximada, de los sucesos que aquí tienen lugar y nadie sabe aún cuándo y cómo terminarán, es indispensable conocer los sitios en que se desarrollan, por cuya razón haré una ligera reseña de los mismos, con toda la brevedad posible. Para toda la parte descriptiva, véanse los croquis que van al final y las ilustraciones correspondientes á los respectivos sitios.

Santiago de Cuba, capital de la provincia de su nombre y de la región oriental de la isla, que podría contar más de 45.000 almas al empezar la actual insurrección, que seguramente han quedado reducidas á las tres cuartas partes á causa de las emigraciones y epidemias, está edificada en terreno sumamente accidentado, ó mejor dicho, sobre colinas, en el fondo de una bahía tan cerrada y segura, que vista desde la ciudad, más que tal, parece verdadero lago. Su distancia directa á la boca del puerto es de unas cuatro millas.

Esta, que es sumamente estrecha, está limitada, al Este por las alturas del Morro, y al O. por las de la Socapa: ambas, por su parte meridional, ó sea por las que dan al mar, puede decirse están cortadas á pico.

En la primera, de unos 65 metros de elevación, y en su extremo occidental llamada Punta Morrillo, existe el castillo del Morro, que si en su tiempo fué una buena fortaleza y muy bien construida, hoy, dada la moderna artillería, es, no sólo inútil, si que peligroso, por el blanco que presenta, y así lo estimó la Junta de Defensa al disponer que cuanta artillería se emplazase allí lo fuera en la meseta del Morro y en manera alguna en el castillo. Existen, además, en la propia meseta la casa del Gobernador, la del Ayudante de la fortaleza, las de Ingenieros y Artillería, la del Vigía, la de los torreros y el faro, que es de luz blanca, fija, con destellos cada dos minutos y alcance de 16 millas. Desde el día 18, y en vista de los sucesos de ese día, ya no volvió á encenderse.

Las alturas de la Socapa, cuya elevación es, con muy corta diferencia, la misma que las del Morro, limitan al O., como he dicho ya, la boca del puerto, y no hay en ellas fortificación ni defensa de ningún género.

Todo buque que desee tomar el puerto de Cuba se atracará á la costa del Morro, que es acantilada y puede decirse que limpia, al contrario de la de la Socapa, en la cual está el bajo del Diamante, que es de piedra y deja un canal, cuyo fondo varía entre seis y 11 metros, que en el sitio donde está la baliza (fondeada en 30 pies) del mismo nombre y la ensenada de la Estrella, no tiene más de 50 brazas de ancho. En el fondo de dicha ensenada, en la que sólo pueden entrar botes, está la caseta del cable inglés.

El rumbo que tiene que hacer para entrar es NE. 5° N. (v), hasta estar próximo á la batería de la Estrella, antigua fortificación que, como el Morro, fué buena en su tiempo, y hoy es inútil. Desde ese sitio hasta la Punta del Soldado, que está en la costa oriental de la bahía, y que con la de Churruca forman la entrada de la ensenada del Níspero, hay que gobernar al N., dejando por estribor la batería de Santa Catalina, que está en estado ruinoso y abandonada.

Desde Punta Soldado se gobierna al NNO., hasta estar próximos á Cayo Smith, que se deja por babor, en cuyo momento se va gobernando convenientemente para dar resguardo á la restinga de Punta Gorda, cuya baliza, que marca 18 pies, se deja por estribor.

Cayo Smith es un pequeño islote, ó mejor dicho, un gran peñasco de poca superficie y mucha elevación, en cuya cima hay una pequeña ermita de mampostería de moderna construcción: en su ladera meridional existen 111 casas y bohíos pertenecientes á los prácticos, á los pescadores y á particulares, que las construyeron con objeto de pasar allí la canícula. En la parte opuesta no hay ninguna construcción por ser inaccesible el terreno.

Pasada Punta Gorda se hace rumbo á Punta Jutias, dejando por babor el bajo del Colorado, que tiene baliza, y Cayo Ratones. Este es un islote pequeño y bajo, desprovisto de toda vegetación. En su extremo Norte hay un polvorín, y en el opuesto el cuerpo de guardia del mismo.

Después de Punta Jutias se gobierna al NNE., hasta estar en el fondeadero general, que tiene ocho metros de fondo (fango).

Santiago de Cuba tiene, además de muchos pequeños para botes y embarcaciones menores, el muelle Real, el de Luz y el de San José, todos de madera, y á los cuales sólo pueden atracar buques de 14 pies de calado: entre la ciudad y Punta Jutias, y en el sitio llamado Las Cruces, está el muelle del mismo nombre, de hierro, y los estribos de mampostería. Pertenecen á la Compañía americana de las minas de hierro de Juraguá: tiene aguada, que viene de Aguadores por medio de tubería, y pueden atracar á él buques de gran calado. El ferrocarril de vía estrecha, que parte de las minas y recorre un trayecto de 26 kilómetros, llega al extremo del referido muelle.

Cuba es plaza abierta, y en su recinto no existen ni vestigios de fortificación (se entiende al empezar la guerra actual),

y sólo en Punta Blanca, situada poco al S. de ella, existe la batería del mismo nombre con un pequeño polvorín, y cuya misión única es hacer los saludos de ordenanza y devolver los que hacen los buques de guerra que en su puerto fondean.

Por lo expuesto, fácil es comprender que la boca del puerto de Santiago de Cuba está defendida por la Naturaleza, de tal manera, que nada más fácil que hacerla verdaderamente inexpugnable en poco tiempo, emplazando artillería moderna en baterías construídas donde fuera más conveniente y necesario. Las alturas del Morro y la Socapa dominan el mar en toda su extensión; y por lo mismo que son de difícil acceso por tierra, son fáciles de defender. Punta Gorda, por su admirable posición y la altura que tiene sobre el nivel del mar, enfla perfectamente la canal de entrada, y el buque que trate de entrar tiene forzosamente que exponerse á sus fuegos y presentarle la proa y el costado de babor por espacio, cuando menos, de veinte minutos. El canal de entrada se presta muy bien por su estrechez á la colocación de líneas de torpedos fijos, pudiéndose situar con buenas condiciones en la costa del O. artillería de tiro rápido, bien cubierta, que defienda dichas líneas é impida sean rastreadas ó voladas. Además, por numerosa que fuese la Escuadra que intentara forzar el puerto, como sólo puede entrar un buque por la canal, y eso con infinito cuidado y grandes precauciones los que alcanzan más de 80 metros de eslora, nada más posible que echarlo á pique; en cuyo caso queda completamente interceptada la canal y cerrado el puerto, mientras no se volara el buque sumergido.

Claro está, y ocioso me parece decirlo, que con la misma facilidad que se impide la entrada á una Escuadra que trate de forzar el puerto, puede impedirse la de otra que trate de salir de él. Mas como en España, á pesar de la conducta que los Estados Unidos venían observando hace tanto tiempo, nunca se creyó, por lo visto, en una guerra con ellos, es lo cierto que no se pensó en artillar dicho puerto: no había cañones, pero

en cambio sobran estudios y proyectos todos buenos, que las autoridades militares de Cuba jamás pudieron hacer ejecutar, por la sencilla razón de que el Gobierno jamás llegó á disponer se realizasen.

Tres millas al O. de la boca del Morro está el pequeño puerto de Cabañas, que aunque sólo pueden entrar en él buques pequeños, es muy seguro y se presta para verificar un desembarco. Tiene seis pies de agua en la barra, y cinco brazas dentro. La distancia por tierra de Cabañas á Cabañitas (playa interior de la bahía de Cuba) es una legua corta.

Seis millas más al O., ó sea á nueve de Cuba, está Punta Cabrera, que es la tierra que roba más al S. y la última que se ve. Es un monte elevado que afecta la forma de un cono. Como la costa es muy acantilada, pueden acercarse á ella los buques de gran calado. En Guaicabon (al E. de dicha Punta), que es una pequeña ensenada, pueden desembarcar botes y comunicar con tierra como, en efecto, lo ha estado haciendo un yacht de vapor de la Escuadra americana, que, á no dudar, ha recibido confidencias por conducto de los insurrectos. Guaicabon dista, por tierra, dos leguas de Cuba y el camino es bueno.

Tres millas al E. del Morro, está la ensenada de Aguadores; por ella, y por un puente de gran elevación, cruza el ferrocarril de las minas de Juraguá. En el río que allí desemboca pueden entrar botes; es sitio á propósito para desembarcos.

Un cuarto de milla más al E. está la rada del Sardinero con río para desembarcar.

Tres cuartos de milla después, encuéntrase Jutisi, que es una pequeña rada con aguada.

A ocho millas del Morro está Juraguacito, con playa y aguada.

A 10 millas del mismo, la playa de Juraguá, con río donde pueden entrar botes.

A 15 millas se encuentra la ensenada de Daiquiri, con río y aguada; en él pueden entrar botes. La ensenada de Daiquiri

tiene un hermosísimo muelle de piedra y hierro, y otro pequeño para embarcaciones menores. En tierra, á corta distancia del muelle, están los edificios de los empleados de las minas y el ferrocarril, para el trasporte del mineral desde las minas al muelle, con seis millas de vía férrea. Al muelle de hierro pueden atracar buques grandes.

Por último, á 20 millas se encuentra Punta Berracos, que es la última que se distingue desde el Morro, y la que sale más al S. Aunque con gran trabajo puede desembarcarse, no es prudente hacerlo; pues además de no existir aguada, no háy camino.

En todos esos sitios, tanto en los que están al E. como al O. de Cuba, es imposible se aguanten en ellos los buques con vientos frescos al S. y al SE., y tienen forzosamente que hacerse á la mar.

De Aguadores á Cuba, por donde pasa la línea férrea de Juraguá, el camino por la costa es malo; tiene poco más de una legua.

Del Sardinero á Cuba hay dos leguas de buen camino.

El camino de Juraguacito á Cuba es el de las Guásimas, que va á salir al Caney, es bueno; su extensión es de cuatro leguas.

De Juraguá á Cuba existe el camino de Sevilla, que también va al Caney. Este y el anterior se unen en el sitio llamado Dos Caminos: es bueno y tiene también cuatro leguas de extensión. Además hay, como se ha dicho, el ferrocarril de vía estrecha de las minas, que pasa por Aguadores y termina en el muelle de las Cruces.

En Berracos no hay caminos ningunos, y sólo se encuentran veredas, por las cuales es imposible transportar artillería.

De Cuba parte también la línea férrea de San Luis, que tiene una extensión de 32.460 metros: pasa por los siguientes puntos:

Cuba.

Cuavitas (apeadero).

Boniato.

San Vicente.

Dos Bocas (apeadero).

Cristo.

Moron.

Dos Caminos.

San Luis.

Desde el Cristo parte el ramal de Songo con 10.300 metros de vía hasta Songo. Hoy el tren llega hasta el Socorro.

He aquí los diferentes sitios teatro de los sucesos que actualmente llaman la atención en la Isla de Cuba, y supongo que también en la Península, que indudablemente, y sea cual fuere su desenlace, han de tener gran importancia y han de influir poderosamente en el resultado de esta guerra.



## V

### Fuerzas de la jurisdicción.

Aunque la insurrección que hoy combatimos estalló el 24 de febrero de 1895 en el departamento Oriental, muy pronto cundió por toda la Isla, invadiendo las provincias occidentales y extendiéndose por toda ella desde Cabo San Antonio á Punta Maisy.

Para dominarla, ó por lo menos reducirla á más estrechos límites, formó el General Weyler el plan, y lo llevó á efecto, de arrollar sus fuerzas de Occidente á Oriente, construyendo trochas para impedir que los insurrectos invadiesen de nuevo las provincias pacificadas, ó con objeto de encerrarlos entre dos líneas militares más ó menos difíciles de forzar.

En su consecuencia, la mayor parte de las fuerzas del Ejército de Cuba ocuparon las provincias de Pinar del Río, la Habana, Matanzas y las Villas para operar en ellas activamente, quedando muy pocas en el Camagüey y menos aún en el departamento Oriental; en cuyas provincias, por consiguiente, apenas podía hacerse otra cosa que defender el país y las ciudades y poblados, impidiendo que el enemigo entrase en ellos; por cuya razón, cuando estalló la guerra con los Estados Unidos,

la división de Cuba, compuesta de dos brigadas, tenía ella sola que cubrir las jurisdicciones de Cuba, Guantánamo, Baracoa y Sagua; y basta echar una ojeada sobre el mapa, para comprender cuán difícil es dominar tan inmenso territorio con tan escasas fuerzas, teniendo que guarnecer con ellas tantas ciudades, poblados, fuertes y reductos; cubrir cuatro líneas férreas (la de Cuba á Sabanilla y Maroto, la de Juraguá, la de Daiquiri y la de la Caimanera á Guantánamo); hacer el servicio de convoyes, proteger dos zonas mineras y disponer aún la formación de columnas volantes más ó menos numerosas que hostilizasen al enemigo sin cesar. Afortunadamente mandaba la división el General Linares, cuya actividad y celo nunca se podrán encarecer bastante, y cuyo merecido ascenso á Teniente General se supo aquí por cable hacia mediados del mes de mayo.

Como los sucesos que me propongo referir son tan sólo los que directamente se relacionan con Santiago de Cuba y su jurisdicción, pues en ella es donde han ocurrido y de los cuales he sido testigo, á ellos sólo me referiré.

Componían la primera brigada de la división las fuerzas siguientes:

Jefe de la división: Teniente General don Arsenio Linares Pombo.

Jefe de E. M.: Teniente Coronel don Ventura Fontán.

Gobierno Militar de Santiago de Cuba y Jefe de las fuerzas de su zona: General de División don José Toral.

Jefe de E. M.: Comandante don Luis Irlés.

Jefe de la brigada de San Luis: General de Brigada, don Joaquín Vara del Rey.

Jefe de E. M.: Capitán don Juan Ramos.

Como se ve, la brigada estaba realmente dividida en dos fracciones: una á las órdenes del General Toral y otra á las del General Vara de Rey. Las fuerzas que componían ambas fracciones eran las siguientes:

Doce compañías de movilizados.

Dos escuadrones del regimiento de Caballería del Rey (menos de 200 caballos).

Dos batallones del regimiento Infantería de Cuba.

Un batallón de Asia.

Un íd. provincial de Puerto Rico, núm. 1.

Un íd. de San Fernando.

Un íd. de Constitución.

Además, media batería de Artillería y escasas fuerzas de Guardia Civil é Ingenieros.

A estas fuerzas hay que agregar el batallón de Talavera, que desde que se declaró la guerra actual, y en previsión de los sucesos que pudieran ocurrir, dispuso el General Linares viniese desde Baracoa. Estas fuerzas formarían á lo sumo un total de unos 8.000 hombres.

El General de brigada don Antero Rubín, estaba á las órdenes del General Linares.

Era Comandante de Ingenieros de la plaza el Coronel del cuerpo señor don Florencio Caula, y Comandante de Artillería de la misma el Teniente Coronel don Luis Melgar, quien hizo entrega de ella al señor Coronel Ordóñez el día 29 de abril, quedando de Director del Parque.

Jefe administrativo: el Comisario de primera clase, don Julio Cuevas.

Jefe de la Guardia Civil: el Coronel señor don Francisco Oliveros.

Director del Hospital Militar: el Subinspector de segunda, don Pedro Martín García.

Gobernador del Castillo del Morro: el Comandante de Infantería, don Antonio Ros.

Sabido es que desde que en 1868 estalló en la Isla de Cuba la primera insurrección, se formaron los cuerpos de voluntarios, que han prestado muy buenos servicios, haciendo el de guarnición en las plazas. En Santiago de Cuba existían, según los estados de fuerza, las siguientes:

---

|  |       |       |
|--|-------|-------|
| Primer batallón: Coronel, don Manuel Barreco. . . . .    | 630   | homb. |
| Segundo id.: Teniente Coronel, don José Marimón. . . . . | 485   | "     |
| Bomberos: Coronel, don Emilio Aguerrizábal. . . . .      | 324   | "     |
| Compañía de Guías: Capitán, don Federico Bosch. . . . .  | 200   | "     |
| Idem de Veteranos: Capitán, don José Prat. . . . .       | 130   | "     |
| Escuadrón de Caballería . . . . .                        | 100   | "     |
| <hr/>  |       |       |
| <i>Total.</i> . . . . .                                  | 1.869 |       |

Santiago de Cuba es capital de la comandancia marítima de su mismo nombre, cuyos límites son: el estero del Junco al Sur y Sagua de Tánamo al Norte, dividida en cuatro distritos: Manzanillo, la capital, Guantánamo y Baracoa. Desempeñaba el destino de Comandante de la misma el Capitán de Navío, señor don Pelayo Pedemonte.

Era Prelado de la Archidiócesis, el Ilmo. Fray Francisco Sáenz de Urturi.

Gobernador regional y de la provincia, el excelentísimo señor don Leonardo Ros.

Presidente de la Audiencia Territorial, el señor don Rafael Nacarino Brabo.

Alcalde, don Gabriel Ferrer.

El Cuerpo Consular estaba representado por los señores que á continuación se expresan:

Don Federico W. Ramsden (Decano), Inglaterra.

Don Germán Michaelsen (interino), Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Italia.

Mr. E. Hippean, Francia.

Don Pablo Bory, Méjico.

Don Juan E. Rabelo, Santo Domingo.

Don Temístocles Rabelo, Paraguay.

Don Juan Rey, Haiti.

---

VICECÓNSULES

Don Jacobo Bravo, Colombia.

Don Isidoro Agustini, Suecia y Noruega.

Don Leonardo Ros, Países Bajos.

Don Modesto Ros, Portugal.

Don Eduardo Miranda, Venezuela.

Don Roberto Masón, China.

Don José J. Hernández, Argentina.

El Cónsul de los Estados Unidos embarcó el día 7 de abril en un vapor inglés que salía para Jamaica, encargándose del Archivo del Consulado el Cónsul de Inglaterra.



## VI

### Obras de defensa.

Los Gobiernos de España han pensado más de una vez en defender las costas de la isla de Cuba, y con tal motivo se han nombrado comisiones, hecho estudios y presentado proyectos, buenos todos y aun excelentes, que han sido aprobados, pero que nunca han llegado á realizarse.

En Santiago de Cuba existía la Junta mixta de Defensas de la plaza, compuesta de las personas siguientes:

Presidente: Gobernador Militar de la plaza: General de división, excelentísimo señor don José Toral.

Vocal: Comandante de marina: Capitán de navío, señor don Pelayo Pedemonte.

Id. Comandante de ingenieros de la plaza: Coronel, señor don Florencio Caula.

Id. Comandante de artillería de la plaza: Teniente Coronel, don Luis Melgar.

Id. Jefe de las Defensas submarinas: Teniente de navío de 1.<sup>a</sup>, don José Müller.

Este último Jefe, que desempeñaba en propiedad la segunda Comandancia de Marina, sólo era Jefe interino de las Defensas por falta de Oficiales torpedistas, pues él no lo era.

Esta Junta desempeñaba su misión reuniéndose cuando era necesario, hasta el día 8 de abril, en que un cablegrama del Capitán General de la Isla dispuso que fuese permanente y que se oyese la opinión del Comandante de Marina para la colocación de los torpedos. La Junta, teniendo en cuenta la gravedad de las circunstancias, la inminencia de la guerra y la carencia de material de artillería, de elementos y de recursos de todo género, opinó por unanimidad que la única defensa con que debía contarse para la del puerto, eran los torpedos, cuyo material existía, y por consiguiente, que á ellos debía atenderse con preferencia, haciendo cuanto humanamente fuere posible para defenderlos é impedir fuesen rastreados ó volados: en una palabra, colocar los torpedos como verdadera y principal defensa, subordinándose á ellos lo demás.

Desde el día 2 del mismo mes (abril) había ya empezado el Comandante de las Defensas submarinas, en cumplimiento de orden recibida, á cargar los torpedos Latiner-Clark, trasladándolos á Cayo Ratones por estar allí el polvorín y en él el algodón pólvora, situando también los boyarines para la colocación de la primera línea de torpedos y demás operaciones necesarias al efecto.

La Junta de Defensas, teniendo en cuenta el mal estado del castillo del Morro y baterías de la Estrella y Santa Catalina y los informes que á su Gobierno daría sin duda el Cónsul americano, decidió en vista de estas razones, y decidió perfectamente, quitar las casetas de fuego y convergencia de dichas fortalezas donde estaban y situarlas en sitios de la bahía resguardadas y á cubierto de los fuegos del enemigo, como en efecto se hizo.

El día 14 de abril el Segundo Comandante de Marina entregó las Defensas al Oficial torpedista, Teniente de navío, don Mauricio Arauco, Comandante del cañonero *Alvarado*, que siguió colocando los torpedos, los cuales quedaron listos la primera línea compuesta de siete, teniendo en la ensenada de la

Estrella y en la Socapa sus estaciones de fuego y convergencia el día 21 de abril, y el 27 del mismo la segunda línea, compuesta de seis, teniendo en la Socapa y Cayo Smith sus estaciones correspondientes.

Por disposición del Comandante General de Marina del apostadero, el 21 del mismo salió para Guantánamo el Segundo Comandante de Marina de la provincia, en unión del señor Coronel de Ingenieros don Angel Rosell y Capitán de Artillería señor Ballenilla, con objeto de designar el sitio más conveniente para la colocación de torpedos Bustamante en aquel puerto, que impidiesen la llegada de buques á la Caimanera, regresando á Cuba el 25 terminada su comisión. Los torpedos se colocaron, en efecto, más tarde por el Teniente de navío de 1.<sup>a</sup>, don Julián García Durán, en el sitio elegido.

El día 23 salió para Guantánamo el cañonero *Sandoval* con objeto de colocar con su dotación los torpedos Bustamante. Dicho cañonero ya no se movió de aquel puerto.

Dos días antes, el 21, recibióse orden de la Habana, que se cumplió en el acto, de retirar de sus sitios todas las boyas y valizas del interior del puerto.

En cumplimiento de lo dispuesto por la Junta de Defensa, se acordó establecer en Punta Gorda una batería compuesta de dos obuses de 15 centímetros Mata y dos cañones Krupp de nueve centímetros, procediéndose por el cuerpo de Ingenieros á talar la meseta del monte, á construir el camino y demás trabajos para emplazar dicha batería. El 26 quedaron listos y en disposición de hacer fuego los dos obuses y el 27 los dos cañones. Las cuatro piezas son de retrocarga. Esta batería que, como se verá más adelante, contó con dos cañones Hontoria de 16 centímetros, es la mejor de cuantas se han construido, tal vez por haberlo hecho con menos precipitación, quizás también porque á ello se prestó el terreno. Admirablemente situada, se dió el mando de ella al Capitán de Artillería señor Seijas, que dejó el de la del Morro que mandó primeramente.

El día 18 de abril llegaron de la Habana tres obuses de 21 centímetros á cargar por la boca, y pocos días después, en el vapor *Reina de los Angeles*, otros tres iguales á los anteriores, que habían quedado en dicha ciudad.

Un cable de la Habana previno que, según noticias, el vapor *Margrave* trataría de cortar el cable en Cuba é interrumpir así nuestras comunicaciones, por cuya razón se dispuso, más bien para hacer señales que para ofender al enemigo, se estableciesen en la esplanada del Morro dos cañones antiguos de 16 centímetros. Ambos se subieron, quedando montado uno de ellos sobre cureña de madera y el otro sin montar.

El día 21 de abril quedaron montados en la ensenada de la Estrella dos cañones Plasencia de ocho cortos (retrocarga)

En la batería de la Estrella existía montado hace tiempo un obús antiguo, de 21 centímetros, hierro rayado y zunchado y otro á medio emplazar. Vistas las malas condiciones en que estaba situada la batería, decidióse quitar ambos; pero después del día 28 se montó el segundo de ellos y se emplazaron también en la misma batería los dos cañones Plasencia situados en la ensenada del mismo nombre, con dos cañones más de bronce rayado, cortos, de 12 centímetros. Ninguna de estas piezas ha hecho fuego. Mandábalas el Teniente de Artillería de la escala de reserva, señor Sánchez; más adelante fué destinado á la artillería del recinto.

El día 28 de mayo quedaron montados y listos en la esplanada del Morro cinco cañones rayados de bronce, de 16 centímetros, á cargar por la boca.

El 21 de junio, en el mismo sitio, un obús de 21 centímetros, á cargar por la boca, y el 25 del mismo mes otro.

En la batería alta de la Socapa quedaron montados:

El 13 de junio, un obús de 21 centímetros á cargar por la boca.

El 16 del mismo, otro.

El 17 del mismo, otro.

RESUMEN

**Batería de Punta Gorda:**

Dos obuses de 15 centímetros, Mata.

Dos cañones de nueve centímetros, Krupp.

Ambos retrocarga.

La manda el Capitán de Artillería señor Seijas.

**Batería de la Estrella:**

Dos obuses 21 centímetros (antiguos)

Dos cañones de ocho centímetros, Plasencia (modernos)

Dos cañones bronce rayado, cortos, 12 centímetros (antiguos).

Ninguno hizo fuego. Mandó la batería el Teniente señor Sánchez.

**Batería del Morro:**

Cinco cañones de 16 centímetros (antiguos).

Dos obuses de 21 centímetros (antiguos).

La mandó primero el Capitán señor Seijas: después el Teniente señor León.

**Batería alta de la Socapa:**

Tres obuses de 21 centímetros (antiguos.)

Como se ve, entre toda esta artillería sólo había seis piezas de retrocarga: cuatro emplazadas en Punta Gorda y dos Plasencia en la Estrella, que por la situación de dicha batería no pudieron hacer fuego. Las demás son todas piezas antiguas, y sabido es cuánto tiempo tardan en cargarse y cuán incierto es el tiro de obús.

Es necesario tener muy en cuenta las fechas en que quedaron emplazadas cada una de ellas y listas para hacer fuego, para saber, en los distintos días que la escuadra enemiga bombardeó la boca del puerto y la bahía, cuáles pudieron contestar á la agresión y cuáles no.

## VII

### Artillería emplazada.

Basta fijarse un poco en lo que en el capítulo anterior queda expuesto, para comprender que á pesar de poseer Santiago de Cuba un puerto como el que posee, tan fácil de defender y cuya posesión tanto interesa conservar; que á pesar de ser la capital de la región de Oriente y de su gran distancia á la Habana, en Santiago de Cuba no había, al estallar la guerra actual, más que *seis piezas modernas* de retrocarga, á saber: dos obuses Mata, de 15 centímetros: dos cañones Krupp de á nueve centímetros y dos Plasencia de á ocho centímetros. Esta es toda la artillería que merece el nombre de tal, y, no obstante, inútil ó poco menos, contra acorazados y cruceros por su pequeño calibre.

El resto son, como ha podido verse, piezas antiguas de bronce y aun de hierro, á cargar por la boca, y que podía hacer un disparo por cada veinte que hacía el enemigo con una de las suyas, contentándose de la Habana, con mandar seis obuses de 21 centímetros, también antiguos, y á cargar por la boca. Este es todo el material que se recibió aquí para resistir á una Escuadra moderna y poderosa. Tales hechos pudieran parecer exageraciones, si no existiesen otros que pudieran parecerlo

más, pero que constan en los estados de fuerza y son datos oficiales, de los cuales no es posible la duda. Para el servicio de todas las piezas y para las emplazadas en el recinto, sólo se contaba con 79 *artilleros*: como es natural, fué necesario completar el número indispensable de sirvientes, con soldados de Infantería.

Para montar esa misma artillería, deficiente si no inútil, que, no obstante, se emplazó en el Morro, Punta Gorda y en la Socapa, fué necesario vencer dificultades infinitas y llevar á cabo trabajos que sólo la inteligencia, el celo y la constancia de los Jefes y Oficiales y la subordinación y el buen deseo del soldado, pudieron vencer, careciendo, como se carecía en absoluto, de recursos y elementos de todo género.

Sólo viéndolo pudiera comprenderse el trabajo que costó subir á la esplanada del Morro piezas de hierro de tres y cuatro mil kilos de peso, por un camino que desde que se construyó la fortaleza creo no se ha compuesto jamás.

Para emplazar las de Punta Gorda fué necesario hacerlo todo: desde el muelle para desembarcar las piezas, hasta talar la cima del monte para colocarlas y abrir el camino en forma de zig-zag para conducir las.

Montar los obuses de la Socapa fué, verdaderamente, obra de romanos, y sólo pudieron emplazarse tres, de las seis recibidas.

Pero donde el cuerpo de Ingenieros no descansó un momento ejecutando con reducidísimo personal grandes trabajos, fué en las afueras de la ciudad, haciéndolos mayores ó menores en una línea de 14 kilómetros.

Más cerca de la ciudad, construyéronse tres líneas de defensas con trincheras carlistas, cercas, alambradas y cuantos obstáculos les sugirió la configuración del terreno, mejorando lo que aquí se llaman fuertes y construyendo otros nuevos; en una palabra, poniendo en pocos días una ciudad, completamente abierta y que ningún obstáculo podía oponer al enemigo, en estado de resistir con probabilidades de éxito.

Desde que nuestra Escuadra entró en el puerto de Santiago de Cuba, fácil fué suponer que el objetivo del enemigo había de ser el mismo, y que todas sus fuerzas se dirigirían sobre aquéllas, por cuya razón, esperándose siempre el desembarco que al fin efectuó, hiciéronse los trabajos que dejo expuestos, emplazándose el resto de la artillería de la ciudad, toda ella antigua también, en las posiciones siguientes:

El 12 de junio: Quedó montado un cañón de bronce, rayado, de 16 centímetros, en el fuerte de San Antonio.

Otro de bronce, rayado, corto, de 12 centímetros, en Santa Inés.

Dos de bronce, rayados, cortos, de ocho centímetros, en el fuerte de San Antonio.

El 13 de junio: Quedó montado un cañón de bronce, rayado, de 16 centímetros, en la salida del Caney.

Uno de bronce, rayado, de 12 centímetros, corto, en el mismo sitio.

El 14 de junio: Uno de bronce, rayado, de 16 centímetros.

Uno de bronce, rayado, corto, de 12 centímetros.

Dos de bronce, rayados, cortos, de ocho centímetros.

Todos en el sueño.

El 16 de junio: Uno de 16 centímetros, en Santa Úrsula.

Dos cortos, de ocho centímetros, en el mismo sitio.

El 17 de junio: Uno de bronce, rayado, de 16 centímetros, en el saliente de Cañadas.

El 25 de junio: Uno de bronce, rayado, corto, de 12 centímetros, en el fuerte del Horno.

Uno de bronce, rayado, corto, de 12 centímetros, en el fuerte Nuevo.

Después del combate del día 1.º de julio se montaron:

En Santa Úrsula: Dos cañones de bronce, rayados, largos, de 12 centímetros.

En la salida del Caney: Dos cañones iguales á los anteriores.

En Santa Inés: Un cañón de bronce de á ocho largo, (antiguo).

No se encontraron sus cierres.

De Manzanillo llegaron con la columna del General Escario dos cañones Plasencia de á ocho, que, como los anteriores (los montados después del día primero), no llegaron á hacer fuego por haber ya cesado los combates.

De modo que la única artillería moderna que existía en el recinto de la ciudad, á saber: un Hontoria de nueve, dos Maxim de 75 y dos Plasencia de ocho, no hicieron fuego.

Todos los cañones de á ocho eran inútiles, según acta de la Junta Central de la Habana; por cuya razón, lejos de ser eficaces estas piezas, eran peligrosas.

Los de 12 centímetros estaban colocados en montajes de otros cañones, por cuya razón se inutilizaron por sí mismos, sin que el enemigo tuviera que hacerlo.



## VIII

### El crucero «Reina Mercedes».

No se necesitan grandes conocimientos en Artillería para comprender que la que se había emplazado en el Morro y la Socapa y aun en Punta Gorda era ineficaz ó punto menos, contra buques acorazados y protegidos. De la de la Estrella ni siquiera hago mención, ya que por la posición de dicha batería no llegó nunca á hacer fuego. La única artillería moderna, la de Punta Gorda, los cañones eran de poco calibre, y los obuses, como no son de tiro directo, son, por lo tanto, muy inciertos contra buques que, relativamente, ocupan muy poco espacio. En cuanto á las piezas del Morro y Socapa, con decir que eran obuses antiguos, creo inútil añadir más. De no tener otra artillería que esa, bien puede asegurarse que los que hemos presenciado y sufrido el bloqueo de Cuba no tendríamos la satisfacción y el orgullo de poder decir, como decimos ahora, que contuvimos á la Escuadra americana, no obstante su poder y el número de sus cañones, desde el día *18 de mayo* hasta el *17 de julio*; esto es, *sesenta días* frén-te á su boca, en la mar y á *honestá* distancia de nuestras baterías, sin poder apagar sus fuegos ni atreverse á forzar la entrada.

Este resultado se debe, justo es decirlo, y yo me complazco

en consignarlo aquí, primero, al crucero *Reina Mercedes* mandado por el Capitán de navío señor don Rafael Micón, y después á nuestra Escuadra, fondeada en bahía, con la cual hubiera tenido que combatir la enemiga, después de forzar el puerto, si conseguía forzarlo, en lo cual nunca pensó.

A causa del malísimo estado de las calderas del *Reina Mercedes*, fué imposible su salida de Cuba para la Habana, como lo verificaron más ó menos temprano los buques que por estas aguas cruzaban, suponiéndose, dado su estado, que había de hacer papel muy secundario durante los acontecimientos que se vislumbraban: ¡cuán ajeno estaba todo el mundo entonces que el *Mercedes* había de ser, si no la salvación, la Providencia, por decirlo así, del puerto de Cuba, y que tanto había de influir en la heroica defensa que sus baterías hicieron!

Notablemente reducida su dotación á causa de los cumplidos y los enfermos; pero subordinada y entusiasta y dirigida por Jefes y Oficiales tan inteligentes como celosos é incansables, el día 23 de marzo quedó el buque amarrado á la Socapa, procediendo á echar abajo las vergas, calar masteleros, blindar la amura de estribor (que podía batirse desde la boca) con las cadenas de la primera y la cuarta anclas, resguardando con ello en lo posible la cámara de torpedos de los fuegos del enemigo.

El 26, obedeciendo órdenes superiores, tuvo que deshacer todo lo hecho y volver de nuevo á fondear en bahía, hasta que pocos días después regresó de nuevo á la Socapa, y nuevamente volvió á hacer las faenas de calar, blindar la amura, etcétera, etc.

Al mismo tiempo, uno de sus dos botes de vapor, tripulado, prestaba servicio en la Comandancia de Marina, donde era indispensable, y con el otro y los de remos ayudaba á la colocación de los torpedos, remolcaba lanchones y hacía mil servicios, además del suyo de rancheros á cinco millas de la ciudad, indispensables todos, pero ajenos algunos del buque.

El día 7 de mayo se empezó, bajo la dirección del Contra-

maestre Antonio Rodríguez Díaz, á desmontar cuatro cañones Hontoria de 16 centímetros, quedando el buque con solos los dos de proa para defender la boca del puerto y líneas de torpedos, formándose una cabria al efecto, con la cual se echaron fuera los cañones con sus conos y explanadas.

Dos de ellos se subieron á la meseta de la Socapa, con 50 marineros del buque y 40 hombres de la guerrilla del Capitán Mateu. Uno quedó montado y en disposición de hacer fuego en la noche del día 18; el otro quedó listo el 28 del mismo mes, después de montarlo también, como el anterior, terminadas ya por los ingenieros las zanjas y las basas de cemento donde se emplazaron.

El tercer cañón quedó montado en Punta Gorda, por la gente del buque, el día 2 de junio, y el 17 del mismo quedó montado el cuarto y último. Estos dos cañones Hontoria, de 16 centímetros, emplazados en la ladera occidental de Punta Gorda, los mandó siempre el Alférez de navío señor Vial, á las órdenes del Capitán de Artillería señor Seijas.

La de los dos cañones Hontoria de la Socapa alta la mandó el Alférez de navío señor Nardiz, teniendo á sus órdenes al de la misma clase señor Bruquetas.

La faena de la última pieza que se montó en Punta Gorda la dirigió el Contramaestre Ricardo Rodríguez Paz, por haber sido herido el Rodríguez, que dirigió las anteriores.

Estos cuatro cañones se montaron con objeto de ofender directamente á los buques de la Escuadra enemiga.

Con el de defender las líneas de torpedos é impedir la aproximación de buques menores que trataran de inutilizarlas, se montaron, también con la dotación del *Mercedes*, en la parte baja de la Socapa, que forma la parte occidental del cañón de la entrada del puerto, las piezas siguientes:

Un cañón Nordenfeldt, de 57 milímetros.

Cuatro cañones-revolver Hostchkiss, de 37 milímetros.

Una ametralladora Nordenfeldt, de 25 milímetros.

Esta última pertenecía á las defensas submarinas, las demás al *Mercedes*. Mandó la batería el Teniente de navío señor Camino.

Paréceme inútil decir que toda la artillería que, el *Mercedes* emplazó en tierra estaba servida por gente del buque, y sus Oficiales pertenecían á la dotación del mismo, como también repetir que el mismo trabajo costó montar ésta que la de tierra, puesto que eran los mismos los obstáculos é idéntica la falta de elementos y recursos; además, dos de las casetas de los torpedos fueron servidas por Oficiales del buque, los cuales, verdaderamente, se multiplicaron para poder prestar tantos servicios; y faltan palabras, á la verdad, para ponderar el trabajo que tanto ellos como la dotación realizaron, sobre todo mientras se montaron los cañones en sus baterías.

Aun cuando esto sea anticipar los sucesos, no puedo menos de decir que algunos buques, como ciertos hombres, están predestinados á ser mártires. Cuando el *Mercedes*, mucho tiempo después, regresó á bahía y dejó el fondeadero de la Socapa á causa de las muchas bajas que allí sufrió *pasivamente*, si se me permite la palabra, los buques americanos, por singular coincidencia, lanzaron sus proyectiles al sitio en que fué á fondearse, cual si una mano invisible los dirigiera.

Ultimamente, no quedándole ya más que su casco para *ofrecer en holocausto*, se fué á pique en la canal de entrada, para oponerse hasta el último momento, y aun *después de muerto*, á la entrada del enemigo que tanto combatió *en vida*. Paz á sus restos.



## IX

### Las dos Escuadras.

Desde que la guerra entre España y los Estados Unidos fué un hecho, difícil es decir cuánto se habló y se dijo de la Escuadra española, ó mejor, de las Escuadras; pues nadie ignora las mil noticias que sobre compra de buques dieron los periódicos, al extremo que, de haberles dado crédito, nuestra Marina de guerra hubiera sido muy superior á la americana en número y calidad. Y tan cierto es lo expuesto, que los menos optimistas, los más razonables, los que por *pertenecer á la profesión* creíamos estar mejor informados, y saber, hasta cierto punto, á qué atenernos, contábamos conque los buques que de la Península vinieran no bajarían de ocho de combate, sin contar transportes, torpederos, destroyers, etc.; ¡cuán equivocados estábamos!

El día 19 de mayo, á las cinco y cincuenta minutos de la mañana, el vigía señaló cinco vapores al Sur; poco después, el mismo anunciaba que los cinco vapores eran cinco buques de guerra, y al poco tiempo que eran españoles. Había, pues, llegado la tan deseada Escuadra, que según los periódicos, mandaba el Vicealmirante Butler.

A la siete y cuarto se avistó desde la Capitanía del puerto el *Infanta María Teresa*, que arbolaba insignia de Contraalmi-

rante, y que momentos después fondeaba en bahía á bastante distancia del muelle real, por no permitirle su calado hacerlo más cerca. Después de él, y sucesivamente, fondearon el *Vizcaya*, el *Oquendo* y el *Cristóbal Colón*; éste último con insignia de Brigadier; después entró el destroyer *Plutón*, que volvió á salir sin fondear, regresando, pasada una hora, con el de igual clase *Furor*, fondeando ambos en sitio oportuno.

El día que la Escuadra hizo su entrada en Santiago de Cuba era una de esas hermosas mañanas que tan frecuentes son en los países tropicales: ni la más ligera brisa rizaba la superficie de las aguas, ni la más ligera nube empañaba el azul del cielo, y, sin embargo, á pesar de cuanto han dicho los periódicos de la localidad, contadas fueron las personas que bajaron á la Marina á presenciar la llegada de los buques. A excepción del elemento oficial y de un número de peninsulares, no muy grande por cierto, la llegada de nuestros buques de guerra no inspiró interés, ni siquiera curiosidad. Y dígolo y hágolo constar, porque ello es la mayor prueba de las *simpatías* que el país nos profesa, y de las cuales nos da indudables pruebas constantemente y siempre que la ocasión se presenta.

La Escuadra venía mandada por el excelentísimo señor Contraalmirante don Pascual Cervera que, como se ha dicho, arbolaba su insignia en el *Infanta María Teresa*, siendo Jefe de Estado Mayor de la misma el Capitán de navío señor don Joaquín Bustamante. El segundo Jefe de la misma era el Capitán de navío de primera, excelentísimo señor don José de Pa-redes, que arbolaba su insignia en el *Cristóbal Colón*.

El *Infanta María Teresa*, construído en los astilleros del *Nervión*, es un buque de 103,63 metros de eslora, 19,81 de manga, y desplaza 7.000 toneladas, con calado de 6,55 metros. Sus máquinas desarrollan una fuerza de 13.700 caballos indicados, que le permiten andar 20,25 millas. Su armamento consiste en dos cañones Hontoria, de 28 centímetros (montados en torres: uno á proa y otro á popa); 10 Hontoria, de 14 centímetros; ocho

de tiro rápido, de 57 milímetros, Nordentfeldt; ocho cañones revólver Hostchkiss de 37 milímetros y dos ametralladoras de 11 milímetros. Lo mandaba el Capitán de navío señor don Víctor Concas.

El *Vizcaya*, mandado por el Capitán de navío señor don Antonio Eulate, y el *Oquendo*, mandado por el de igual clase, señor don Juan B. Lazaga, son exactamente iguales al *María Teresa* y construidos en el mismo astillero.

El *Cristóbal Colón*, que manda el señor Capitán de navío don Emilio Díaz Moreu, fué adquirido en Génova de la casa Ansaldo. Tiene 100 metros de eslora por 18,20 de manga; desplaza 6.840 toneladas y cala 7,75 metros; anda 20 millas y desarrollan sus máquinas una fuerza de 13.000 caballos indicados. Su armamento consiste: en dos cañones Armstrong (en torres), de 254 milímetros; 10 de 132; seis de 120; 10 Nordenfeld de 57 milímetros; 10 de 37 milímetros y dos ametralladoras.

Nota importante. Este buque, por no estar listos los cañones de 254, esto es, los de grueso calibre montados en las torres, vino sin ellos.

El destroyer *Plutón* lo mandaba el Teniente de navío de primera D. Pedro Vázquez, y el de la misma clase, *Furor*, el del mismo empleo, D. Diego Carlier; ambos los mandaba el señor Capitán de navío, D. Fernando Villamil.

La llegada de estos seis buques inspiró verdadero entusiasmo entre el elemento peninsular sano de Santiago de Cuba; tanto mayor, cuanto que nadie quiso creer eran los únicos que España mandaba, en términos que se le llamó la primera división, y el que menos, esperaba dos divisiones más. Los que no se formaban ilusiones; los que sabían á qué atenerse; los que conocían la realidad de las cosas, eran los que venían en los buques. Desde el General hasta el último Guardia-Marina sabían perfectamente que no había más escuadras, ni más divisiones, ni más buques, y que aquellos seis barcos (si como tales se cuenta á los destroyers), era lo único con que se podía contar

para oponerse á la Escuadra americana, que se compone de los siguientes, sin incluir los que están en construcción, y conste que sólo hago mención de los acorazados y de los protegidos, sean de primera ó de segunda clase:

*Iowa*: 11.340 toneladas, acero, acorazado de primera, 18 cañones.

*Indiana*: 10.288 íd., íd., acorazado de primera, 16 íd.

*Massachussets*: 10.288 íd., íd., acorazado de primera, 16 íd.

*Oregón*: 10.288 íd., íd., acorazado de primera, 16 íd.

*Brooklyn*: 9.215 íd., íd., crucero protegido de primera, 20 íd.

*New-York*: 9.200 íd., íd., íd., 18 íd.

*Columbia*: 7.375 íd., íd., íd., 11 íd.

*Meneapolis*: 7.375 íd., íd., íd., 11 íd.

*Texas*: 6.315 íd., íd., íd., 8 íd.

*Puritán*: 6.060 íd., íd., íd., 10 íd.

*Olimpia*: 5.870 íd., íd., íd., 14 íd.

*Chicago*: 4.500 íd., íd., crucero protegido de segunda, 18 íd.

*Baltimore*: 4.413 íd., íd., íd., 10 íd.

*Philadelphia*: 4.324 íd., íd., íd., 12 íd.

*Monterey*: 4.084 íd., íd., íd. (de torres), 4 íd.

*Newark*: 4.098 íd., íd., crucero protegido de segunda, 12 íd.

*San Francisco*: 4.098 íd., íd., íd., 12 íd.

*Charleston*: 3.730 íd., íd., íd., 8 íd.

*Misantonomoh*: 3.990 íd., hierro, monitor, 4 íd.

*Auphitrite*: 3.990 íd., íd., íd., 6 íd.

*Monandoch*: 3.990 íd., íd., íd., 6 íd.

*Terror*: 3.990 íd., íd., íd., 4 íd.

*Cincinnati*: 3.213 íd., íd., crucero protegido de segunda, 11 íd.

*Raleigh*: 3.213 íd., íd., íd., 11 íd.

*Nota.* Antes de declararse la guerra compraron al Brasil el *Amazonas*, magnífico crucero protegido de más de 6.000 toneladas, perfectamente artillado. Ha sido uno de los buques que han bloqueado este puerto.

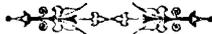
Es de advertir, que en los once primeros buques el número de cañones que se expresa es sólo el de los de gran calibre; esto es, de 16 centímetros en adelante, sin incluir los de tiro rápido, cañones revólver, ametralladoras, etc.

Los cuatro primeros, esto es, el *Iowa*, *Indiana*, *Massachusetts* y *Oregón* montan cada uno cuatro cañones de 32 centímetros; es decir, mayores que los de mayor calibre del *Maria Teresa*, *Oquendo* y *Vizcaya*, que sólo tienen cada uno dos de 28 centímetros. El *Cristóbal Colón* ya se ha dicho que no los tenía montados.

Poco después de fondear la Escuadra, las autoridades civiles y militares fueron á bordo del *Insignia* á saludar al Almirante Cervera.

Todo el mundo recordará que esos buques se reunieron en las Islas de Cabo Verde, y nadie ignora á cuántas notas dió lugar su reunión entre los Gobiernos de España y los Estados Unidos, hasta que, por último, el Gobierno español dió orden terminante á los mismos de dirigirse á la Isla de Cuba.

Llegaron á Martinica, donde, á causa de averías en la caldera, y no poder seguir á la Escuadra, quedó el destroyer *Terror*, mandado por el Teniente de Navío de primera don Francisco de la Rocha, y de allí fueron á Curaçao, donde sólo dos buques pudieron hacer algún carbón por no permitir entrar más en puerto las leyes de aquella colonia holandesa; y por último llegó, como queda dicho, á este puerto de Santiago de Cuba sin encontrarse con la Escuadra del Almirante Sampson, ignoro si por casualidad ó porque el General Cervera hizo de intento la derrota de Curaçao para engañar al Almirante americano.



## X

### Los viveres de la Plaza.

---

Hasta ahora mi tarea había sido, si no fácil, cuando menos agradable, ya que, en honor de la verdad y en obsequio de la justicia, sólo plácemes y enhorabuenas habían merecido cuantas personas han figurado, más ó menos directamente, en los sucesos que me ocupan. Por desgracia, no puedo decir lo mismo respecto de la cuestión de los víveres, que tan importante es y tanto ha contribuído al resultado de la capitulación de esta ciudad.

Lejos, muy lejos estoy de aludir ó vituperar á persona ó personas determinadas; cito hechos que todo el mundo conoce, que nadie ignora; y es, así lo creo al menos, un deber, del que en manera alguna puedo prescindir, ponerlos de manifiesto con entera imparcialidad. Hago historia, y con eso he dicho todo.

La plaza de Santiago de Cuba nunca estuvo muy bien surtida y nunca abundaron en ella las existencias.

Justo es hacer constar que los cuerpos armados y todo el elemento militar de la jurisdicción, igual que los hospitales, cobraban las consignaciones con nueve y diez meses de retraso; vivían hacía ya tiempo del crédito, y las casas abastecedo-

ras, imposibilitadas de hacer pedidos y de cubrir sus compromisos mercantiles, iban agotando extraordinariamente sus existencias. Se atravesaba una de esas crisis tan frecuentes en la guerra pasada, y que en esta ya se iban reproduciendo por desgracia, debido á la penuria del Tesoro. Pero ahora, en las circunstancias en que se hallaba Santiago de Cuba, el problema revestía formas más agudas y menos consoladoras, por lo cual la vida se hacía imposible, careciendo de artículos, careciendo de esperanzas, careciendo de numerario, y teniendo agotados su crédito y sus recursos compradores y mercaderes. Y esto no era sólo en la capital: se extendía á toda la división y al territorio de ella, pues sabido es lo que ocurre en Cuba, en Manzanillo, en Holguín, en Puerto Príncipe, en Ciego de Avila, en Morón, en Spiritus y en otros puntos de la Isla; esto es, que las cabeceras surten á los poblados del campo y á las sitierías, sin que tengan otra vía ni otro almacén que pueda sustituir á los que poseen las capitales.

Por otra parte, el comercio de esta ciudad, poco aficionado á grandes empresas y á especulaciones aventuradas, sólo tenía lo que abrigaba la seguridad de vender en breve plazo; y así, lo repito, los víveres, aun los de primera necesidad, no abundaban seguramente y á nadie se le ocultó que, de llegar á bloquear la ciudad los buques enemigos, como más ó menos tarde tenía que suceder, llegarían aquéllos á faltar en breve plazo. Así lo comprendieron algunas familias que, con anticipación hicieron provisión de ellas á todo evento, y por cierto que no tuvieron que arrepentirse; pues sus temores se realizaron, aunque dicho sea en honor de la verdad, sin motivo ni razón entonces que justificara tal estado de cosas.

La guerra se declaró oficialmente el día 21 de abril, y hasta el 18 de mayo ni un solo buque enemigo se presentó á la vista del puerto. En él había cinco barcos mercantes españoles, á quienes la ruptura de las hostilidades no les dejó salir, á saber: el *Méjico*, el *Mortera*, el *San Juan*, el *Reina de los An-*

*geles* y el *Tomás Brooks*. Jamaica sólo dista de Cuba ochenta millas, y, sin embargo, ni un sólo saco de harina entró desde antes del 21 de abril, y eso que una pequeña goleta inglesa mercante y de vela vino de allí con un cargamento de mauteca, patatas, cebollas y harina de maíz que vendió á muy buen precio, no bien lo desembarcó en el tñglado de la Aduana. De nada sirvió el ejemplo, y todos vieron la posibilidad del conflicto, que indudablemente tenía que sobrevenir, sin tratar de prevenirlo.

A no ser por la llegada del vapor alemán *Polaria*, que por una feliz casualidad dejó en Cuba 1.700 sacos de arroz que conducía á la Habana, los víveres hubieran faltado aquí en absoluto, ya que ni el comercio ni nadie trató de importarlos.

Las últimas subsistencias que entraron en factoría las trajo el vapor *Mortera* en 25 de abril: consistían en 150 reses vacunas, para las atenciones del hospital, 180.000 raciones de harina, 149.000 de garbanzos, 197.000 de arroz, 79.000 de judías y 96.000 de vino. Ahora bien: sin comprender las fuerzas de Guantánamo, Baracoa y Sagua de Tánamo, las necesidades de las tropas de Santiago de Cuba subían á 360.000 raciones mensuales. Como se ve, pues, los víveres almacenados en factoría en los últimos días de abril, apenas si bastaban para el consumo de medio mes.

Y no es eso lo peor, sino que los comerciantes, lejos de contribuir al bienestar del Ejército, que, en realidad, defendía sus intereses, ocultó cuantos pudo y elevó los precios de un modo que no quiero calificar, aprovechándose de las tristes circunstancias á que el bloqueo había reducido la ciudad.

Un ejemplo servirá mejor que cuanto pudiera decirse sobre el particular. El contratista del agua de bahía, fundándose en la letra de su contrata, trató de cobrar á los buques de la escuadra el agua que éstos hicieron en el muelle de las Cruces, cuya agua era propiedad de la Compañía americana de las minas de Juraguá, entonces decomisada por el Gobierno español,

y la cual se llevó á bordo por medio de la cañería que allí existe al efecto, picando la bomba noche y día los soldados de la columna del Coronel señor Borry. Casi todos los buques hicieron más de 500 pipas, que á *cuatro pesetas*, importan algunos miles de reales. Es de advertir, que el contratista de que me ocupo, *y de cuyo nombre no quiero acordarme*, como no quería acordarse Cervantes del lugar de la Mancha, es peninsular, capitán de voluntarios, y, según él mismo afirma, más español que Pelayo.

Ignoro las noticias que á la Península habrán llegado sobre los sucesos de Santiago de Cuba. Posible es crean allá que aquí sólo se careció de tales ó cuales alimentos; si es así, están en un completo error: aquí ha habido hambre, y de hambre han perecido no pocas personas, á pesar de que la población había disminuído notablemente por haberla abandonado familias enteras antes del día 21 de abril: y yo mismo he visto en los portales de la casa Brooks, situada frente á la Capitanía del puerto, un hombre muerto de hambre; muerto por no tener que comer.

Los caballos, los perros y otros animales morían de hambre en medio de las calles y las plazas; y era lo peor que no se retiraban sus cadáveres; y he visto también, y esto es de suma importancia por las funestas consecuencias que podía acarrear, he visto, repito, á un perro arrojarle sobre otro más pequeño, matarlo y comérselo. Faltó, como se verá, el agua del acueducto, y la población estuvo expuestísima á que los perros rabiasen y hubiera habido que agregar esa calamidad á las infinitas que sobre nosotros pesaban. ¿A qué seguir? Con lo dicho basta y sobra para comprender la inmensa responsabilidad que contrajeron los que, pudiendo haber surtido la ciudad de víveres, olvidaron ó eludieron el cumplimiento de tan sagrado deber.

Hubo bandos y edictos reglamentando los precios de los artículos de primera necesidad; pero así se curó el comercio de

cumplirlos, como yo de lo que no me importa ó no me atañe. Y la subida de precios fué tanto mas injusta y vituperable, cuanto que todo lo que en plaza había era anterior á la declaración de guerra y no había costado más flete ni más derechos que en tiempos normales.

De haber habido en ella harina y tocino, el soldado no hubiera estado anémico y desfallecido, y no obstante, se batió... como se ha batido siempre el soldado español. ¡Qué contraste entre él y el comercio de esta ciudad! Pero hay cosas que es mejor no *meneallas*, y ésta es una de ellas.



---

## XI

### Haciendo carbón.

La Escuadra, que salió de las Islas de Cabo Verde, que no hizo carbón en la Martinica donde tocó y que en Curaçao, sólo de sus buques metieran algunas toneladas, llegó, como es natural, con las carboneras casi vacías, disponiendo el General Cervera rellenarlas, y ya podrá suponerse cuánto empeño tendría en apresurar una operación sin la cual los buques ningún movimiento podían ejecutar, aún cuando de él dependiese la salvación de los mismos.

Por desgracia, el puerto de Santiago de Cuba, que tiene muy poco movimiento, posee muy escasos elementos y recursos, y menos aún desde que estalló la actual insurrección.

Cuatro embarcaciones de vapor había tan sólo en él: el *Alcyon*, el *Juraguá*, el *Esmeralda* y el *Colón*. Las dos primeras no tienen condiciones para remolcar lanchones: la *Esmeralda* sirve cuando no tiene mucho mar ó mucho viento de proa: el que reúne todas las condiciones es el *Colón*; pero el *Colón* estaba componiendo su caldera, y para terminar la obra, que era indispensable, necesitaba ocho días. Desgraciadamente el cañonero *Alvarado*, que hubiera podido prestar grandes servicios, estaba en varadero poniendo planchas nuevas en sus fondos y la obra era larga.

El Ejército, por su parte, tenía también atenciones y trabajos que en manera alguna podía abandonar, cuales eran: llevar forraje al Morro, agua á Punta Gorda y material y municiones de guerra á ambos sitios y á la Socapa y Jefes y Oficiales para la dirección de las obras emprendidas.

Sólo existen en puerto los lanchones y barcazas de los señores Ros, algunos inútiles, otros en mal estado y sólo un corto número en estado de utilizarse, y además los de la compañía de Juraguá que, aunque buenos, eran pocos, y de los cuales, naturalmente, se había incautado el Gobierno por pertenecer á súbditos americanos. Con tan pocos elementos y tantas atenciones y servicios, comprenderáse cuán difícil, por no decir imposible, era poder atenderlas todas.

Para poder formarse una idea, siquiera sea imperfecta, de la falta de elementos de todo género, diré, que el contratista del agua, que es muy mala y por la cual cobra un precio exorbitante, sólo tenía para suministrarla á los buques dos embarcaciones pequeñas de remo, con dos pipas en cada una y los buques eran cuatro ¡y necesitaban cada uno unas *quinientas!* eso sin contar los destroyers.

Como es natural, todos los pedidos, todas las reclamaciones, todas las quejas y todo cuanto la Escuadra necesitaba, quería ó deseaba, iban á la Comandancia de Marina, cuyo personal se reducía al Comandante, el Segundo, el Ayudante, el Habilitado, tres cabos de matrícula (uno de ellos encargado del depósito de víveres) y dos ordenanzas, y con ese personal había que acudir á cuanto se pedía y suministrar cuanto se deseaba.

La división (del Ejército) necesitaba remolcador; el Gobierno Militar necesitaba remolcador y lanchones y la Escuadra necesitaba lanchones y remolcador, y todos lo necesitaban verdaderamente y todos los servicios eran importantes y urgentes, y en la Capitania del puerto había continuamente que resolver problemas que no tenían resolución y proporcionar lanchones que no existían y remolcadores que no se encontraban.

El carbón, que se metía á bordo de día y de noche, hacíase, á pesar de todo, con extremada lentitud; pues los muelles en que estaba había poca agua y sólo se podía colocar una barcaza en su extremo (los muelles eran dos) so pena de varar éstas y tener que esperar la hora de la pleamar para sacarlas á flote.

Fuera nunca acabar decir cuánto tiempo y cuánto trabajo costó meter á bordo de los buques el carbón Cardiff del depósito de la Marina, y á pesar de haberse tomado peones para el Cumberland de las minas de Juraguá, los buques, que mientras permanecieron en Cuba jamás dejaron de meter carbón, nunca tuvieron rellenas sus carboneras, y un detalle hará comprender el hecho y pondrá de manifiesto la escasez de medios con que el puerto de Santiago de Cuba contaba. A pesar de haber recorrido todas las tiendas de la población, y á pesar de haber ofrecido el precio que quisieran, no fué posible encontrar más que un reducido número de espuestas necesarias para llevar el carbón; hubo que meterlo como se pudo.

Hay trabajos que no pueden apreciarse ni comprenderse; que pasan desapercibidos y nadie puede siquiera suponer, porque no son acciones de guerra más ó menos brillantes, y que, sin embargo, no podrían soportarse ó resistirse largo tiempo. Los que á la Capitanía de puerto pertenecíamos, concluimos por comer allí, por almorzar allí y por dormir allí; quiero decir, por no dormir, pues no había noche en que no hubiera que remitir al Almirante dos ó tres pliegos urgentes ó reservados y otros tantos cablegramas, por supuesto, á diferentes horas de la misma, y el teléfono no cesaba un momento ni se daba punto de reposo. No era el trabajo lo que hacía insoportable la situación; ¡qué militar no trabajaba desesperadamente en Santiago de Cuba! No; lo triste, lo deplorable es que, deseando complacer á todos y deseándolo de corazón, concluyera uno por no satisfacer á nadie.

El carbón, que eran unas 2.300 toneladas Cardiff, y pertene-

cía á la Marina de Guerra, se tomó en los muelles de Bellavista, situados en la parte Occidental de la bahía. Además, el General Linares puso á disposición del General Cervera unas 600 toneladas de carbón Cumberland, de las minas del Juraguá, y otras 600 del ferrocarril de Sabanilla.

El agua tuvieron que hacerla los botes de la Escuadra á granel en el muelle de las Cruces y en el grifo que está próximo al muelle Real. Algunos buques la hicieron también ellos mismos atracando al primero de los citados.





**MUELLE DE LAS CRUCES, EN EL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA.**

## XII

### Opiniones sobre la salida de la Escuadra.

Nunca tuve el propósito, al narrar los sucesos de Santiago de Cuba, de hacer sobre ellos observaciones de ningún género, ni permitirme comentarios sobre los mismos, por no considerarme con autoridad, con aptitud (y esto no es alarde de falsa modestia), con derecho á ello. Mi objeto ha sido hacer una sencilla relación de lo que presencié, de lo que ví y de lo que por conducto fidedigno conozco, seguro de su autenticidad, convencido que en la Península, aunque se conozcan en conjunto, tienen que ignorarse en detalle; pero ante ciertas insinuaciones y ciertas dudas no es posible permanecer mudo é indiferente.

Grande fué la alegría que la llegada de la Escuadra causó al elemento peninsular en general y á algunos hijos de Cuba que verdaderamente nos aman; pero pasados algunos días, no faltaron personas inteligentes é ilustradas, ó por lo menos reconocidas por tales, que demostraron gran impaciencia y extrañeza por la permanencia de los buques en el puerto, y que no se cansaban de preguntar qué hacía aquí la Escuadra y por qué no salía.

Fácil es contestar á la pregunta.

Si de algo puede tacharse al General Cervera es de exceso

de valor. Basta leer su hoja de servicios para cerciorarse de ello, y lo demostró hasta la evidencia el día 3 de Julio. El General Cervera recibió muchos cablegramas y numerosos oficios; nadie como él podía tener noticias de lo que en la Península ó en la Isla de Cuba ocurría, ni de lo que se le ordenaba ó exigía, y que el General Cervera obraba como debía obrar, eso ni discusión tiene. Mi objeto es sólo contestar á la pregunta que tantos formulaban en Cuba: «¿qué hacía aquí la Escuadra?» ¿qué hacía? pues hacía mucho.

No siempre son las grandes batallas ó los grandes combates los que deciden el éxito de una campaña. Napoleón I, manobrando de un modo admirable, encerró en Ulm al General austriaco Marck, que tuvo que entregarse con todo su ejército, sin haber disparado un solo tiro.

Cuando el Almirante Villeneuve, que por desgracia, mandaba las Escuadras aliadas de Francia y España, supo que el Almirante Rossilly, nombrado para relevarle, estaba en Madrid, prefirió combatir con Nelson á presentarse ante Napoleón, y decidió salir de Cádiz, reuniendo al efecto en el navío *Bucen-taure* á los Generales de ambas Escuadras. Los españoles se opusieron á ello, fundándose, con razón, en que para salir de Cádiz se necesitaba tiempo y un viento favorable; en que los buques necesitaban reparar sus averías, reponer sus víveres y las municiones y completar la dotación de los mismos; en que la estación estaba ya muy adelantada y obligar á los ingleses á bloquearlos durante un invierno equivalía para ellos á *la pérdida de un combate naval*; esta era la opinión de hombres como Gravina, Churruca y Galiano.

Asegúrase, añadieron, que el barómetro además estaba muy bajo y era inminente un temporal; á lo cual replicó el Contraalmirante Magón «que lo que estaba bajo era el valor en algunos pechos;» á semejante insulto, los españoles, perdida la prudencia y la calma, optaron por salir en busca del enemigo para probar les sobraba el valor. No quería otra cosa el Almirante

francés. Salió la Escuadra combinada, y sabido es lo que ocurrió á la altura de Cabo Trafalgar.

Pues bien; ya está contestada la pregunta: obligaban á la Escuadra enemiga á sostener, con fuerzas superiores, el bloqueo de Santiago de Cuba con todos sus inconvenientes y peligros. Mientras nuestros buques estaban en puerto, sin correr ninguno de los peligros propios del mar, sin consumir apenas carbón, sin estropear sus máquinas y acechando la ocasión propicia para maniobrar cómo y cuándo les conviniere, la enemiga tenía que cruzar día y noche sobre la costa, gastando carbón, haciendo el servicio de mar, penoso siempre y más en tiempo de guerra, estropeando sus máquinas y expuestos á tener que abandonar el bloqueo ante un temporal del S. ó del E., y mucho más si hubiera llegado la época de los ciclones.

Tan cierto es que sin necesidad de combatir se puede vencer, que si además de los buques que estaban en Santiago de Cuba hubiera sido posible tener dos en Cienfuegos, por ejemplo, y otros dos en Nuevitas, cuyos puertos se prestan á la colocación de líneas de torpedos á causa de la angostura de su canal de entrada, es indudable que los americanos, que salvo los buques que tenían en Filipinas, habían mandado toda su Escuadra á la isla de Cuba, hubieran tenido forzosamente que bloquear esos tres puertos con fuerzas superiores á las nuestras y vigilar á Cayo Hueso si no querían exponerse á un serio desastre, ó decidirse por forzar uno de los puertos exponiéndose á una hecatombe; y basta fijarse en el número de sus buques para comprender que no podían amenazar tantos puntos con éxito; puesto que sólo tenían que ocuparse del de Cuba y tenían frente á él casi todos los de su Escuadra, hubiéranse visto forzados á desistir de tomar la ofensiva.

Con lo expuesto queda demostrado que los buques no necesitan precisamente presentar combate para obtener resultados. Los que había en Cuba contuvieron por espacio de *cuarenta y seis días*, ante la boca del puerto, una Escuadra muy superior,

que no hizo más proezas que lanzar una lluvia de proyectiles que, relativamente, ningún daño causaron. No es posible obtener mayores resultados con menos trabajo; y si en Cuba no hubieran escaseado los víveres, sabe Dios, de seguir aquí nuestra Escuadra, á qué extremos la impaciencia y la desesperación hubieran llevado al Almirante Sampson.



## XIII

### El bloqueo.

Hecha ya la descripción, aunque muy deficiente, de los sitios y lugares que fueron teatro de los sucesos aquí ocurridos, y de los tristes elementos de que podíamos disponer para su defensa, fácil será poder apreciarlos á poco que se fije la atención en ellos y se recuerde cuanto expuesto queda.

Dije ya que el día 18 de mayo, el *Saint-Louis* (armado en guerra) y un cañonero, cuyo nombre no se ha sabido, hicieron unos ochenta disparos, que fueron contestados por Punta Gorda, única batería que entonces pudo responder á la agresión. De ocurrir el hecho algunas horas después, uno de los cañones Hontoria, de 16 centímetros, de la Socapa, hubiera podido hacer fuego, pues quedó montado, como se ha dicho, la noche de ese mismo día 18. Los buques enemigos desaparecieron por el Este. Al día siguiente, 19, entró la Escuadra española, procedente de Curaçao, y que empezó á hacer carbón el día 20.

*Día 21.*—Este día llegó un buque, que venía del Sur, cerca de la boca del puerto, tomando después la vuelta del Oeste. A las diez y media de la noche, un telefonema del Morro notició que dos buques hicieron fuego sobre Punta Cabrera durante un cuarto de hora. Los disparos fueron diez. Es probable que disparasen sobre las fuerzas del Coronel Aldea, que cubrían esa parte de la costa.

*Día 22.*—A las siete de la mañana el vigía señaló un vapor por el Este, marcando otro media hora después. Se supo por

el Morro que uno de ellos parecía ser el mismo del día anterior; el otro era de tres palos. Ambos se suponía fuesen enemigos, porque iban muy despacio y reconociendo la costa. El nuevo tenía además tres chimeneas.

A las once y media los buques estuvieron en el meridiano del Morro (esto es, enfrente de él), siguiendo muy despacio con rumbo al O., por donde desaparecieron á las cuatro y media.

*Día 23.*—A las cinco y cuarenta y cinco minutos señalaron un buque por el Sur, y una hora después dos por el Este. A las nueve dijo el Morro que, de los tres buques, uno era de tres chimeneas, el mismo del día anterior, y el otro un acorazado, y que se hacían señales con banderas.

A las once y media señalaron un buque por el Oeste; á las doce y media dijo el Morro que el buque que llegaba tenía tres palos y tres chimeneas.

A las cuatro y diez minutos se supo por teléfono que de los cuatro buques uno desapareció por el Sur, y los restantes se aproximaban más á la boca del puerto.

A las siete desaparecieron los tres buques: uno por el Este y dos por el Sur.

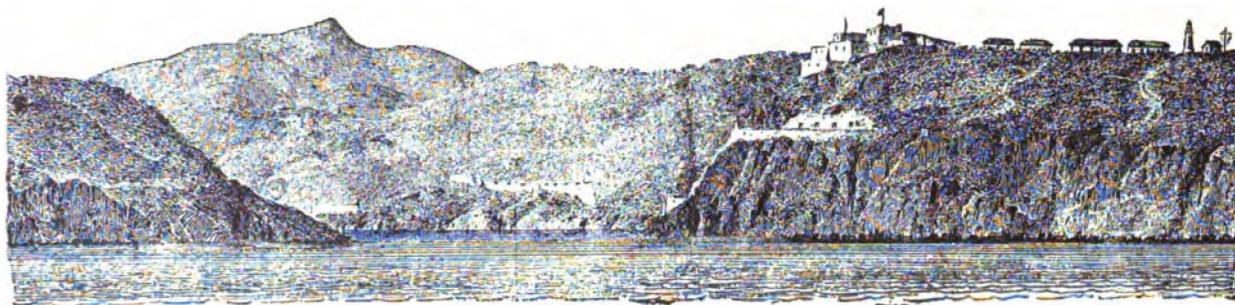
*Día 24.*—A las dos el vigía señaló dos vapores por el S.: el horizonte estaba muy cargado y nada se podía distinguir á cierta distancia.

A las once y cuarenta y cinco minutos salió el destroyer *Plutón*.

A las doce y media, aunque con dificultad á causa de la cerrazón, distinguéronse cuatro buques enemigos hacia el E. de la boca del puerto.

Al ver salir al *Plutón*, uno de ellos puso la proa al O. y pasó cerca del destroyer sin poder ofenderle, siguiendo hacia el O. Los otros tres se pusieron en movimiento en la misma dirección para perseguirlo también, pero sin resultado por haber el *Plutón*, naturalmente, impedido su encuentro.

Los cuatro buques desaparecieron por el O.



**VISTA DE LA BOCA DEL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA.**

**Fuerte de Santa Catalina,**

**Bateria de la Estrella,**

**Castillo del Morro.**

**Faro.**

A las dos la Capitana española (*Infanta María Teresa*) se puso en movimiento y atracó al muelle de las Cruces para hacer agua.

A las cinco y media señalaron dos buques por el S., que desaparecieron después de anochecer por el mismo punto.

*Día 25.*—A las seis señalaron dos vapores: uno por el S. y otro por el O.

A las siete y media se puso en movimiento el acorazado *Cristóbal Colón*, que fondeó poco después de nuevo.

A la misma hora dijo el Morro que de los dos vapores señalados uno de ellos se dirigía, al parecer, hacia el puerto á toda máquina, y el otro, el del S., parecía darle caza. Tres cuartos de hora más tarde avisaban que el buque había sido apresado, al parecer, á gran distancia de la boca de Santiago de Cuba, retirándose ambos con rumbo al S.: el apresado, que es muy pequeño, delante, y detrás el otro.

El *Infanta María Teresa*, á la una de la tarde, desatraco del muelle de Las Cruces, donde atracó el *Oquendo*, también para hacer agua: el primero volvió á fondear en bahía.

A las dos, el *Vizcaya* fondeó al S. de Cayo Ratones, cerca de la ensenada de Cajuma. El *Cristóbal Colón* fondeó y se acoderó al S. de Punta Gorda.

*Día 26.*—A las dos de la tarde el *Oquendo* dejó el muelle de Las Cruces, fondeando en bahía.

La Escuadra quedó del modo siguiente: el *Cristóbal Colón* fondeado al S. de Punta Gorda, próximo á ella, acoderado y presentando su costado á la boca del puerto, cuya canal enfilaba, presentándole sus cañones, para poder ofender al enemigo que tratara de forzarlo.

El *Vizcaya* cerca de la ensenada de Cajuma, acoderado también, para unir sus fuegos á los del *Colón*, si el enemigo lograba rebasar Punta Soldado.

El *María Teresa* y el *Oquendo* al S. de Cayo Ratones, para defender la pasa de Punta Gorda, así como el fondeadero ge-

neral y la ciudad. Durante el día se avistaron tres buques por el S., que desaparecieron poco después por el mismo punto.

*Día 27.*—A las seis el vigía señaló dos buques por el S.

A las diez y media señaló cinco buques más. Hay siete á la vista.

A las doce y cuarto el General Linares fué al Morro en el bote de vapor de la Capitanía de puerto.

A las doce y media se avistaron cuatro buques más. Total once buques.

De los *once* buques á la vista, cuatro son acorazados.

A las dos y media de la tarde llegó otro buque.

Al anochecer regresó del Morro el General Linares. Los buques desaparecieron por el S.

*Día 28.*—A las seis y cuarto el vigía señaló un buque que se aproximó á cinco millas del Morro, y á medio día desapareció por el S.

A las cuatro y media de la tarde señalaron seis buques grandes, que desaparecieron por el S. al anochecer.

*Día 29.*—Al amanecer, los destroyers *Plutón* y *Furor* salieron á hacer una descubierta, regresando á las ocho.

Durante el día, fondeaban en bahía; de noche, fondeaban en la Socapa y en la ensenada del Nispero, para vigilar la entrada del puerto durante ella.

Fué al Morro en el remolcador *Alcyan* el General Linares.

A las siete se avistaron siete buques enemigos, que estuvieron reconociendo la costa á unas ocho millas de ella, retirándose por el S. antes de anochecer.

*Día 30.*—A las cinco y media se señaló la Escuadra enemiga, que se aproximó á unas nueve millas del puerto. La componían siete buques.

A medio día llegaron del S. tres más, uniéndose á los primeros.

*Día 31.*—A las cinco y cuarenta y cinco minutos señaló el vigía once buques por el S.

A las dos de la tarde se oyó fuego de cañón. A esta misma hora dijo el vigía que el fuego era sobre la costa.

A las dos y cuarenta minutos empezó á hacer fuego la batería de Punta Gorda, cesando poco después.

Los buques de la Escuadra española izaron sus banderas de combate y avivaron los fuegos de sus máquinas.

A las dos y media el fuego de cañón se hizo bastante vivo.

A las tres se hizo más lento, cesando á las tres y media.

El fuego lo sostuvieron los enemigos con las baterías del Morro y la Socapa, sin ocurrir novedad en ninguna de ellas.

Los buques se retiraron, desapareciendo, como de ordinario, por el S. antes de anochecer.

Han terminado los sucesos del mes de mayo, muy insignificantes, y que no son más que el prólogo de los que siguieron.

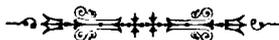
Durante los días 20 á 22 de mayo, el cabecilla Calixto García, con numeroso contingente de partidas y Artillería, atacó el poblado de Palma Soriano sobre el río Cauto. El General Vara de Rey, al frente de 1.000 hombres y de dos piezas, rechazó las acometidas del enemigo, causándole numerosas bajas y ahuyentándole. Por nuestra parte tuvimos 16 heridos. Esta operación del heroico soldado que simuló un movimiento envolvente atravesando el Cauto por tres ó cuatro vados y persiguiendo á los rebeldes hasta dos leguas más allá de Palma Soriano, debióse á la hábil distribución de las escasas fuerzas de la línea de observación. Era esta línea, como puede fácilmente comprenderse viendo el plano que damos al final, débil, muy débil en casi toda su extensión. Fué, en realidad, un trabajo de mérito el guardar, vigilar y sostener puntos estratégicos, zonas de cultivo, costas, caminos y vías férreas, con un contingente de tropas tan mermado y extenuado. ¡Y las fuerzas que esperábamos de la Habana, y que se anunciaba la llegada... no aparecían!

Como se esperaba un buque con carbón, supúsose que el día 25 fué ese el apresado. Es muy posible; pero pudo también no

ser el que se esperaba. De todos modos, extrañóse mucho en Cuba que, no estando la Escuadra enemiga á la vista, y si sólo uno ó dos buques, el General Cervera no hubiese impedido hacer la presa ó recobrádola al menos.

La razón de no hacerlo es muy sencilla. Nuestra Escuadra, como se ha visto, sin conseguir rellenar sus carboneras, metió á bordo todo el Cardiff que existía en el depósito de la Marina, y sólo quedaban las 1.100 toneladas Cumberland de que el General Linares pudo disponer; este último es inferior al primero, y creo inútil decir cuánto importa que una Escuadra tenga buen combustible; puede ser su salvación en un momento dado; por consiguiente, la Escuadra, que tenía maniobras muy difíciles que ejecutar y de inmensa importancia y transcendencia, no podía gastar inútilmente una piedra de carbón.

La presa se hizo á gran distancia de la boca del puerto, distancia que un buque mientras leva, se franquea de la boca y puede dar toda fuerza, tarda tres horas lo menos en recorrer: ¿dónde estarían el aprehensor y la presa en ese tiempo? y suponiendo que aquél no pudiera ponerla en salvo ¿la dejaría caer en nuestro poder? Seguramente que no. Dos cañonazos á flor de agua la hubieran echado á pique en poco tiempo, máxime cuando, según se asegura, iba tan cargado; y el *Colón* ó cualquiera de los buques que con tal objeto hubiera salido, hubiese probablemente consumido, sin resultado, un carbón que debía conservarse para operaciones mucho más importantes y menos aventuradas y en manera alguna en perseguir buques armados en guerra, y en hacer ó rescatar presas. Además, desde el 22 al 28 la mar que recalaba impidió la salida de los buques, pues los prácticos de número del puerto no quisieron sacarlos, asegurando que, con la mar que había, podían en la cabezada tocar sus popas, sobre todo, el *Cristóbal Colón*.



## XIV

### Los Voluntarios.

Aun cuando la comparación no parezca tal vez muy oportuna, yo diría que el mes de mayo fué el paraíso del bloqueo, como el mes de junio fué su purgatorio y su infierno el de julio.

La aparición de los primeros buques enemigos frente al Muelle de Santiago de Cuba, consecuencia natural de la guerra decidida por el Gobierno de los Estados Unidos y aceptada por el nuestro y el ruido de los primeros cañonazos disparados, causaron en la población tanto estupor como curiosidad; mas como el hombre á todo se acostumbra, concluyóse por ver con indiferencia una situación, que si no era peligrosa por entonces, era inconveniente y desagradable á no dudar.

Los botes de la Escuadra que continuamente desatraban de los muelles para los innumerables servicios que aquélla requería, daban á *la Marina* una animación y un aspecto que nunca tuvieron en tiempos normales. La Alameda en la que, como de ordinario, la música del regimiento de Cuba tocaba los domingos por las tardes de orden de la autoridad militar, que con muy buen sentido quiso por todos medios levantar el espíritu de sus habitantes, vióse bastante concurrida á pesar de faltar tanta gente en la población, y lo mismo la Plaza de Armas,

donde continuaron las retretas los jueves y domingos. Los aficionados á dar noticias de sensación, y sobre todo los que gustaban de inventarlas, tuvieron ancho campo y materia para satisfacer su deseo; y el que hubiera tenido la paciencia ó la curiosidad de coleccionar las que por la ciudad se propalaron, hubiera podido escribir un libro tan original como gracioso.

Los chiquillos jugaban á la guerra, que se hacía á pedradas en las afueras y dentro de la ciudad, divididos en bandos que capitaneaba un Cervera de diez primaveras ó un Sampson de doce Abriles.

Los diferentes cuerpos de Voluntarios engrosaron considerablemente con los muchos que acudieron á aumentar sus filas, especialmente Jefes y Oficiales; y en la población no se veían más que sables y machetes, estrellas y galones; al extremo, que ni en Berlín, la capital de la nación más militar de Europa, creo se vean tantos uniformes como se veían en esta ciudad, de ordinario tan tranquila. Hasta los dependientes del resguardo se armaron con machete y tercerola, así como los ordenanzas del Gobierno Civil.

Y ya que de los Voluntarios he hablado, haré su historia hasta el fin, que no deja de tener miga y aun corteza.

Desde la puesta del sol, y durante las primeras horas de la noche, acudían á la Alameda, que llenaban, divididos en pelotones más ó menos numerosos, que Oficiales del Ejército, y los suyos propios, se encargaban de instruir ó de perfeccionar, y al primer cañonazo ó al primer toque de corneta se presentaban en el acto, los Jefes y Oficiales los primeros, á los puestos que de antemano se les tenían designados.

Todas las noches, un retén ó guardia de 25 hombres, mandados por un Oficial, ocupaba el tinglado grande de la Aduana. colocaba sus centinelas, y desde entonces hasta que amanecía, no cesaban los culatazos en el piso de madera, que muchos creían eran tiros de cañón, y los «alto, quién vive» dados al primer objeto que se movía, prueba evidente de la extremada

vigilancia que se observaba y de que no se dejaban sorprender con facilidad.

Los bomberos acudieron siempre que fué necesario al muelle á trasladar al Hospital, en sus camillas, los heridos del Morro ó la Socapa; y la actividad, el buen deseo y el celo fueron superiores á todo encarecimiento.

Los días 1, 2 y 3 de julio, como se verá más adelante, acudieron en bastante número á las trincheras de la tercera línea, desde las cuales se batieron como buenos con el enemigo, y en las cuales algunos fueron heridos.

Por desgracia, después de ese día, salvo honrosas excepciones, cambió radicalmente el espíritu que les animaba: trocóse en tibieza el entusiasmo y en prudencia el valor, y abandonaron las trincheras, que ya no volvieron á ocupar, dejando el uniforme por el traje de paisano y el fusil ó el machete por la vara de medir ó la balanza para pesar.

¿Por qué ese cambio? Tiene su explicación. Es un error suponer que el soldado tiene más valor que el voluntario: son españoles ambos y no hay razón para ello. Pero el soldado tiene una ordenanza y hábitos militares de que carece el voluntario, y Jefes y Oficiales que se imponen y se hacen obedecer, que tampoco tiene el segundo, y eso es todo.

Mientras el enemigo atacó y hubo que repelerlo, el voluntario se batió con entusiasmo y decisión; pero terminado el combate y la excitación que, naturalmente produce, llegó el *período de trinchera*, por decirlo así, con el sol durante el día, el relente durante la noche, las lluvias, las enfermedades, las privaciones, los sufrimientos; en una palabra, la hora de padecer en silencio y con resignación, la hora de la subordinación y del sacrificio y del deber, y uno tras otro, con un pretexto cualquiera ó sin pretexto alguno, fuéronse á la ciudad decididos á no volver.

Estrechóse más el cerco, aumentaron las probabilidades de capitular ó de perecer á medida que disminuían las del triunfo

y de éxito, y entonces pensaron en sus familias, en sus intereses y en sí mismos, y despojáronse del uniforme que, á su juicio, podía perjudicarles, y no creyéndose seguros en la población, escondiéronse en Cinco Reales, en las Cruces y en los vapores mercantes, y en cuantos sitios creyéronse á cubierto de los proyectiles, no faltando quienes *emigraron* al Caney ó á Cuabitas, que ocupaban los americanos y los insurrectos respectivamente.

Y conste que lo que queda expuesto no lo sé por referencia: lo he visto yo mismo en Cinco Reales al regresar del crucero *Reina Mercedes*, varado en la entrada del puerto, donde fuí de orden del Comandante de Marina, para darle cuenta de la posición exacta en que había quedado el buque. Allí estaban muchos ocultos y de paisano, con sus familias unos y solos otros.

¡Pero qué mucho que hombres que empuñan el fusil hagan lo que dejo expuesto, cuando otros que ceñían espada y se habían significado notablemente obraron peor!

Un caso, que por su originalidad no puedo resistir la coñezón de contar, dará una idea de lo ocurrido aquí con los voluntarios.

Un sujeto cuyo nombre omitiré, pero que es tan conocido en Santiago de Cuba como lo fué Pizarro en Indias, director de *La Patria*, órgano del partido autonomista en la misma, fué el que, cuando por segunda vez vino el señor Capriles á desempeñar el Gobierno Civil, pronunció discursos más patrióticos y entusiastas, el que más ensalzó el nuevo régimen y el que más fuertes vivas dió. Indudablemente, era más autonomista que el mismo Montoro y que el propio Govin. Días después, y fundándose en que el periódico no producía lo suficiente para cubrir sus necesidades, solicitó del señor Capriles, que, como nadie ignora, es un Jefe de la Armada, un destino *cualquiera*, y el hecho es para mí tanto más indudable, cuanto que fuí yo mismo la persona á quien encargó la embajada, cuyo

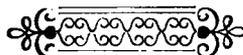
honor decliné, por razones que todo el mundo comprenderá.

Declarada la guerra con los Estados Unidos, pidió á la autoridad militar no sólo ingresar en el cuerpo de Voluntarios, sino que se le diera un puesto de peligro donde poder alcanzar fama y gloria y servir á la patria con provecho. Nombrósele primer Teniente de Bomberos, y desde entonces en la calle, en la plaza, en la *Favorita* y en la *Venus* viósele siempre de uniforme, con el cual, justo es decirlo, parecía un verdadero militar, arrastrando el sable y haciendo sonar las espuelas (nunca supe por qué era plaza montada). Indudablemente era más español que el Cid y más patriota que Riego.

Cuando se nubló el cielo, cuando creyó próximo el momento de surgir el trueno y caer el rayo, trató con los señores Rabelo, de hacerse ciudadano de Santo Domingo ó del Paraguay (no tenía predilección por ninguno de los dos países), y como, naturalmente, no lo pudo conseguir, cuando las mujeres, los niños, los ancianos y muchos particulares se fueron al Caney para evitar el bombardeo anunciado, él formó parte de la caravana; por supuesto, sin sable, sin galones y sin estrellas ni espuelas: de incógnito, como viajan á veces los príncipes y los reyes.

Hoy, según me han asegurado, hace toda suerte de piruetas y genuflexiones para que los yankees le encarguen de la redacción de un periódico. Como éstos, por ahora, siguen en Santiago de Cuba, él no desiste en su pretensión.

Este ejemplo, que por lo original pudiera parecer único en su clase, no es tal, y aunque es de los más notables, ha tenido prosélitos, ó satélites, ó secuaces, ó como quiera llamárseles; de lo contrario, de ser un caso aislado, hubiérame yo guardado de referirlo, con lo cual hubiera ahorrado al lector el trabajo de leerlo.



## XV

### Expectación.

Los sucesos del mes de mayo, aunque no sean, ó mejor dicho, no parezcan muy importantes en sí mismos, por no haber ejecutado el enemigo ningún hecho de gran relieve, ni habernos causado desperfecto alguno, ni siquiera una sola baja, la tienen en realidad, y grande, y sus consecuencias han influido y pesado en términos, que ellos han decidido, si no en absoluto, en gran manera cuando menos, en el resultado de la guerra que casi se ha decidido en las aguas de Santiago de Cuba y frente á las trincheras en su recinto construídas.

Si se tiene en cuenta la posición de Santiago de Cuba, situada á un extremo y al S. de la Isla, y por lo tanto, relativamente lejos de los Estados Unidos y de Cayo Hueso, base de operaciones de los yankees; la topografía de su puerto, difícil por sí mismo de forzar; la poca ó ninguna importancia militar de una ciudad que no es plaza fuerte, ni siquiera plaza de guerra, y la carencia de caminos y ferrocarriles que la pongan en comunicación con algún punto importante ó estratégico, no es muy aventurado asegurar que los americanos no pensaron hacer nunca grandes demostraciones ni operar sobre ella, y sí sólo en bloquearla y en lanzar unos cuantos proyectiles, como

hicieron en otras poblaciones del litoral; y una prueba de ellos, que hasta el día 18, esto es, hasta cerca de un mes después de la declaración de guerra, no se vió aquí ningún buque enemigo, y los dos que se presentaron entonces eran: un vapor mercante armado en guerra y un pequeño cañonero, que después de hacer un reconocimiento, desaparecieron por el E.

Pero la llegada de la Escuadra española, que aunque sólo se componía de cuatro buques de combate, eran los únicos que de esa clase teníamos en la Isla, y los únicos, por consiguiente, que podían inspirarle temor ó recelo; la necesidad ineludible de tener que repostarse de carbón, en lo cual emplearon muchos días, porque dada la carencia de medios y de elementos, no pudieron hacerlo en menos, hizo que su objetivo fueran la ciudad, y sobre todo el puerto, donde aquélla fondeó, del cual tal vez no se preocuparon al principio, y que sobre él dirigieran todas sus fuerzas de mar y tierra, escogiendo como teatro de la guerra el que tal vez menos conviniera á sus planes y menos pensaron elegir.

¿Cuándo supieron que nuestros buques entraron en el puerto? No lo sé, ni creo lo sepa nadie en Cuba. Si el *Saint-Louis* y el cañonero tantas veces citado, regresaron de Guantánamo el 19, donde es de suponer fueron al abandonar estas aguas el día anterior para continuar el bloqueo, es indudable que pudieron ver á nuestros buques, y dicho está que, en el acto, avisarían á su Almirante; pero yo lo dudo, pues hasta el día 27 no se presentó un número de buques capaz de contener ó batir á los nuestros.

Podrá objetarse que la Escuadra enemiga pudo tardar ese tiempo en reunirse y presentarse, por mil razones que no es fácil conocer. Es posible; pero en tal caso, si desde el día 19 sabía el enemigo el suceso, ¿por qué siguieron presentándose en reducido número ante la boca del puerto, expuestas á un grave contratempo? Yo creo que cuando el enemigo tuvo la primera noticia del hecho, ó por lo menos la completa eviden-

cia, fué el 24; cuando los buques que por las aguas de Cuba cruzaban, vieron salir del puerto y de nuevo regresar á él al *Plutón*, que de sobra sabían acompañaba á la Escuadra y formaba parte de ella. A los tres días, el 27, fué cuando aparecieron once buques (cuatro de ellos, por lo menos, acorazados). Ese intervalo de tiempo se comprende es el indispensable para avisar á la Escuadra enemiga que estaría, quizás, entre Cabo San Antonio y la Habana, ó entre aquél y Cienfuegos.

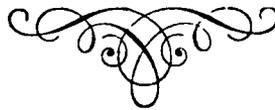
De todos modos, las operaciones del mes de mayo revistieron gran importancia y tuvieron gran trascendencia; pues continuó cerrado el puerto, en el cual, desde antes de la declaración de guerra, no entraban víveres de ninguna clase, si se exceptúan los que de Jamaica importó la pequeña goleta inglesa de que ya hice mérito, y que no vale la pena de tenerse en consideración.

Otro problema: ¿Por qué los buques enemigos que se aguantaban todo el día ante la boca del puerto, desaparecían al anochecer en vez de seguir vigilándola de noche? Lo ignoro también. La costa toda es acantilada y limpia, y las tierras tan elevadas, que se distinguen perfectamente aun en tiempos achubascados; así, pues, permanecer en ella no ofrece peligro alguno con tiempos bonancibles como los que han reinado continuamente este año, que hasta en eso les ha protegido la Providencia; y tan cierto es lo que digo, que después, ni de día ni de noche la abandonaron un solo momento, como se verá.

Tal vez porque, convencidos ante la boca del puerto de la dificultad de forzarlo, y menos con una escuadra dentro, deseaban, al franquearles el paso, que aprovechara la ocasión para salir y refugiarse en otro de más fácil acceso. Pero esa táctica podía acarrearles fatales consecuencias; porque de ganar nuestros buques el puerto de la Habana, situado á pocas horas de Cayo Hueso, al abrigo de sus 300 cañones y unidos á los demás de guerra que allí había, la situación hubiera variado notablemente y los americanos se hubieran arrepentido de

su táctica. No es posible que cometieran semejante desacierto. Además, de ser esa su intención, no hubieran, durante el día, sostenido tanta vigilancia. ¿Simularían retirarse y adelantarian de noche sobre el puerto, sin luces, para no ser vistos? No es probable: para poder ver la boca, tenían que ser vistos desde las alturas del Morro ó la Socapa, donde también se ejercía extremada vigilancia. Yo supongo, porque otra cosa no se me ocurre, que no habiendo podido aún reunir todas sus fuerzas marítimas, no querían correr los azares de un combate durante la noche con una escuadra que contaba con un número de destroyers que ellos quizás desconocían, y que sólo conocieron más tarde por las confidencias que, por medio de los insurrectos, no dejaron de recibir.

Pero todo ello no pasan de suposiciones é hipótesis, que no dudo sean completamente erróneas. La realidad de los hechos, lo indiscutible, lo innegable, es que desde el día 27 se presentó el enemigo con fuerzas muy superiores á las nuestras, que permanecía todo el día sobre el Morro, y que de noche se retiraba ó simulaba hacerlo. Así terminó el mes de mayo.



## XVI

### El «Merrimac».

*Día 1.º de Junio.*—A las seis el vigía señaló la Escuadra enemiga á la vista, que se componía de trece buques: cinco acorazados y ocho mercantés y de guerra; entre ellos un torpedero.

A las siete se oyeron dos disparos de cañón.

A las doce y media se puso en movimiento, alejándose del puerto, del cual distaba unas seis millas: media hora después cambiaba de rumbo y se aproximaba de nuevo.

Por la tarde, la Escuadra española cambió de fondeadero.

El *María Teresa* y el *Vizcaya*, fondeados y acoderados al Sur de Cayo Ratones, formaron la primera línea para la defensa del puerto. El *Colón* y el *Oquendo*, fondeados al N. del mismo Cayo, formaron la segunda.

*Día 2.*—A las cinco y media amanecieron diecinueve buques sobre la boca del puerto, á unas cinco millas.

A las siete, el Morro avisó que se iban á hacer unos disparos para descargar unas piezas.

*Día 3.*—A las tres y media se oyó fuego de cañón hacia la boca del puerto, que se hizo sumamente vivo.

A las cuatro se supo en la Comandancia de Marina que un

buque mercante se acercó mucho á la boca, por lo cual las baterías le hicieron fuego, al cual no contestó, y que en aquel momento ya estaba dentro: poco después estaba por la proa del crucero *Reina Mercedes*, que, como se recordará, estaba amarrado en cuatro, entre la Socapa y Cayo Smith, con la proa hacia la canal de entrada, que defendía con sus dos cañones Hontoria de 16 centímetros, y sus torpedos Whitehead.

A las cuatro y veinte minutos cesó el fuego, que fué violentísimo.

A las cuatro y media se supo que el buque enemigo se había ido á pique en el cañón de entrada, cerca de Punta Soldado, pero sin obstruirla.

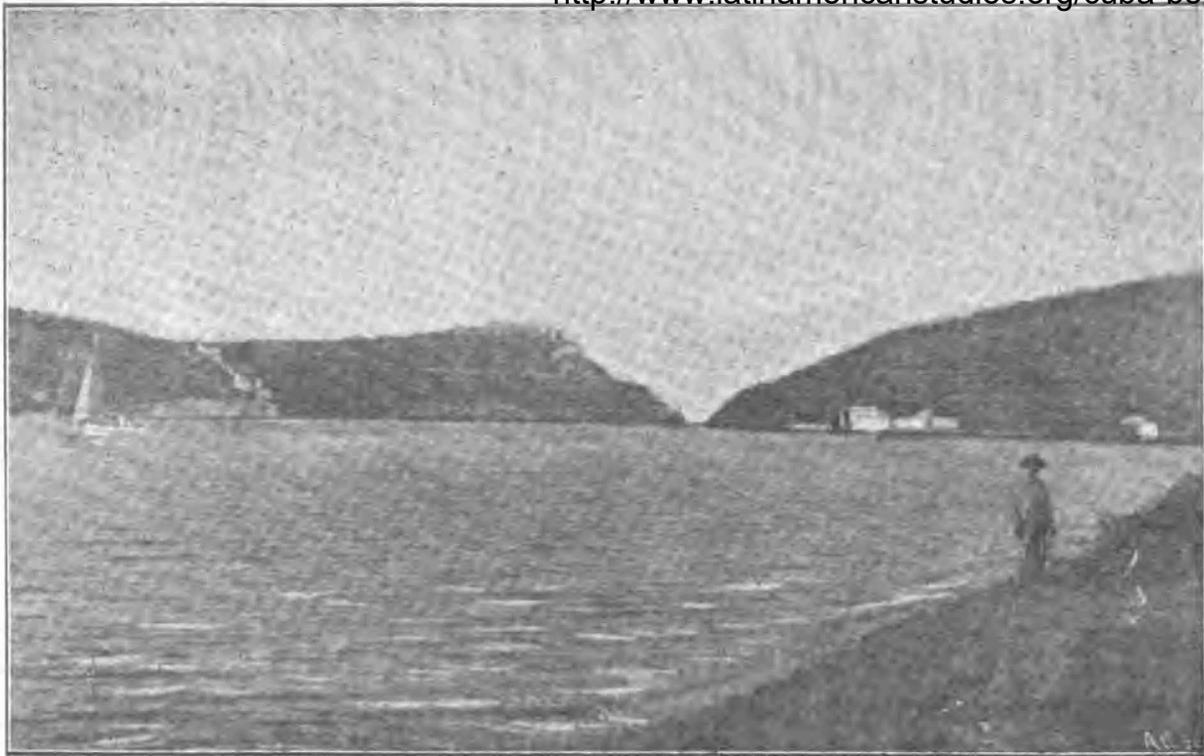
A las cinco y media (ya de día) volvió á oirse fuego de cañón sumamente lento, que cesó á las seis.

A las cinco y media el Comandante de Marina fué á la boca del puerto en la lancha de vapor.

Al regresar, se supo que un buque mercante de los que formaban parte de la Escuadra americana, llamado *Merrimac*, de dos palos, una chimenea y mayor que el *Méjico*, había forzado el puerto á las cinco y media de la madrugada; que en la canal, y cerca de Punta Soldado, había sido echado á pique por los cañones del *Mercedes* y los de tiro rápido de la batería baja de la Socapa, quedando en la dirección de la misma y sin impedir la entrada y salida de buques, y que quedaban presos en el *Mercedes* un Teniente de navio y siete marineros que lo tripulaban.

Además del fuego que se hizo sobre el buque, el *Plutón* disparó dos torpedos y otros dos el *Mercedes*. De los fijos se dispararon: dos de la primera línea y uno de la segunda.

Durante los sucesos que quedan expuestos, el General Linares estuvo en el Morro, donde fué, por tierra, desde los primeros momentos. Al amanecer acudió á la Marina el General Toral, Gobernador Militar de la plaza, con algunas fuerzas del Ejército y Voluntarios.



**EL MORRO Y LA SOCAPA, VISTOS DESDE CAYO SMITH**

A las siete fué una compañía á reforzar las fuerzas que había en la Socapa y el Morro.

A las siete y media las fuerzas que habían acudido al plan de la Marina se retiraron.

A las once de la noche se oyó fuego de cañón muy lejos, y en dirección del SE., que cesó á las doce y cuarto. El fuego fué sumamente lento.

Como habrá podido observarse, desde el 1.º de julio el enemigo se presentó ante el Morro con 13 buques: cinco acorazados y ocho mercantes y de guerra; es decir, con fuerzas superiores á las nuestras; tanto por el número y calibre de la artillería, cuanto por estar sus barcos mejor protegidos que los nuestros, como puede verse por el estado de su Marina y como, desgraciadamente, demostró más tarde la experiencia. Desde ese día también, los buques enemigos, que en los sucesivos aumentaron, establecieron día y noche una continua vigilancia, sin retirarse, como antes, al anochecer. Tal vez supusieron, porque nunca les faltaron avisos y confidencias que, falta de víveres la Escuadra, se vería, en plazo no muy remoto, obligada á salir, y la esperaban.

El día 2 se presentaron 19 buques.

En la madrugada del 3 el *Merrimac* (mercante) forzó la entrada del puerto á las tres y media de la madrugada y ya se ha visto el resultado.

A pesar del tiempo transcurrido, no ha logrado saberse á ciencia cierta en Santiago de Cuba lo que ya tal vez se sepa en la Península por los periódicos americanos que todo lo publican; á saber, cuál fué el verdadero objeto que se propuso el *Merrimac*.

Tenía cañones y no hizo fuego; tenía torpedos, por cierto muy imperfectos y primitivos (si se me permite la frase) ó rudimentarios, que no usó; si trató de volar los de nuestras líneas, no alcanzó su objeto; por último, tenía á bordo 2.000 toneladas de carbón. El Teniente de navío que lo mandaba nunca

quiso decir el objeto de su maniobra, y sí tan sólo que fué mandado por el Almirante Sampson; más tarde dijo al señor Ramsden, Cónsul de S. M. B., que advertía, por si exploraban el buque, que en él había torpedos, como en efecto se vió; por cuya razón, no puede razonablemente suponerse otra cosa sino que quiso echar el vapor á pique atravesado en la canal, obstruyéndola, para impedir la salida de nuestros buques, y en esa seguridad, dedicar parte de los suyos en otras operaciones; pues si bien el barco no quedó atravesado y no obstruyó la canal, fué porque quedó sin timón y sin gobierno, inutilizado por algún proyectil y echado á pique dónde y como menos le convino.

Otro hecho que puede y debe fijar la atención de los técnicos: el *Plutón* le lanzó dos torpedos; otros dos el *Mercedes* (los cuatro Whitehead); de la primera línea se dispararon dos y uno de la segunda; y sin embargo, el buque no saltó y salvó ambas líneas; lo cual demuestra que el efecto de los torpedos es más moral que material, y que no es fácil dispararlos en el momento oportuno. Se necesitan para ello una práctica, un golpe de vista y una serenidad que no es fácil reunir en una sola persona. El hecho á que me refero lo demuestra hasta la evidencia.

Durante el día, el Oficial y los siete marineros fueron trasladados provisionalmente al Morro desde el *Mercedes*, donde fueron conducidos en los primeros momentos.

De once á doce y media de la noche, los buques enemigos hicieron fuego, aunque bastante lento, fuera del puerto y hacia el SE. Nunca ha podido saberse el objeto de él.

Varias veces he hablado con el señor Ros, Gobernador del Morro, y siempre me ha repetido éstas ó parecidas palabras: «Desde el principio de las hostilidades hasta el fin, he permanecido en el castillo, desde donde, como usted sabe, todo se ve y todo se domina. Más ó menos tarde, he sabido siempre el objeto de cuanto ha hecho el enemigo y la razón de ello; pero el fuego de la noche de referencia, aunque lo presencié, no lo he comprendido nunca. Yo creo que dispararon sobre algún bu-

que ó buques que vieron ó creyeron ver; no obstante, pudo ser sobre tierra; pero creo que más ó menos tarde se hubieran sabido su objeto y sus resultados».

Este mismo día el General Paredes, segundo Jefe de la Esquadra, desembarcó del *Cristóbal Colón* y embarcó provisionalmente en el *Mercedes*, donde permaneció hasta el día 21, tomando el mando de todas las defensas que constituían las de la boca del puerto.



## XVII

Sigue el bloqueo.

*Día 4 de junio.*—Amanecieron cerca de la boca 17 buques: seis acorazados, cinco de guerra y seis mercantes.

A las once y media de la mañana, el segundo Comandante de Marina, como Juez instructor, acompañado del Ayudante de Marina, D. Darío Leguina, como Secretario, y del Intérprete del Gobierno, D. Isidoro Agostini, fué al Morro en la lancha de vapor de la Capitanía de Puerto, con objeto de tomar declaración al Teniente de navío prisionero y á los siete marineros.

El primero, que se llamaba Mr. Hobson y tenía veintisiete años, natural del Estado de Alabama, es Teniente de navío de Ingenieros Navales, los cuales en los Estados Unidos estudian en el Colegio Naval, y al salir de él los primeros de las promociones los destinan á aquel cuerpo; y dígoles para que no extrañe que dirigiera el *Merrimac*, porque como son tales Oficiales de Marina, pueden construir buques y mandarlos.

Al saber el objeto de la visita, el prisionero, desde cuya habitación se distinguía gran extensión de mar y parte de la Escuadra bloqueadora, preguntó por qué el Cónsul inglés, encargado del Consulado de los Estados Unidos, no presenciaba su declaración: si yo pertenecía al Ejército ó á la Armada; qué consecuencias podrían tener sus declaraciones; que de orden de quién se le interrogaba; porque habiendo sido hecho prisionero por el mismo General Cervera en su propio bote (como en efec-

to así fué), entendía que sólo al General Cervera ó á persona por él comisionada podía y debía responder. Todo ello, aunque expresado en las mejores formas y haciendo mil protestas de atención y deferencia á mi persona, no impedían que los papeles estuviesen trocados, y que lejos de ser yo el que formulara preguntas al prisionero, fuera éste el que las hiciera, por el contrario, á mí. Así se lo manifesté intimándole por medio del intérprete me manifestase categóricamente si estaba ó no dispuesto á contestar. Dijo que á las preguntas que creyera deber hacerlo; pero no á las que juzgase inoportunas; por cuya razón, y para no perder tiempo, hícele incontinenti una, á la que supuse desde luego se negaría á responder: «de orden de quién y con qué objeto entró en el Puerto». Contestó: «que de orden del Almirante Sampson, y que no podía responder á lo segundo». Con lo cual dí por terminada mi misión, haciendo constar el hecho.

Este Oficial pocos días después fué trasladado á una habitación del cuartel Reina Mercedes, que se le preparó, y á otra los marineros, donde permanecieron hasta que fueron canjeados.

Al salir del castillo del Morro, y ya en la meseta ó explanada del mismo, pude, por primera vez, admirar el espectáculo que á mis ojos se ofrecía; y digo admirar, porque el cuadro era en verdad digno de serlo.

La tarde era hermosísima; el mar parecía un verdadero lago; el viento casi calma; el cielo completamente despejado.

A unas cinco millas, 17 buques: once de guerra, de ellos siete acorazados y un torpedero y los seis restantes mercantes, situados el más próximo á unas seis millas del puerto, formaban un gran arco de círculo, los extremos de cuya cuerda estaban en Aguadores y Punta Cabrera. Los buques mayores, los más poderosos, estaban en el centro. Entre ellos estaban el *Iowa*, el *Indiana*, el *Brooklyn* y el *New York*; estos dos últimos imposible de confundirse con otros, á causa de sus tres chimeneas; el quinto supongo fuera el *Massachusetts*; por último, el



**LA ESCUADRA AMERICANA BLOQUEANDO LA ENTRADA  
DEL PUERTO.**

*Texas* y el *Amazonas*. El *New York* y el *Brooklyn* estaban ambos, aprovechando el estado del mar, atracados á un mismo vapor mercante y hacían carbón. Todos tenían paradas sus máquinas y puestas sus proas en distintas direcciones, donde la corriente se las obligaba á poner. De vez en cuando alguno de ellos daba unas paladas hacia adelante y volvía á ocupar el sitio conveniente. Entre los mercantes llamaba la atención el *Saint-Louis* (el primero que se presentó á la vista de Cuba), inmenso trasatlántico de más de 10.000 toneladas, que parecía mayor que todos los demás buques, incluso los acorazados, y un yacht de vapor de mucho andar, por el contrario, muy pequeño y que parecía un bote de la escuadra. Este yacht es el que continuamente comunicaba con Punta Cabrera. También había un torpedero ó destroyer. Pocos días después pude presenciar el mismo espectáculo desde la batería alta de la Socapa, y no se borrarán jamás de mi memoria.

Antes de proseguir diré que el día 26 de mayo quedó cortado el cable en Cabo Cruz, quedando, por lo tanto, interrumpida la comunicación con Manzanillo hasta el 17 de junio, que quedó hecha de nuevo la conexión.

*Día 5.*—La Escuadra americana amaneció frente á la boca del puerto; los mismos buques que en la noche anterior.

El General Linares, que regresó del Morro á las ocho de la noche, ordenó se preparasen lanchones y un remolcador para llevar 150 hombres á la boca del puerto.

A las diez y media embarcaron un Jefe, dos Oficiales y 120 soldados, y salieron en un lanchón remolcado por el *Colón*, auxiliado por el *Alcyon*; regresaron los remolcadores á la una de la noche.

A las dos de la madrugada, por culpa de un carbonero que hacía carbón cerca de la caseta del cable inglés de las Cruces, se quemó ésta; aunque casual el hecho, no por eso fué menos sensible.



## XVIII

### Arrecia el cañoneo.

*Día 6 de junio.*—Amanecieron 18 buques frente á la boca del puerto. A las siete y media el vigía anunció que los buques se ponían en movimiento y se aproximaban.

A las ocho y media, 10 buques, entre los cuales estaban el *Iowa*, el *Indiana*, el *Massachussets*, *Brooklyn*, *Nev-York*, *Texas*, *Amazonas*, *Menaapolis* y otros dos de guerra, formados en dos divisiones, rompieron el fuego sobre el Morro y Aguadores la primera y sobre la Socapa la segunda, destacándose un buque de esta última para hacerlo sobre Mazamorra y puntos inmediatos de la costa, donde operaba, y tenía destacamentos la columna del Coronel Aldea (batallón de Asia).

El fuego, en el momento de romperlo la Escuadra americana, fué tan sumamente vivo, y de tal manera se sucedían los disparos, que pareciera de fusilería si el estampido del cañón pudiera confundirse con el ruido de fusil.

A las nueve se hizo algo más lento, alcanzando poco después la misma intensidad, que decreció de nuevo á las diez y cuarto, volviendo á ser vivísimo á las diez y media.

A las once y dos minutos cesó.

La batería de Punta Gorda sólo hizo siete disparos.

A las doce y cuarto se oyó de nuevo fuego de cañón lejano, pero vivo, en dirección del E., que cesó á la una y cuarenta y cinco minutos.

A las dos de la tarde llegó al muelle Real un bote del crucero *Reina Mercedes* remolcado por el de vapor, con el Teniente de navío señor Ozamiz, conduciendo tres marineros heridos de gravedad, que fueron conducidos al Hospital Militar. Por dicho Oficial se supo la muerte del Capitán de fragata don Emilio de Acosta y Eyermann, segundo Comandante del crucero, y la de cinco marineros, y que habían sido heridos el Alférez de navío señor Molins, un Contramaestre y algunos marineros más, cuyos nombres, en el estado en que se hallaba el buque, no podía decir ni siquiera precisar su número, pues hubo que sofocar dos incendios á bordo.

A las dos y cuarenta y cinco minutos llegaron al muelle, en un bote particular, un Sargento y un soldado heridos, del destacamento de Mazamorra. Estos, como antes los del *Mercedes*, fueron conducidos al mismo Hospital.

A las cinco y cuarenta y cinco minutos volvió á oirse fuego de cañón hacia el E., muy lejano, que cesó á las seis y veinte minutos.

Durante la noche no hubo novedad.

Diez buques de guerra, ocho de ellos de combate, divididos en dos divisiones, rompieron el fuego poco después de las ocho de la mañana sobre las baterías de la boca y sobre la bahía por elevación. El fuego fué tan horroroso en los primeros momentos, que más que una serie de disparos parecía un prolongado trueno. A la verdad, yo no suponía pudiera hacerse tan violento como el que ese día hicieron 10 buques. Mucho se ha hablado de los bombardeos de Sebastopol y de Alejandría, pero no puedo creer tuvieron la intensidad del que aquí sufrimos el día 6 de junio, día que los habitantes de Cuba jamás olvidarán. Pudiera escribir muchas cuartillas sobre el asunto, y probablemente no daría una ligera idea de él.

Los buques enemigos tenían (véase el estado de los mismos y artillería que montaban) por lo menos 112 cañones de grueso calibre; esto es, de 14, 20 y 32 centímetros, y pueden calcularse en unos 80 los de pequeño; es decir, de 57 y 42 milímetros. Total 192 cañones, pues tiraban con los de todos tamaños; y como no quiero en manera alguna exagerar, y como no podían hacer fuego á la vez con los de ambas bandas ó costados (los montados en las torres de popa y proa pueden), lejos de aumentar, quédome corto diciendo que 91 cañones hacían fuego sobre cuatro cañones del Morro, de 16 centímetros, á *cargar por la boca*, y dos cañones Hontoria, de 16 centímetros, de retrocarga, de la batería de la Socapa.

No sumo los cañones de la batería de Punta Gorda, que sólo hizo *siete* disparos: pues los americanos, á pesar de su inmensa superioridad, tuvieron aún la... *prudencia* de evitarla y no batiarla, para no colocarse en su enfilación. Ante la elocuencia de los números, huelga cuanto sobre el particular pudiera decir.

¿Cómo no arrasaron el Morro y cómo no desmontaron los cañones de la meseta y los de la Socapa? ¿Cómo no sepultaron en sus escombros á los que servían aquellas baterías? No lo sé; es lo único que puedo decir, y bien pueden tener la seguridad, los que en ellas estaban, que cuando no murieron aquel día morirán de vejez.

El ilustrado Capitán de navío señor Concas, que tan hábil es en hacer cálculos de cierta naturaleza, contó, en momentos diferentes, el número de disparos que se hacían en un minuto y dedujo que se habían disparado unos 8000 proyectiles; aunque la cifra parece á primera vista exagerada, no lo es en manera alguna; el fuego duró 175 minutos, lo cual da un promedio de 46 disparos por minuto. Creo, por el contrario, que el cálculo peca de moderado.

Siempre he creído que la Escuadra enemiga, que por medio del yacht comunicaba con los insurrectos de la costa por Punta

Cabrera, sabía cuanto en Cuba y su puerto ocurría y la posición de nuestros buques; pero si alguna duda me quedara, desvanecerse el día 6. al ver la dirección de los proyectiles; la mayor parte caían en bahía y en la dirección del *Maria Teresa* y el *Vizcaya*, que cubrían la primera línea, y fué un verdadero milagro que ambos no tuvieran un serio percance; pues los proyectiles de grueso calibre caían en derredor; hubo momentos en que tal pareció había caído alguno, especialmente sobre el *Vizcaya*.

También conocían perfectamente la situación del *Mercedes*, y pruébalo que los buques situados al E., ó sea la división que cañoneaba al Morro, dirigía sus proyectiles hacia el crucero que, no obstante estar resguardado por el monte de la Socapa, recibió en su casco y en su arboladura 35 granadas ó cascos de ellas que produjeron dos incendios, uno de ellos de consideración por haber sido en el pañol de pinturas á proa.

Disponía su extinción en el castillo del buque el Capitán de fragata don Emilio Acosta y Eyermann, cuando una granada grande llevóle la pierna derecha por la cintura y la mano del mismo lado además, quedando mutilado horriblemente. Todavía vivió media hora y aún se ocupó del incendio, según me contó el señor Ozamiz, que próximo á él estaba en tan críticos momentos..... Compañero de colegio, y sin que nuestra antigua amistad se hubiera alterado en tantos años, no quiero recordar lo que tanto deploro. Como en el buque no había sitio seguro, llevaron su cadáver en una camilla á la playa de la Socapa, donde depositaron también los de los cinco marineros muertos ese mismo día, cubriéndolos con la bandera que habían defendido y por la cual murieron. ¡Descanse en paz el primer Jefe de la Armada que murió en esta guerra!

Los proyectiles de grueso calibre atravesaban el espacio al cruzar la bahía, produciendo ruido tan especial que sólo oyéndose puede comprenderse: algunos caían en la costa opuesta (costa del O.) levantando, al hacer explosión, una nube de pol-

vo y de humo; otros no se veían caer, prueba incontestable de que lo hacían en el monte á inmensa distancia; con lo cual excuso decir que no sólo llegaban á la población, sino á muchos miles de metros más.

Los buques hicieron también fuego por la tarde, dos veces, sobre Daiquirí; probablemente sobre los fuertes y destacamentos de la zona minera y sobre los de Firmeza; pero sin resultado digno de mención. La batería alta de la Socapa (los dos Hontoria de 16 centímetros) hizo 47 disparos: no pudo hacer más porque el humo ocultaba á los buques la mayor parte del tiempo que duró el fuego.

Los habitantes de Cayo Smith tuvieron todos que refugiarse en la ladera septentrional que está casi cortada á pico, metidos muchos en el agua hasta la cintura; pues en la opuesta, que es donde están las casas que casi todas sufrieron los efectos de las granadas, habrían perecido la mayor parte. Desde el día siguiente lo abandonaron, trasladándose á la ciudad.

Fué nombrado segundo Comandante del crucero *Reina Mercedes* el Teniente de navío de primera don Julián García Durán, que había llegado poco tiempo antes mandando el vapor mercante *Méjico* con material de torpedos, que colocó en el puerto de Guantánamo.

Más tarde, cuando se echó á pique al *Mercedes*, este mismo Jefe mandó las fuerzas de Marina que ocupaban la Socapa; y por último, el campamento de todas las de la Armada, hasta que embarcaron para ser conducidas á España.



## XIX

Prosigue el fuego.

*Día 7 junio.*—Al amanecer, 19 buques frente á la boca.

A las nueve y cuarto desembarcó el cadáver del Capitán de fragata señor don Emilio Acosta.

A las nueve y media se puso en movimiento el duelo, que presidieron los Generales Cervera, Toral y Rubín, y al que asistieron, á pesar de la lluvia, las autoridades civiles y militares de la población, comisiones de todos los cuerpos y gran número de particulares. Hizo los honores de ordenanza el primer batallón de Voluntarios y la compañía de Guías, únicas fuerzas que había en la ciudad, con la música del regimiento de Cuba.

A las seis y media de la tarde los buques aumentaron la distancia que les separaba de la costa.

Quedó cortado el cable francés y quedamos incomunicados con Guantánamo.

*Día 8.*—Amanecieron á la vista 19 buques, á unas seis millas de la boca.

Durante la noche, la Escuadra enemiga dirigió constantemente sus proyectores eléctricos sobre la costa.

*Día 9.*—Al amanecer, 18 buques á unas siete millas.

Se remitieron por el vapor *Tomás Brooks* 25 perchas á la boca del puerto, las cuales se amadrinaron á un cable de alambre que se tendió desde Cayo Smith hasta Punta Soldado, sirviendo las perchas para sostenerlo á flor de agua: el cable se colocó para evitar el paso á los torpedos que el enemigo pudiera dirigir sobre el puerto, aprovechando la entrada de la marea.

*Día 10.*—Al amanecer, y á 10 millas de distancia, los 18 buques del día anterior. A las siete llegó del S. uno más, mercante.

El *Plutón* y el *Furor* atracaron á cada uno de los costados del vapor *Méjico*, para descansar, á bordo de este buque, del servicio de noche.

A las once el vigía hizo señal, que arrió poco después, de romperse el fuego. Nada se oyó en la ciudad.

Dijo el Morro que el enemigo había hecho fuego sobre Punta Berracos, pero que cesó muy pronto.

Durante la noche, la Escuadra americana sigue observando la costa con los proyectores.

*Día 11* —Diecisiete buques, unos á seis millas de distancia y otros á 10.

*Día 12.*—Los mismos 17 buques de cinco á seis millas del Morro.

*Día 13.*—Quince buques á seis millas del puerto.

*Día 14.*—A las cinco y cuarto el enemigo rompió el fuego sobre la boca, que cesó á las seis y cincuenta minutos.

Los proyectiles caían hacia la ensenada de Cajuma, cerca del *Vizcaya*.

El fuego lo sostuvo un solo buque sobre el Morro y la Socapa, al que contestaron ambas baterías.

En esta última fueron heridos el Alférez de navío señor Bruquetas y dos marineros, leves los tres.

A las diez fué á la Socapa y al Morro el General Linares, que regresó á las doce y mediá.

Durante la noche el enemigo sigue dirigiendo sus proyec-

tores sobre la costa, especialmente sobre la boca del puerto.

*Día 15.*—Al amanecer 17 buques enemigos á la vista, entre ellos el *Vesubius*, que por primera vez se ha presentado frente al puerto.

El *Vesubius* es un buque de unas 900 toneladas de desplazamiento, de mucha eslora y poca manga y muy raro (largo, estrecho y bajo): es único en su clase en el mundo y lanza, por medio de unos cañones ó tubos pneumáticos, bombas ó proyectiles de dinamita, á unas dos millas de distancia, que deben ir provistos de una hélice: nadie los conoce exactamente. Este buque, aun cuando puede causar serios destrozos, no creo pueda sostener combate con otro, aunque sea menor, pues sus proyectiles tienen muy corto alcance y él carece de protección.

Desde el día 7 al 15, la Escuadra enemiga apenas hostilizó las baterías que defienden el puerto, ni tampoco la costa, contentándose con vigilarla sin cesar día y noche.

En la ciudad nada parecía haber cambiado; y sin embargo la situación distaba mucho de ser la misma que un mes antes.

En las tiendas faltaban muchos artículos, y los que existían alcanzaban precios fabulosos. Por desgracia, uno de los primeros que se agotó fué la harina y no se amasaba pan; comíase galleta, que sólo podían pagar algunas personas; faltó la leche, indispensable para los enfermos y los niños de pecho, y el soldado empezó á comer el pan de arroz y el arroz cocido con agua, que tanto lo debilitó, y aun cuando en realidad aún no había hambre, nadie ignoraba que esa calamidad estaba muy próxima y era inevitable, pues que ni por mar ni por tierra podían esperarse víveres.

Felizmente, los marineros de los buques y de las defensas, gracias á la previsión del Comandante General del Apostadero, tenían aún su ración completa, y la tenían por algún tiempo aún, gracias también al interés que en el asunto demostró el Comandante de Marina.

La música seguía tocando en la Alameda y en la plaza,

pero la gente que no tenía pan que comer no mostraba deseos de pasear, y la plaza y la Alameda viéronse desiertas.

Los caballos y los perros enflaquecieron á ojos vistos; los coches dejaron de circular faltos de caballos, que la requisa se llevó, y la ciudad adquirió esa desanimación y ese sello de tristeza propio de los pueblos á los cuales el cólera y la peste afligen y aterran. La situación se agravaba por días y el desaliento era general, pues nadie ignoraba que, de continuar bloqueado el pueblo, la ruina de la ciudad era inminente.

Debo hacer constar, que mientras los buques de la Escuadra enemiga disparaban sobre Punta Cabrera y Mazamorra en los días 7, 9 y siguientes, las bandas insurrectas, capitaneadas por sus principales cabecillas, sostenían continuado fuego de fusil por tierra. En estos ataques fueron rechazados con grandes pérdidas.



## XX

### Aparece la expedición.

*Día 16.*—Dieciocho buques á la vista.

A las cinco y cuarenta y cinco minutos la Escuadra enemiga rompió el fuego.

A las seis y cuarto Punta Gorda hizo fuego, cesando poco después. La mayor parte de los proyectiles caían cerca de la Escuadra española.

A las seis y media el fuego se hizo muy vivo.

A las seis y treinta y cinco minutos se vió durante unos momentos humo dentro del *Infanta María Teresa*. Después se supo que un casco de granada causó una pequeña avería en el jardín de estribor.

A las seis y cuarenta minutos Punta Gorda hizo fuego de nuevo: diez disparos.

A las siete cesó el fuego.

A las siete y cuarto el *Furor* y el *Plutón*, que estuvieron sobre la máquina durante el fuego, atracaron al vapor *Méjico*.

Se supo por el Morro que los barcos que hicieron fuego fueron ocho: que lo hicieron sobre el Castillo y la Socapa, siendo contestados vivamente por ambos. Que en el Morro (en la batería) hubo un artillero muerto y un Oficial y cinco soldados

heridos (todos de Artillería.) En la Socapa dos marineros muertos; herido (por segunda vez) el Alférez de navío señor Bruquetas y cuatro marineros, y que uno de los dos cañones Hontoria había quedado sin poder servir á causa de los escombros, pero que el enemigo no había conseguido desmontar una sola pieza.

A las once y cuarto llegaron al muelle Real en un bote los cuatro marineros heridos en la Socapa, que fueron conducidos al Hospital Militar; el más grave en una camilla del cuartel de Bomberos, los otros tres en carruajes.

A las doce llegaron del Morro, y fueron también conducidos al mismo Hospital, un segundo Teniente y un artillero.

Durante la noche los buques continúan alumbrando la costa con los proyectores. Se quitaron los escombros del cañón Hontoria, que quedó listo de nuevo para hacer fuego.

*Día 17.*—A las cinco y media empezó el fuego de cañón nutrido y lejano hacia el O. Se supo que el fuego lo hacía un buque sobre Punta Cabrera. Momentos después otro lo rompió sobre la Socapa.

Buques á la vista, 13.

El buque que hizo fuego sobre Punta Cabrera lo hizo también sobre Mazamorra.

A las siete y media cesó el fuego.

Durante el resto del día y por la noche no hubo novedad.

*Día 18.*—Buques á la vista al amanecer, 14. Se fué el *Iowa* y en su lugar vino el *Massachussets*, que faltaba hacia algunos días.

A las diez y cuarenta y cinco minutos de la noche se oyó fuego de cañón.

Se supo que lo había roto la Socapa sobre un buque que pasó á muy corta distancia, y el cual contestó. Se cruzaron unos 20 disparos.

*Día 19.*—Quince buques á la vista. A las siete llegaron por el S. dos acorazados. Total, 17.

A las dos y media de la tarde fué el General Linares á la boca del puerto; regresó á las siete de la noche.

Durante ella los buques siguen enfilando sus proyectores sobre la costa y la entrada del puerto.

*Día 20.*—Al amanecer había 21 buques á la vista: siete acorazados.

El *Oquendo* se enmendó algo más al N. del sitio en que estaba fondeado.

A las doce avisó el Morro que llegaban 39 buques enemigos; poco después llegaron tres más, que con los 21 que había ya frente al Morro, componen un total de 63.

A las doce y cinco minutos se oyó una fuerte detonación, y se vió mucho humo en los muelles de Luz y de San José; se produjo en la goleta *Trafalgar*, donde se estaba descargando una granada, que explotó, matando á un marinero del vapor *San Juan*, é hiriendo á tres del *Mortera*, de los cuales murió uno momentos después. La goleta hubo que vararla para que no se fuese á pique. Se recibió la orden de la formación del cuarto Cuerpo de Ejército á las órdenes del General Linares, que se compuso de la división de Cuba que antes mandaba y de la división de Manzanillo.

Se tendió otro cable entre la Socapa y Cayo Smith igual al que se había tendido entre Cayo Smith y Punta Soldado, y se fondearon 12 torpedos Bustamante; la mitad entre Cayo Smith y el *Merrimac* (el buque americano echado á pique), y los otros seis entre éste y Punta Soldado.

*Día 21.*—Se supo que durante la noche los 42 buques llegados habían continuado con rumbo al E., quedando sólo los 21 de guerra en su mayor parte.

A las dos y media de la tarde dijo el Morro que los 42 buques regresaban de nuevo por el S.

El crucero *Reina Mercedes* dejó su fondeadero de la Socapa, fondeando en bahía al O. de la Capitanía del puerto.

El día 16 la Escuadra americana rompió de nuevo el fuego

sobre las baterías de la boca, y aun cuando ni por su intensidad ni por su duración es comparable al del día 6, sin embargo, nos causó dos muertos en la Socapa y hubo dos Oficiales y varios marineros y soldados heridos entre ésta y el Morro. Una granada de 32 centímetros, que explotó en la primera de dichas baterías, levantó tal cantidad de tierra, que sepultó materialmente uno de los cañones Hontoria, y por poco también á los que servían la pieza, que quedó inutilizada por entonces, si bien por la noche, y aprovechando la obscuridad, se le desembarazó de los escombros que la cubrían, quedando de nuevo en disposición de servir.

Si bien me parece inútil, pues basta con las veces que se han repetido los nombres de la Socapa y el Morro para comprender que el principal objetivo de la Escuadra enemiga fué siempre esas dos tristes baterías y tuvo que resistir el fuego de más de 90 cañones, la mayor parte de grueso calibre, al que contestó siempre, no puedo menos de decirlo una vez más, porque verdaderamente es digna de admiración la heroicidad, que no otro nombre merece, de los que la sirvieron, no sólo por la exposición constante de sus vidas, si que por la necesidad de velar después de combatir, sin darse punto de reposo ni descanso, porque el enemigo acechaba siempre el menor descuido para sorprenderlos é intentar un golpe de mano sobre el puerto.

Todos ellos, y el Gobernador del castillo el primero, han merecido bien de la patria á diario por espacio de dos meses. Su abnegación y su valor han contenido por espacio de *sesenta días* á una Escuadra poderosa. La resistencia del Morro y de la Socapa en las condiciones que lo hicieron, constituye una verdadera epopeya.

El día 17, los buques efectuaron reconocimientos sobre Punta Cabrera y Mazamorra, haciendo fuego sobre los destacamentos de la columna de Asia.

El día 20, que fué el en que se presentaron los 42 buques del

convoy con la expedición de desembarco, explotó una granada en la bodega de la goleta *Trafalgar*, causando víctimas y averías en el casco de la goleta, que hubo que varar, para impedir se fuese á pique.

No hablaría de un suceso que ninguna importancia tiene: pero voy á hacerlo con toda brevedad, porque en cierto punto, retrata ó da una idea de la monomanía que por entonces reinó, á que dieron lugar los frecuentes bombardeos, que no han debido costarles menos de *un millón* de pesos.

Ya por el sistema de sus espoletas, ya porque muchas granadas no tuviesen completa su carga de pólvora (yo mismo he descargado una de 57 milímetros que no tenía más de la octava parte de la suya), es lo cierto que muchas no explotaban y quedaban intactas cual si no se hubiera disparado con ellas: como lanzaron tantas, muchas personas desearon conservar una como curiosidad y como recuerdo de un suceso que no es muy frecuente en la vida. Quién las quería de las de menor, quién de las de mayor calibre, y no faltó quien quiso reunir todas.

Tengo un amigo que me llamó una tarde para enseñarme una de 20 centímetros, descargada ya, y que no había sufrido la menor deformación. El capricho le había costado ¡veinte pesos! y estaba tan satisfecho como niño con juguete nuevo; pero tuve la inoportunidad de decirle que las había de 32 centímetros, esto es, mucho mayores, y su desconsuelo no tuvo límites: por lo expuesto comprenderáse que el capricho se pagaba caro, y como todo se explota en este mundo, dedicáronse muchos á recoger y descargar proyectiles y venderlos: he ahí la causa del desgraciado accidente ocurrido en la goleta *Trafalgar*: la descargaron sin las necesarias precauciones, y sucedió lo que no podía menos de suceder.

Otra monomanía de la misma época. Como los americanos en el mes de junio menudearon los bombardeos, al extremo que más ó menos lejanos, raro era el día que no se oían disparos de cañón, la gente los oía ya de continuo. La caída de una silla,

el cierre de una puerta ó de una ventana, el rodar de lejano carruaje, los azotes á los niños... todo parecían cañonazos y sólo de cañonazos se hablaba. El día que por fin cesaron, de tal modo se habían identificado con ellos, que casi casi se echaban de menos y extrañábase no oírlos.



---

## XXI

### Línea de observación.

Hemos llegado ya á la época en que los sucesos que se desarrollan adquieren inmenso interés y revisten excepcional trascendencia. Hasta ahora, sólo nos había hostilizado la Escuadra, que si numerosa y potente, amenazaba no más un solo punto que, la experiencia y la práctica nos demostraron, no se atrevía á embestir ó á forzar. En lo sucesivo, nos veremos también amenazados por tierra, por un Ejército provisto de numerosa y moderna artillería, que apoyado por los buques, dueños del mar, y por consiguiente, pudiendo comunicar fácilmente con sus depósitos y con su base de operaciones y apoyado por los insurrectos dueños del campo, recibe constantemente refuerzos de hombres y de material, y cuenta con todos los elementos de que, por desgracia, carecemos nosotros.

Desde este momento, los acontecimientos se precipitan, por decirlo así, y conducen con vertiginosa rapidez á un desenlace que no es difícil prever; porque dada la situación excepcional de la Isla de Cuba, no podemos esperar socorros del interior ni del exterior; no podemos esperar víveres ni municiones, y sin ellos, ni el soldado puede alimentarse, ni puede batirse.

¡Triste y desesperada situación para hombres que no desean otra cosa, y á quienes la fatalidad parece perseguir!

No es posible, cuando de operaciones militares y movimientos de tropas se trata, dar cuenta de ellas á medida que los sucesos ocurren, so pena de exponerse á que se desconozcan unas y otros, y se ignore la situación de las fuerzas y los puntos que defendieron ó atacaron. Para evitar ese inconveniente, y para que el lector pueda conocer y juzgar las que más tarde tuvieron lugar, haré una reseña, siquiera sea ligera ó incompleta, de la distribución que de las fuerzas de que podía disponer hizo el General Linares.

Se ha dicho ya que el día 20 se formó el cuarto Cuerpo de Ejército, compuesto de la división de Cuba, cuyas fuerzas se conocen, y de la división de Manzanillo, cuyo mando en Jefe obtuvo el expresado General, siguiendo de Jefe de E. M. del mismo el que lo era de la división, Teniente Coronel don Ventura Fontán.

El General Toral, aunque mandó la división de Cuba, continuó al frente del Gobierno Militar de la plaza con el mismo Jefe de E. M. Puede decirse, pues, que nada varió.

A medida que por los telegramas recibidos se podía, si no conocer exactamente, calcular al menos los proyectos del enemigo, y suponer pudiera efectuar un desembarco en punto de la costa más ó menos cercano de la ciudad, el General Linares fué disponiendo la concentración de fuerzas en su zona, para que ocupasen las convenientes posiciones.

Ante todo, dióse orden desde la Habana por telégrafo á Manzanillo, para que, el hoy General Escario, con cuantas fuerzas pudiera disponer y con toda la brevedad posible, viniese á Santiago de Cuba. Dicho Jefe salió la noche del 22 con 3.300 infantes, 250 caballos, dos piezas Plasencia y 60 acémilas de transportes; componíase la Infantería de los batallones de Alcántara, Andalucía, Cazadores de Puerto Rico y los dos del regimiento de Isabel la Católica. Estos 3.300 hombres,

que desde que salieron de Manzanillo tuvieron todos los días fuego con los insurrectos, que les hicieron 97 bajas entre muertos y heridos, no pudieron, á pesar de forzar las marchas, estar aquí hasta el anochecer del día 3 de julio; hay que tenerlo muy en cuenta.

Dejamos expuesto en otro lugar la escasez de víveres que tenía la plaza; las autoridades, á fin de no disminuir los auxilios que podían obtener de las zonas de cultivo, lo mismo para los hombres que para el ganado, combinaron las operaciones y situación de las tropas al objeto de atender á la conservación de aquellas zonas de cultivo y á la vigilancia del enemigo de dentro y fuera.

Para ello, se estableció una línea de observación que iba sensiblemente al N. desde Palma Soriano por San Luis, el Cristo y Socorro; al O. desde Punta Cabrera por Monte Real y el Cobre, sobre los caminos que por este lado afluyen á la capital, y al E. desde Daiquirí por Vinent, Firmeza, al puerto de Escandell.

El día 22 de junio desembarcaron las primeras compañías de la Escuadra española, con fuerza de unos 130 hombres cada una, al mando de los respectivos terceros Comandantes de los buques, situándose, dos en San Miguel de Paradas para vigilar la costa O. de la bahía y acudir á la Socapa ó á la población; la tercera en la Socapa para reforzar aquel punto, y la cuarta y última en las Cruces para acudir al Morro, á Águadores, ó á la ciudad.

El mismo día por la noche desembarcaron las segundas compañías con gente, además del *Mercedes* y los destroyers, reuniendo un total de unos 450 hombres, que á las órdenes del Jefe de E. M. de la Escuadra, Capitán de navío señor don Joaquín Bustamante, ocuparon al siguiente día la línea desde Dos Caminos del Cobre hasta la plaza de toros; esto es, la parte S. á SO. del recinto.

En la zona de Cuba no había más fuerzas antes de la decla-

ración de la actual guerra, que nueve compañías de Movilizados y dos del regimiento de Cuba para la guarnición de la ciudad y de los fuertes del recinto, además de escasa fuerza de la Guardia Civil y algunos artilleros y la de Caballería indispensable para el servicio de escoltas y otros propios de esa arma.

Al declararse la guerra vinieron otras seis compañías del regimiento de Cuba, con objeto de empezar los trabajos del recinto de la plaza, que dirigieron los Jefes y Oficiales del cuerpo de Ingenieros: otra compañía quedó ocupando la posición del Ermitaño (al E. de la ciudad), y por último, otra quedó en el Socorro.

Creo haber dicho ya que de Baracoa había venido con anticipación, de orden del General Linares, el batallón de Talavera, que con tres compañías movilizadas se situó todo él en la costa para observarla, ocupando Daiquirí, Siboney, la vía férrea y los fuertes.

El batallón de Asia, que mandaba el Coronel señor Aldea, se situó al O. de Cuba en observación: cuatro compañías, con su Coronel, en Punta Cabrera, cubriendo el camino de la costa; otra, con una movilizada, ocupó á Mazamorra, dispuestas ambas á acudir á reforzar las cuatro primeras ó á la Socapa, si necesario fuese, y al propio tiempo, impedir un desembarco en Cabañas; otra ocupaba el campamento de Monte Real, y en fin, otra, con una movilizada, guarnecía y custodiaba el Cobre. Con estas fuerzas se tenían cubiertos todos los caminos que desde el O. de Cuba conducen á ella.

Sucesivamente, y á medida que se recibían noticias de los proyectos del enemigo, fueron reconcentrándose en la zona las fuerzas disponibles de la brigada de San Luis, que mandaba el General Vara de Rey.

Primero, cuatro compañías del batallón Provincial de Puerto Rico (núm. 1). Quedaron, una en el Cristo y otra en Songo, ocupando ambas, además, los fuertes de la línea férrea de los dos poblados.

Más tarde vinieron tres compañías de San Fernando, quedando otra del mismo en el Cristo (con la de Puerto Rico) y dos en Palma Soriano. Por último, el General Vara de Rey, con tres compañías de Constitución (núm. 29), otra de guerrillas á pie y dos piezas Plasencia, ocupó el Caney, donde sólo había 40 hombres de Cuba y 50 de que constaba la compañía movilizada, dejando otras tres compañías de Constitución en los poblados de San Luis, Dos Caminos y Morón. Dos escuadrones de Caballería estaban repartidos en los últimos poblados.

Basta pasar la vista por el plano, sin necesidad de estudiarlo, ó fijarse en la reseña que de la ciudad de Santiago de Cuba, su puerto y zona hice, si bien con tanta brevedad como imperfección, al principio de estos apuntes, para comprender que la línea que nuestras tropas ocupaban era en extremo extensa para que tan cortas fuerzas pudieran cubrirla sólidamente y defenderla con éxito.

¿Por qué el General Linares no la limitó, ocupando posiciones más próximas al recinto y más susceptibles de eficaz defensa? Por una razón que vale por todas. Porque no podía hacer otra cosa sin condenar de antemano á sus defensores á un desastre inevitable.

En efecto: una vez más repetiré, porque á ello deben achacarse los reveses sufridos, que en Cuba no había más que arroz y sólo 500.000 cartuchos de repuesto, además de los que componían la dotación del soldado, que son 150 por individuo, pues aunque en la entrega del Parque constan muchos más, son de Remington, de Maüser argentino y de otros sistemas y calibres diferentes á los del Maüser español, que era el armamento que casi en totalidad tenían nuestras fuerzas. Sabida es la facilidad con que el soldado consume 150 cartuchos. Por consiguiente, la escasez de víveres, que casi se reducía á arroz, fué la que, con sobrada razón, obligó al General Linares á defender la línea que, partiendo del Ermitaño (al E.) y pasando por Caney, San

Miguel de Lajas, loma Quintero, y lomas La Caridad y Veguita, protegiera la línea férrea de Sabanilla y Morón y el acueducto. Conservándola, no hubieran las tropas carecido de agua, como carecieron en algunos sitios, ni su alimentación, dueños de las zonas de cultivos, como lo éramos así, se hubiera reducido al pan de arroz y al arroz cocido con agua, que sus estómagos no toleraron, imposibilitándolos para las operaciones activas que la guerra requiere.

El Morro y la Socapa tenían que estar, no sólo ocupadas, sino muy protegidas: eran la llave del puerto. Ocupadas por el enemigo, fácil le era levantar los torpedos y forzar la bahía, con lo cual la ciudad y los defensores tenían forzosamente que rendirse á discreción.

Era también indispensable ocupar Daiquirí y Siboney hasta Aguadores, si no se quería que el enemigo desembarcara impunemente por cualquiera de ellos, como lo hizo al fin por el primero, apoyado por los buques de guerra y se apoderase de la línea férrea. Por las mismas razones, también, debían cubrirse Cabañas y Guaicabon (próximo á Punta Cabrera), puntos de desembarco, así como cubrir la costa O. de la bahía y conservar los caminos que conducen á la ciudad.

Queda, pues, probado que la defensa de dicha línea era, no ya necesaria, indispensable. Renunciar á ella era resignarse de antemano á perecer de hambre, y tal vez de sed, que es peor.

Si no hubieran sido tomados el Caney ni la posición de San Juan, no se hubieran perdido nuestras comunicaciones con la zona de cultivo ni el acueducto hubiera sido cortado, y de sobra se comprenderá cuánto han influido ambas cosas en los sucesos posteriores, y entonces ¡de qué modo hubiera variado la situación! Por desgracia la escasez de fuerzas impidió socorrer aquellas posiciones.

Los buques hubieran indudablemente reducido la población á escombros y á cenizas; pero hubiera habido agua y

algunos más víveres, y el Ejército hubiera podido sostenerse y combatir, cuando menos, hasta disparar el último cartucho.

Por desgracia, los insurrectos, haciendo, como siempre, fuego á mansalva, sobre la columna del entonces Coronel Escario, consiguieron, aunque sin detenerla, retardar su marcha lo suficiente para que no llegara antes del día 1.º de julio. No siempre es justo el destino.



---

## XXII

### Sucesos del 22 al 27 de junio.

Conocido ya el número de nuestras tropas, las posiciones que ocupaban y sitios que cubrían y su objeto, no será difícil conocer y juzgar las operaciones llevadas á cabo y los sucesos que van á desarrollarse.

El día 21 por la noche se supo, como se ha dicho ya, que el enemigo desembarcaba en Punta Berracos.

*Día 22.*—A las seis y media se supo que frente á la boca había los buques de costumbre: en la ensenada de Aguadores, un monitor y dos yachts: en Punta Berracos los 42 buques del convoy, entre ellos el *Saint-Louis* con el *Indiana*. Se vió, además, un vapor con botes á remolque, por cuya razón se comprendía efectuaban su desembarco. Se vió arder también la casa que los ingleses tenían en río San Juan.

A las ocho el enemigo rompió el fuego de cañón, al que contestó Punta Gorda.

Un buque hace al mismo tiempo fuego sobre Aguadores. Sobre el Morro y la Socapa, á que contestan estas baterías, lo hacen el *Brooklyn*, el *Iowa* y el *Texas*.

A medio día cesó el fuego en la boca del puerto.

Punta Gorda sólo hizo cinco disparos.

Continúa el fuego en la costa hacia el E.

Durante el día desembarcaron las primeras compañías de la Escuadra española (cuatro compañías con unos 520 hombres). A media noche desembarcaron las segundas (unos 450) ya se dijo la zona que fueron á cubrir.

A las once de la noche se oyeron dos disparos de cañón y una gran detonación seguida de un ruido parecido al de una hélice dando revoluciones en el aire. Poco después se oyó otra detonación igual.

*Día 23.*—Frente á la boca del Morro, y á unas seis millas, hay ocho acorazados, dos destroyers, el *Vesubius* y ocho mercantes. El resto hasta 63 continúan efectuando desembarcos sobre la costa, protegidos por algunos de guerra.

A las dos y media desatraco de la Escuadra enemiga, y se aproximó al Morro, un yacht con bandera de parlamento, con el cual salió el remolcador *Colón* á parlamentar. A esta hora 24 buques frente al puerto.

De noche siguen vigilando con los proyectores.

*Día 24.*—Ocho acorazados, dos destroyers, el *Vesubius* (que á las once de la noche de ayer arrojó sobre el puerto dos bombas de dinamita, afortunadamente sin novedad), y 12 mercantes vigilando la boca, situados desde Aguadores hasta Punta Cabrera. El resto, hasta 63, entre ellos seis de guerra que los custodian, continúan efectuando desembarcos en Daiquirí.

El parlamento de ayer fué con objeto de preguntar el Almirante Sampson, si el Teniente de navío prisionero lo estaba en el Morro. El señor Concas, comisionado para parlamentar, contestó eludiendo, como es natural, hacerlo directamente, que el Oficial prisionero estaba en sitio seguro.

A las once y cincuenta y cinco minutos, el *Brooklyn* hizo fuego lento de cañón sobre Daiquirí y puntos de la costa limítrofes.

A la una y media cesó el fuego.

A la una y cincuenta y cinco volvió á oírse en la misma dirección; cesó á las dos y media.

De noche continúa la escuadra enemiga usando los proyectores.

*Día 25.*—A las cuatro de la madrugada se oyeron 14 disparos hacia Daiquirí. Se supone fueran hechos sobre la columna del General Rubín. Sobre la boca, al amanecer, ocho acorazados y 12 mercantes.

De doce y media á dos los buques enemigos hicieron fuego lento de cañón sobre la costa, desde Aguadores á Daiquirí.

Se observa que los buques que desembarcan fuerzas ó material se van y regresan otros, por cuya razón es indudable que continuamente llegan nuevos refuerzos de los Estados Unidos.

*Día 26.*—Al amanecer estaban frente al puerto el *New York*, *Brooklyn*, *Indiana*, *Oregón*, *Massachussets* y *Texas*; el *Vesubius*, un monitor y seis mercantes. Al E., hacia Berracos, se ven 11 vapores, y en Daiquirí, dentro de la rada, ocho.

El *Vesubius* disparó en la noche anterior dos bombas: una destrozó completamente la casa de los torreros: otra hizo grandes desperfectos en la fortaleza, hiriendo á tres marineros del *Mercedes* y á un soldado de la guarnición.

*Día 27.*—Bloquean el puerto los mismos buques del día anterior.

Durante la noche anterior el *Vesubius* arrojó tres bombas de dinamita sin novedad, por haber caído, aunque dentro del puerto, en el agua.

Durante la noche continúan funcionando los proyectores.

El día 21 por la noche el enemigo empezó á efectuar el desembarco del cuerpo expedicionario (que según se dijo en los periódicos de New York, constaría de 50.000 hombres), y para hacerlo con toda seguridad, á pesar de disponer de 63 buques entre mercantes y de guerra, lo hizo en Punta Berracos, á 20 millas de Cuba, á pesar de no haber aguada ni caminos, porque allí no podían nuestras tropas, escasas en número, cubrir tan extensa zona.

Para apoyarlo, los buques hicieron fuego sobre toda la costa desde Berracos, al E. de Cuba, hasta Punta Cabrera, situada al O. en una extensión de 27 millas. ¿Cómo cubrir tantos puntos amenazados y ocupar tanta extensión de terreno? Imposible; aun contando con fuerzas muy superiores á las que existían.

Los acorazados, siempre en número imponente, se conservaban ante el puerto, para contener á nuestra Escuadra. Los buques de guerra protegían el desembarco, y como dominaban el mar, imposible que soldados con fusiles pudieran impedirlo.

¿Cuánta gente desembarcaron los americanos?

Incomunicado Santiago de Cuba con el resto del mundo, ó poco menos, no era fácil saberlo é inútil además, pues que los buques del convoy, en cuanto desembarcaban gente ó material, volvían á los Estados Unidos y regresaban con nuevos contingentes. Sin embargo, bien puede afirmarse que la primera expedición se componía lo menos de 15.000 hombres, con más ó menos material de guerra.

Fúndome para ello en que llegaron 43 buques custodiados, según parece, por seis de guerra y aun cuando éstos pueden transportar, y generalmente transportan tropas, no los contaré, así como tampoco cinco pequeños para remolcar botes á tierra; quedan, pues, 32 de todos tamaños, ¿qué menos gente podrán llevar los vapores modernos, unos con otros, que mil hombres cada uno, teniendo en cuenta la poca distancia de Cayo Hueso á Cuba y los buenos tiempos reinantes? Mas como tengo en cuenta que tenían que conducir material, reduzco la cifra nada menos que á la mitad, esto es, á 500 hombres en cada uno, y siempre serán 16.000; así, pues, es indudable y todo el mundo convendrá en ello, que el cálculo, si de algo peca, es de moderado. Por lo demás, como he dicho y repitc, el hecho tiene poquísima importancia; pues continuamente llegaban nuevos contingentes y sabían también que los insurrectos, que esperaban su llegada tenían que aumentar sus fuerzas.

El *Vesubius*, todas las noches y con una regularidad notable (entre once y una), lanzaba sus tres bombas de dinamita sobre las baterías de la boca, con la mayor humanidad posible, pues no se olvidará que tal ha sido el pretexto de esta guerra. Para ello, se aproximaba á la costa acompañado de otro buque, generalmente un acorazado, porque él sólo sirve para ofender, pero no tiene cualidades defensivas, y al estar á distancia conveniente, disparaba los tres tubos á intervalos iguales. Si el proyectil caía cerca de una batería, su ruina era segura, pues es necesario ver los efectos de uno de esos proyectiles para comprenderlos. Felizmente parece que no son muy seguros, ni su alcance, ni su dirección.

Por mar, continuaban las cosas en el mismo estado. Veamos ahora las operaciones llevadas á cabo en tierra por las fuerzas del Ejército durante este período de tiempo, ya que los sucesos tienen ahora lugar en puntos diametralmente opuestos.

El día 22 fueron cañoneados por los barcos Daiquirí y Siboney; al mismo tiempo el enemigo se presentaba por el primero de ellos. La fuerza que lo custodiaba no pudiendo batirse con buques, se retiró por Vinnent á Firmeza, recogiendo todos los destacamentos de los fuertes.

De Cuba salió el General Rubín con tres compañías del Provisional de Puerto Rico, tres de San Fernando y dos piezas de artillería (Plasencia) hacia Siboney; allí recibió orden de replegarse con su columna y además con toda la fuerza que había en la zona minera, á las alturas de Sevilla, antes de amanecer, donde efectivamente tomaron posición en tres escalones, á las órdenes, el más avanzado, del Comandante Alcañiz, constituido con las tres compañías de Puerto Rico y una compañía movilizada.

El día 23, este solo escalón contuvo por la mañana el avance del enemigo y por la tarde otro nuevo, ya reforzado entonces, el escalón, con una compañía de San Fernando, media de Ingenieros y las dos piezas de artillería. Terminado el combate,

los refuerzos se retiraron á sus puestos anteriores, quedando el escalón en el mismo sitio.

Al amanecer del día 24, el escalón fué reforzado con dos compañías de Talavera, y no sólo resistió fuerte ataque del enemigo, sino que obligó á éste á retirarse.

A pesar de esta ventaja, recibió orden de retirarse; porque el enemigo, por la línea férrea se dirigía hácia el Morro, y como no había fuerzas que oponerle, hubiera quedado envuelto. En cumplimiento de la orden recibida, replegóse la columna á la plaza.

El parte oficial de este combate, dice así:

«La columna del General Rubín, á las órdenes del Comandante en Jefe del cuarto Cuerpo de Ejército, fué atacada al medio día y en la tarde de ayer.

»Esta mañana, fuerzas enemigas de consideración, con artillería, atacaron de nuevo con decisión, siendo rechazadas con numerosas bajas vistas.

»Por nuestra parte, en ambas jornadas, siete muertos de tropa: Capitán del Provisional de Puerto Rico, don José Lancés, y segundo Teniente del mismo, don Zenón Borregón, heridos graves: primer Teniente del regimiento de Caballería del Rey, don Francisco las Tortas, herido leve; dos de tropa heridos graves; dos leves; varios contusos.»

Más tarde se supo que las fuerzas que atacaron á la columna del General Rubín, ó mejor dicho, al escalón de los mismos mandado por el Comandante Alcañiz, fueron: los regimientos 7, 12 y 17 de Infantería de los Estados Unidos; el segundo de Massachussets y el 71 de New York y 16 escuadrones desmontados.

El día 26 se publicó la siguiente:

«Orden general del cuarto Cuerpo de Ejército del día 26 de junio en Santiago de Cuba.

»Soldados: Abandonamos la zona minera, porque no he querido sacrificar vuestras vidas estérilmente sobre la playa

en combate desigual, con fuegos de fusil, contra el aparatoso alarde del enemigo que nos combatía á cubierto de las corazas de sus buques, artillados con los cañones más modernos y poderosos.

»Desembarzados de nuestra presencia en los referidos puntos, ya han desembarcado sus tropas y se proponen tomar la plaza de Cuba.

»El choque se acerca y la lucha se entablará en iguales condiciones.

»Vuestras virtudes militares y vuestro valor son la mejor garantía del éxito.

»Defendemos el derecho desconocido y hollado por los americanos, unidos á los rebeldes cubanos.

»La Nación y el Ejército se hallan pendientes de nosotros.

»Más de mil marinos de guerra desembarcados de la Escudra nos ayudan: voluntarios y bomberos tomarán parte en la empresa de rechazar y vencer á los enemigos de España.

»La otra división de este Cuerpo de Ejército viene presurosa á reforzarnos.

»Nada recomiendo, porque tengo la seguridad de que rivalizarán todos en la defensa de sus puestos, con firmeza y resolución; pero sí advierto, que los ya señalados á cada unidad, así sobre el recinto de la plaza como en los puntos avanzados, se conservarán á toda costa sin vacilar, ni pensar en el repliegue, y sí únicamente en dejar á salvo el honor de las armas.

»Yo os ofrezco cumplir con mis deberes, y termino diciendo con todos: ¡¡Viva España!!—*Linares*.

»Lo que de orden de S. E. se publica en la general de este día para conocimiento de todos.—El Teniente Coronel Jefe de E. M.—*Ventura Fontán*».

A continuación, y para mejor conocimiento de las operaciones de la columna del General Rubín, que anteceden, daré una copia de las instrucciones y órdenes que dicho General recibió

del General Linares: están todas ellas redactadas en el campo y escritas con lápiz.

Dicen así:

«Pozo 23 junio '98.

»Me entregaron los paisanos el papel que me escribió, y hemos estado oyendo el fuego desde las cinco menos cuarto y después el disparo de cañón.

»Encargué al Coronel Borry que cuide bien de la vereda ó camino de la Redonda, donde está acampado; pues los de la línea, al encontrarse ocupado Sardinero, pueden tomar dicho camino de la Redonda.

»He pedido á Cuba todas las acémilas de trasportes y diez carretillas, que estarán en ese campamento de siete y media á ocho. Tenga usted preparados los enfermos y las municiones para que marchen en seguida á Cuba con la misma escolta que llevará las acémilas.

»Disponga usted que se coma ahí el primer rancho de mañana y después recibirá usted órdenes.—*Linares.*

»Sr. General D. Antero Rubín.»

Hay un sello que dice: «Ejército de operaciones de Cuba:—Cuarto Cuerpo de Ejército:—E. M.

»Después de comer el primer rancho, marchará usted con toda la columna á Cuba, efectuando la retirada de ese punto por escalones con las debidas precauciones y lentitud necesaria para rechazar en buenas condiciones cualquiera agresión del enemigo.

»El batallón de Talavera se dirigirá al Sueño, y allí encontrará un Jefe de la plaza que le indicará los puntos que ha de ocupar.

»El batallón de Puerto Rico, con las dos compañías movilizadas de la zona minera, se dirigirá á Cañadas, y allí recibirá órdenes respecto á los puntos que ha de ocupar, y el batallón

de San Fernando se dirigirá al Centro Benéfico, é igualmente recibirá instrucciones. La sección de Artillería irá al cuartel de Dolores. La sección de Ingenieros irá á Cruces, alojándose en las oficinas de la empresa minera.—*Linares.*

»Pozo, 24 de junio de 1898.

»*Nota.* El capitán de Ingenieros que regrese á Cuba con el convoy de enfermos, que se presente al señor Coronel Caula.

»Señor General don Antero del Rubín.»

Hay un sello que dice:—«Ejército de operaciones de Cuba.  
—Cuarto Cuerpo de Ejército.—E. M.

»Ya tiene V. S. orden de retirarse, y le prevengo que lo efectúe una hora después de haberlo verificado el convoy de enfermos con escolta de dos compañías movilizadas y una de Talavera. Retire en primer término toda la impedimenta, y que al llegar á Cuba vayan á los puntos designados, y con los tres escalones Puerto Rico, San Fernando y Talavera haga V. S. retirada alternada por escalones en forma que, al abandonar posiciones el escalón avanzado, estén en posición los otros dos, hasta llegar á Cuba. Aquí esperaré yo.—*Linares.*

»Señor General Rubín.»



---

## XXIII

Finaliza el mes de junio.

*Día 28.*—Dijo el Morro que el *Massachussets*, que se había ido, regresó: que, en cambio, se fué el *Iowa*, y que en estos momentos (las siete de la mañana), un buque mercante está embarcando enfermos de la Escuadra, que se calcula sean unos 50, á juzgar por lo que puede distinguirse con los gemelos. Que hacia el E. lejos, hacen los buques fuego de cañón muy lento.

Durante la noche continúan vigilando con los proyectores.

*Día 29.*—Regresó el *Iowa*.

Por la tarde se oyó fuego de cañón sobre Daiquirí.

*Día 30.*—Bloquean los mismos buques el puerto.

Dijo el Morro que á las tres de la tarde se avistó un vapor por el S., que al ver á la Escuadra americana se dirigió al E. á toda fuerza: que salieron un yacht y un acorazado á darle caza: que este último regresó con el vapor que, con bandera americana, se unió al convoy de Daiquirí.

A las ocho de la noche se oyeron algunos disparos de fusil hacia el Campo de Marte (al E. de la ciudad).

Más tarde se oyeron hacia la plaza de toros (al NE.)

A las nueve se volvieron á oír hacia el Cementerio (al N.).

No hubo más novedad.

Los tres últimos días del mes de junio carecen de interés,

y en ellos se disfrutó una tranquilidad excepcional. De tal manera se había acostumbrado el pueblo de Cuba á los cañonazos y al fuego, que no podía comprender ya dejara de haberlos.

Pero ¡cuán cierto es que si tras de la tempestad viene la calma, muchas veces ésta es también precursora de la tempestad! El enemigo se preparaba á empezar el mes de julio de modo que en Santiago de Cuba quedase recuerdo de él por mucho tiempo.

La Escuadra enemiga seguía hostilizando la costa como siempre; pero sin desatender su principal objetivo y su constante afán, que era vigilar á nuestra Escuadra, que, faltándole víveres, en tiempo más ó menos remoto tendría forzosamente que tomar una determinación, aglomerando, por decirlo así, sobre la entrada del puerto sus buques más potentes y en número considerable y el Ejército, atrincherándose, sin duda, en Daiquirí, para tener un abrigo, además del de sus barcos, y una base segura de operaciones, se preparaba al ataque de la ciudad, apoyado por los insurrectos, que en número considerable se le habían unido, con las partidas de Calixto García, Demetrio Castillo, Cebrecos y otros menos conocidos.

Prueba de ello, los tiros de fusil que en la noche del 30, y á corta distancia de la ciudad, se oyeron del N. al E.

Por las noticias del Morro pudo suponerse que en la tarde de ese mismo día, y hacia las tres de la misma, la Escuadra enemiga apresó un buque mercante, al cual pusieron bandera americana, y se unió al convoy; pero no es probable. Aun haciendo caso omiso de que no se cambia la bandera á un buque con tanta facilidad, si tal hubiera ocurrido, no hubiera dejado de saberse tarde ó temprano la verdad. Lo probable es que fuera un buque que no se esperaba y salieron á reconocerlo. Tal es mi convicción sobre un hecho que, en realidad, ninguna importancia tiene.

Dos palabras sobre el *Vesubius*, que tanto nos molestó du-



DAIQUIRI.

rante unas noches, ya que, según parece, eran las horas que le convenían para ejecutar sus hazañas, por lo mismo que el buque es único en su clase y desconocidos sus proyectiles, y el aparato con que los lanza, y que ha venido á hacer su debut aquí. Uno de los proyectiles, que cayó en la vertiente septentrional de la Socapa, derribó árboles á derecha é izquierda en un trayecto de unos 20 metros. Desde cierta distancia, como pude verlo el día que fui al *Mercedes*, parecía que habían abierto un camino á través del monte.

Otro, caído á poca distancia del primero, socavó la tierra en una gran extensión no muy profundo, pero sí muy ancho: me han asegurado podrían caber en él veinte caballos. Eso parece indicar que la hélice de que van provistos sigue dando revoluciones aun sobre terreno firme.

Otro cayó en el agua, pero cerca de uno de los destroyers, y el buque experimentó violenta sacudida, y lo mismo el *Mercedes*, fondeado á poca distancia. Lo sé por el Comandante de éste y los Oficiales de aquél.

Las fuerzas del Ejército que, como se ha visto, abandonaron la zona minera por no poder sostenerla, reconcentraronse en la de la ciudad, conservando, por ser indispensable, la línea de Aguadores á Cruces, después de destruir el puente del primer punto. Cubrían la línea (cuatro kilómetros) seis compañías del regimiento de Cuba y dos movilizadas, reuniendo un contingente de unos 800 hombres.

Defendían el puesto avanzado del Caney (á legua y media de la ciudad) á las órdenes del General Vara de Rey, tres compañías del batallón de Constitución (núm 29), una guerrilla á pie, con un total de 430 hombres: 40 soldados del regimiento de Cuba y unos 50 movilizadas. Total, 520 hombres.

La línea del recinto (nueve kilómetros), que empezaba en Dos Caminos, del Cobre al O. de la plaza, hasta el fuerte de Punta Blanca, al E., á orillas del mar, la defendían las fuerzas siguientes:

|  |              |
|--|--------------|
| Marinería de la Escuadra (cuatro segundas compañías) . . . . .   | 458          |
| Cuatro compañías del batallón Provisional de Puerto Rico.. . . . | 450          |
| Batallón de Talavera, núm. 4 (Peninsular). . . . .               | 850          |
| Cuatro compañías del batallón de San Fernando (núm. 11). . . . . | 440          |
| <i>Total ejército.. . . .</i>                                    | <u>2.198</u> |
| <br>   |              |
| Tres compañías movilizadas. . . . .                              | 330          |
| Voluntarios. . . . .   | 440          |
| <i>Total. . . . .</i>  | <u>2.968</u> |

Además, un cortísimo número de artilleros; pues no había el suficiente para servir las piezas emplazadas, que ya se sabe cuántos eran y dónde estaban. Puede decirse, pues, que había, en números redondos, unos 3.000 hombres.

Esta era la fuerza combatiente; pues dentro de la población estaba la fuerza de Caballería (para la cual no se prestaba el terreno, cortado por trincheras y zanjas y accidentado, además), alguna de la Guardia Civil, afecta al servicio interior y los bomberos listas sus bombas.

Esta línea se dividió en secciones al mando de Coroneles.

De los 3.000 hombres que la defendían, dos compañías, una del Provisional de Puerto Rico y otra de Talavera, defendían la posición avanzada de San Juan, donde fueron destacados, una á la derecha y otra á la izquierda del camino.

Por último, en la Socapa, esto es, en puntos opuestos á dicha línea, había 400 hombres; 450 en el Morro y 120 en Punta Gorda. No hay que olvidar que esas tres posiciones dominan la entrada del puerto, y son su llave y había que conservarlas á toda costa y distraer indispensablemente esas fuerzas que el

enemigo tenía que atacar, como en efecto atacó, al siguiente día.

El mismo día 30 se recibió de Manzanillo en la Comandancia de Marina el siguiente telegrama, dirigido por el Ayudante de Marina de aquel distrito:

«Comandante Marina. Cuba. Ayer tarde, y por intervalo de una hora, sostuvimos en aguas de este puerto combate contra tres buques enemigos de mediano porte, que á poca fuerza de máquina desfilaron con rumbo al NE. como á poco más de una milla de la cabeza de los muelles.

»Tomaron parte los cañoneros *Guantánamo*, *Estrella*, *Delgado-Parejo*, con migo y grupo de buques sin movimientos propios, compuesto del pontón *María* y cañoneros *Cuba Española* y *Guardián*. Con los tres primeros giramos á su tiempo en ala sobre el otro grupo, á medida que desfilaba el enemigo, quien al verse tan hostilizado, no llegó á detener su marcha sino por breve tiempo, con motivo de una gran avería hecha al segundo de ellos por nuestros buques, obligando al último á remolcarlo á barlovento, desde cuyo momento, y con poca velocidad, bien que haciendo nutrido fuego en la retirada, doblaron la punta NE. de los cayos de Manzanillo y con rumbo N. desaparecieron pronto de nuestra vista. Plaza cooperó eficazmente con las pocas piezas de que dispone: hemos tenido dos muertos, dos heridos leves y un contuso en el *Delgado-Parejo*; dos heridos leves y tres contusos en los demás buques: en la población algunos heridos, averías en todos los buques, pero no importantes.—*Barreda.*»



---

## XXIV

### Combates del Caney y San Juan.

*Día 1.º de julio.*—A las siete se oyó fuego de cañón y de fusil hacia la plaza de Marte (al E. de la ciudad).

Según el Morro, llegó el *Meneápolis* á reforzar la Escuadra enemiga.

Desde la Comandancia de Marina se oye fuego lento de cañón y muy nutrido de fusil hacia el campo de Marte.

El enemigo tiene un globo cautivo, con el cual observa nuestras posiciones. Desde el cuartel Reina Mercedes (convertido en hospital) se ve perfectamente. Está hacia Sevilla.

La Escuadra americana, desde Aguadores, hace fuego de cañón, la mayor parte de los proyectiles atraviesan por encima de la ciudad; otros caen dentro y explotan ó no. Han caído ya bastantes en algunas casas, entre otras en la del práctico mayor del puerto, que no hizo explosión; era de 20 centímetros. Ha habido bastantes heridos y han sufrido desperfectos de mayor ó menor importancia algunos edificios. Los buques que hacen fuego desde Aguadores son el *New York* y el *Oregón*.

Las calles de la población casi desiertas; sólo se ven soldados ó voluntarios que van á ocupar sus puestos. Como de ordinario, muchos proyectiles caen en bahía cerca de nuestra Escuadra.

El fuego de los buques cesó á las once.

A las dos se oyó fuego vivísimo de fusil hacia el Caney. A las dos y media también se oyó de cañón.

A las tres se hizo más nutrido aún el fuego de fusil: se oían descargas cerradas. A las cuatro fué menos vivo.

A las diez de la noche desembarcó el General Cervera, que volvió á embarcar á las doce.

El día 1.º de julio á las seis de la mañana, el grueso del Ejército enemigo que manda el General Shafter, y que por lo menos debe constar de 15.000 hombres, con numerosa y moderna artillería, sin incluir las partidas insurrectas, atacó las líneas del recinto hacia el E. y el ENE. de la ciudad, ó sea el Caney, defendido por el General Vara de Rey con 520 hombres y dos piezas Plasencia y la posición de San Juan ocupada por dos compañías con 250 soldados.

El ataque que los americanos efectuaron con 12.000 hombres, según ellos mismos aseguran, fué dirigido por el General Wheeler, segundo Jefe del Ejército.

Una brigada, compuesta de 3.500 hombres, dirigida por el mismo General Wheeler y apoyada por otra, dirigió sus esfuerzos sobre el Caney, mientras que, más tarde, el Coronel Chaffec, con 2.000, embestía la loma y el fuerte de San Juan.

Los americanos, hay que convenir en ello, se batieron ese día con un arrojo y una decisión verdaderamente admirables. Las casas del Caney, que el General Vara con sus 520 hombres convirtió en otras tantas fortalezas, vomitaron una lluvia de proyectiles sobre el enemigo, que, por compañías, á pecho descubierto, se precipitaba con verdadero furor sobre el poblado. Diezmada la primera, se presentaba una segunda, y otra tercera, y otra más, y aquellos soldados, más que hombres, parecían estatuas con movimiento (si se me permite la frase á falta de otra mejor); pero se encontraron con héroes, y aunque acribilladas las casas á balazos por la artillería y la fusilería y obstruidas las calles con los muertos y los heridos, el Caney ha-

bíase convertido en verdadero volcán, que vomitaba lava, y al cual no era posible llegar.

Faltos de fuerzas unos y otros, y de aliento, y sin movimiento casi, el combate cesó por algún tiempo, que el General Vara de Rey aprovechó para que sus soldados reparasen sus fuerzas y aprestaran de nuevo á la pelea.

Conocido el resultado de estas embestidas por el General Linares, que se hallaba rechazando los ataques á la posición de San Juan, felicitó con ardor á aquel puñado de leones: «El ejército americano, al atacar al Caney, no había contado con el temple de General tan bravo como Vara de Rey y de fuerzas tan aguerridas y tan fieras como las que tenía á sus órdenes».

De nuevo empezó la lucha, y el enemigo atacó una vez y otra, siendo siempre rechazado. Mas como no teníamos fuerzas de reserva y los americanos, por el contrario, las poseían numerosas, el combate no era posible en semejantes condiciones. El General fué herido casi á la vez, por dos balas de fusil que le atravesaron ambas piernas, y al retirarlo en una camilla, como las balas verdaderamente llovían, fué muerto por una tercera al mismo tiempo que dos de los que le conducían. La mayor parte de los Jefes y los Oficiales (entre ellos dos parientes del General) estaban muertos ó heridos, y lo mismo los soldados. Por fin á las siete de la tarde, muerto el Jefe, reducidos aquellos 520 hombres á menos de *cien* y de éstos algunos levemente heridos y otros contusos, retiróse aquel puñado de héroes, faltos de fuerzas y de dirección, del sitio que durante *diez horas* defendieron sin poder recibir socorros que por otra parte no había de donde sacarlos, y el enemigo ocupó la posición que, por su parte, tan denodadamente atacó también.

De los 520 defensores del Caney sólo se retiraron unos 80, estropeados y contusos en su mayor parte. Los americanos confesaron 900 bajas.

Como he dicho ya, 2.000 hombres al mando del Coronel

Chaffec, convenientemente protegidos, embistieron por la mañana la posición de San Juan con el mismo arrojo y entusiasmo que los de Wheeler atacaron el Caney.

El Cuartel general nuestro situóse en la excelente posición donde bifurcan los caminos del Caney y del Pozo; el General Linares no tenía reservas de que disponer; por eso constituyó el escalón inmediato á las posiciones de San Juan, observando de paso los movimientos del enemigo y pudiendo acudir personalmente á los puntos donde su presencia fuese necesaria. Iba con él el hoy General Ordóñez, con dos piezas de tiro rápido.

Hallábase en el escalón avanzado de San Juan el Coronel del regimiento Infantería de Simancas, don José Baquero, que había venido de Guantánamo con una comisión y no pudo regresar á su destino por impedírselo el bloqueo. Era este escalón fuerte de dos compañías, y cuando aún no habían roto los americanos el fuego de fusilería, fué reforzado con otra compañía. Allí fué también el Coronel Ordóñez con la sección de tiro rápido, quedando, pues, la posición con 300 infantes y dos piezas.

El escalón vecino á San Juan lo constituían tres compañías de Talavera, una compañía con el General Linares á la derecha del camino del Pozo, formando ángulo para prevenir el movimiento envolvente del enemigo por la derecha de San Juan: otra, en el ángulo de los caminos ya dichos, y la otra, en la Veguita hacia el Caney, cruzando su fuego con las fuerzas que había en el Sueño.

Dada la escasez de nuestras fuerzas y el número crecido de los americanos, así como sus elementos de guerra, nuestras posiciones se reforzaron con algunas trincheras, al abrigo de las cuales podía prolongarse más tiempo la lucha.

La Caballería formaba la tercera línea en el fuerte de Canosa, resguardada por una lometa.

Después del cañoneo de la mañana, en el que nuestras piezas, dirigidas acertadamente, lograron causar muchas bajas al

enemigo y apagar los fuegos de una de sus baterías emplazada en el Pozo, y cuando ya los americanos habían reunido masas considerables de Infantería, embistieron, como á medio día, con fuego de cañón, de ametralladora y de fusilería.

La situación de la línea mandada por Baquero era crítica: el Coronel Ordóñez y el Comandante del batallón de Puerto Rico, señor Lamadrid, estaban heridos: la mitad de los Oficiales habían caído también á la acción del plomo que llovía sobre la línea: el enemigo avanzaba en masas compactas y numerosas, resuelto á tomar las posiciones. Pero Baquero, el bravo soldado que tanto se había distinguido en la campaña, estaba allí, sosteniendo con su ejemplo el ánimo de la tropa, aniquilada por el hambre y la fatiga, diezmada por la nube que balas y metralla formaban.

Se dispuso, en tan duro trance, que avanzara rápidamente la Caballería para apoyar la retirada de las fuerzas que tenía el Coronel Baquero y salvar á todo trance la artillería. El Teniente Coronel Sierra, como antes el Comandante Arraiz en San Juan, corrió á realizar la orden.

La línea que personalmente mandaba el General Linares constituía desde aquel momento la vanguardia: á su amparo, los Ayudantes del General y su Jefe de E. M. tenían que organizar los restos de la primera.

Era preciso conservar á todo trance aquella posición, pues si se perdía, el enemigo tenía franca la entrada en la plaza. Retirábanse los bravos de la primera línea: el Coronel Baquero había desaparecido, muerto sin duda alguna al dirigir aquel retroceso, bajo la metralla y el plomo; el enemigo, en masas compactas, avanzaba y corría hacia la que ya era primera línea. Felizmente, los fuegos de nuestra Infantería, vigorosamente dirigidos, obligaron á retroceder á los americanos, que se replegaron y ocultaron tras las posiciones de San Juan.

En esos momentos cayeron heridos el General Linares y el bizarro Comandante de Infantería Arraiz, Jefe que ya antes

vertió su sangre en Cacarajícara, y que es una de las más distinguidas ilustraciones del Ejército.

Mientras se realizaban estos rudos combates del Caney y San Juan, el enemigo envió fuerzas á toda la línea nuestra con objeto sin duda de distraernos elementos y de hacer más general el ataque.

La posición de San Juan aún trató de recuperarse; acudieron para ello fuerzas, entre otras la compañía de Marina, que estaba apostada en la plaza de toros, con el Capitán de navío señor Bustamante; pero el enemigo había ya ocupado fuertemente la posición, nuestras fuerzas eran escasas y no fué posible conseguirlo.

Nuestra artillería hacía fuego con ardor y decisión en muchos puntos de la línea, cargando á pecho descubierto los cañones (que todos eran antiguos como se sabe) pero el fuego era sumamente lento; por consiguiente, poco eficaz.

A las tres y media de la tarde fuíme hacia el campo de Marte impaciente por saber lo que ocurría. En la plaza de Dolores encontré al General Linares, herido grave en un brazo, en las primeras trincheras, como es sabido, y después de sufrida la primera cura en el Hospital Militar, era conducido en camilla á su casa, escoltado por algunos caballos.

Llegado al extremo de la calle de Enramadas, y á dos pasos de una trinchera de la tercera línea que cubría una sección de Voluntarios, ví parte del campo de batalla. El fuego de fusil era ya sumamente lento, y aun cuando el fuerte de Santa Ursula, situado, á la derecha y algo á retaguardia de las trincheras que he citado hacía fuego con la rapidez que permitían sus cañones á cargar por la boca, comprendíase bien que ya aquel día no habría nuevo ataque.

Dirigíme entonces al cuartel de Caballería á la entrada del camino del Caney, donde había, pie á tierra, una sección de dicha arma pronta á acudir donde se le ordenara.

El combate puede decirse había terminado y llegaban varios

Jefes y Oficiales rendidos todos, y sobre todo muertos de sed. Entre otros ví al Comandante de E. M. señor Irlés, á quien supe le habían matado, no recuerdo si uno ó dos caballos, y allí supe que el número de Jefes y Oficiales heridos había sido enorme, relativamente. Llegó el Teniente Coronel de la Guardia Civil, señor Molina, quien dijo que el Coronel Bustamante, de Marina, había sido herido de gravedad y venía en una camilla. Ya se comprenderá mi sorpresa. Me apresuré á salir á su encuentro y, efectivamente, lo ví á los pocos pasos. A pesar del calor se había batido con traje de lanilla azul, que además lo hacía muy visible por distinguirse de todos; estaba lleno de sangre, pálido y desencajado, los ojos cerrados, y puestos aún el sable y el revólver. Supe que antes de herirlo, le habían matado ya el caballo y atravesádole el sombrero. Lo acompañé al Hospital Militar. A pesar de sus insignias de Coronel nadie se fijó gran cosa. ¡Ya lo creo! habían ingresado en poco tiempo, aquel mismo día, más de 300 heridos y seguían llegando más; era difícil encontrar camas, y el personal facultativo, aunque se multiplicaba, no podía acudir á todos.

Conseguí encontrar á don Antonio Cañas, el Médico de Marina, á quien conozco y en quien tengo ilimitada confianza, y gracias á él se puso al herido en una cama y se le quitó la ropa, cortándola toda con tijeras.

La herida era en el lado derecho del vientre; las piernas estaban llenas de sangre. El sitio del balazo, el aspecto del herido, y, sobre todo, la mirada con que Cañas contestó á la mía interrogándole, no me permitieron la menor duda: consideré que le quedaban pocos instantes de vida, y salí del Hospital, verdaderamente conmovido.

No creo inoportuno añadir que, como el Hospital está situado en el sector que atacó el enemigo, y próximo á las trincheras, porque se halla en las afueras de la población, las balas de fusil caían en el patio y en el techo en gran cantidad.

Más adelante cruzaron por encima de él muchas de cañón.

Como se ha visto, dos acorazados, desde Aguadores, lanzaban proyectiles sobre la población y la bahía, causando víctimas entre sus habitantes y desperfectos en los edificios. En la ambulancia establecida en la farmacia de Bottino, ví curar, cuando me dirigía por la mañana á la Capitanía del puerto, al empezar el fuego, á una mujer de un casco de granada en la cabeza: aunque poco profunda, la herida era extensa y parecía hecha con una navaja.

Al anochecer terminó el fuego en toda la línea.

Tales fueron los combates del día; tan importantes por la mucha sangre en ellos derramada, como por las consecuencias que tuvieron.

Con la pérdida del Caney, perdimos la línea que tanto necesitábamos ocupar, y con ella el acueducto y la zona de cultivo; esto es, los víveres y el agua. Tuvimos que reducirnos á la defensa del recinto y resignarnos al triste fin, que se podía tal vez prolongar unos días más ó menos, pero en manera alguna eludir.

Nuestras bajas ese día fueron:

#### MUERTOS

General de Brigada, don Joaquín Vara de Rey, tres Jefes; 12 Oficiales y 78 de tropa.

#### DESAPARECIDOS

Coronel de Infantería, don José Baquero, cuatro Oficiales, 116 de tropa. El Coronel se cree seguro fué muerto, pero no se le pudo identificar.

#### PRISIONEROS

Dos Oficiales.

#### HERIDOS

Teniente General, don Arsenio Linares Pombo, seis Jefes, 30 Oficiales y 339 de tropa.

(Entre los Jefes heridos, el Coronel de Ingenieros señor Caula y el Coronel de Artillería, señor Ordóñez.)

TOTAL BAJAS.

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| Generales. . . . .    | 2   |
| Jefes. . . . .        | 10  |
| Oficiales . . . . .   | 48  |
| Tropa . . . . .       | 533 |
| <i>Suma</i> . . . . . | 593 |

Cerca de la *quinta parte* de los combatientes, que cubrían toda la línea, y sabido es que no fué atacada toda ella, y sí un sector; por consiguiente, que no todos se batieron.

EL ENEMIGO TUVO, CONFESADAS POR ÉL

|  |       |
|--|-------|
| En el ataque del Caney . . . . .       | 900   |
| En el de San Juan. . . . .             | 432   |
| En los demás puntos de ataque. . . . . | 328   |
| Total.. . . . .                        | 1.760 |

En tan rudos combates, el Ejército se hizo respetar del enemigo que, verdaderamente, lo admiró, tal vez porque supuso se batía del mismo modo que los insurrectos. Digo lo que antecede, y me he aferrado en esa opinión, porque he visto y he observado los sucesos que narro y me he fijado mucho en ellos.

El día 1.º de julio se batieron los americanos, como he dicho y repito, á pecho descubierto y con un arrojo verdaderamente asombroso; pero ya no volvieron á batirse más como aquel día. Se atrincheraron, emplazaron su artillería á medida que la recibían, y ya no salieron más de las fortificaciones. ¿Creyeron el día 1.º que no tenían más que atacar en masa para hacer huir á nuestros soldados? Sabe Dios.

Costóles trabajo inmenso convencerse de que sólo 520 hom-

bres defendieran diez horas el Caney; no había modo de conseguirlo. Cuando no fué posible la duda, su admiración no tuvo límites. Cuando entraron en Santiago de Cuba, los soldados americanos y los nuestros, que no se miran con prevención ni recelo, antes al contrario, tal vez por el convencimiento de que ambos se han batido como buenos, en cuanto veían uno de los nuestros con el núm. 29 (el número de Constitución que defendió el poblado tantas veces aludido) lo llamaban, lo contemplaban, lo agasajaban y lo admiraban, en fin, asombrados quizás de que un soldado tan pequeño hiciera cosas tan grandes.

*El del 29, que comprendía causaba efecto, se dejaba querer...* y convidar, y paseaban juntos horas enteras sin entenderse; pero celebrando cuanto decían unos y otros, quizás por suponer que el que es valiente tiene forzosamente que ser chistoso.

Estos episodios que no una, cien veces he visto, y que nadie me ha contado, hánme hecho creer y decir lo que expuse. Podré equivocarme; pero me extrañaría; porque además de lo dicho, he observado también que los yankees tratan á los insurrectos, aun siendo sus aliados, precisamente del modo opuesto.

Por lo demás, yo sólo cito hechos que cada uno puede comentar á su manera.

Después de lo expuesto, no será difícil afirmar que cuando 520 hombres se sostuvieron diez horas en el Caney y cuatro horas en San Juan 250 soldados, si el General Escario hubiera estado aquí ese día y se hubieran tenido 3.000 hombres más en nuestras líneas, ni el Caney ni San Juan se hubieran perdido, atacadas como fueron por casi todo el Ejército enemigo.

El General Linares hizo entrega del mando al General Toral.

En el combate del día 1.º de julio, el General Rubin, que mandaba las fuerzas de San Juan y Portillo del Caney, tuvo en este último punto, y á las cinco de la tarde, muerto el caballo que montaba.



---

## XXV

### Combates del 2 y del 3.

*Día 2.*—A las cinco empezó el fuego de cañón y de fusil, muy nutrido hacia la parte de tierra.

A las seis la Escuadra enemiga lo rompió de cañón sobre el Morro y la Socapa. La mayor parte de los proyectiles caen en bahía y sobre la nuestra: cesó á las ocho y media.

Punta Gorda, que también hizo fuego, disparó ocho cañonazos.

El fuego de fusilería, vivísimo.

A las ocho y cuarto Punta Gorda rompió de nuevo el fuego. A la misma hora el *Plutón* se puso en movimiento hacia la boca del puerto. Cesó el fuego de fusil.

A las nueve y media el Gobernador Militar dijo por teléfono:

«Ruego á V. S. mande un barco para que, acercándose lo posible á la costa, contenga al enemigo por San Antonio y Plaza de Toros.» A esa hora el enemigo rompió el fuego de fusil en esa misma dirección: poco después cesó.

Reembarcaron las compañías de la Escuadra: se mandó un práctico á cada uno de los buques.

La marinería que reembarcó fué relevada en la línea de

trincheras por la columna del Coronel Aldea (batallón de Asia), que se replegó desde la costa sobre la ciudad.

A las once llegaron al muelle cuatro heridos de la Socapa. Una granada que explotó sobre un cañón mató á tres é hirió á seis, inutilizando completamente el montaje del Hontoria, que ya no pudo servir más. Entre los heridos, el Alférez de navío señor Fernández Piña, que mandaba la batería.

A la una y media se oyó fuego de cañón lento y lejano.

El Cónsul francés á caballo, y en un asta muy larga la bandera de su Nación, salió para Cuabitas, seguido de mucha gente.

Durante el fuego, han caído en la población algunos proyectiles de todos calibres.

A las tres y cuarto se oye fuego de fusil y de cañón hacia el Campo de Marte, La línea de fuego es muy extensa, el de fusil es vivísimo. A las cuatro cesó el fuego de fusil, oyéndose sólo el de cañón.

A las cuatro y cuarenta minutos se rompió de nuevo el fuego de fusil: á intervalos se oyen descargas.

A las seis cesó el fuego.

A las siete se rompió de nuevo de fusil: cesó á las siete y media.

A las ocho y media se vieron dos hogueras en la cima de Monte Real (al O.).

A las nueve y tres cuartos el enemigo rompió un violentísimo fuego de fusil y de cañón desde la Plaza de Toros hasta el Campo de Marte (del E. al ENE.); hacia la izquierda (Plaza de Toros), se oyen frecuentes descargas.

A las diez y media cesó el fuego de fusil y de cañón.

La noche sumamente oscura. De diez á once y media los buques de nuestra Escuadra hablan por medio del Ardois (señales de faroles).

El enemigo, que durante la noche del combate del Caney, y después de enterrar los cadáveres, no sin hacer los honores co-

rrespondientes al del General Vara de Rey, empezó sus trabajos de trinchera, de las cuales ya no ha vuelto á salir, continuó envolviendo nuestras líneas con los nuevos refuerzos que continuamente seguían llegando, y emplazó artillería moderna y ametralladoras en las alturas. Los insurrectos cubrían á Cuabitas y puntos limítrofes, si bien en segunda línea. Decididamente estábamos cercados y cortadas todas nuestras comunicaciones por tierra, como hacía más de mes y medio lo estaban ya por mar. Cada hora que trascurría, el enemigo fortificaba el círculo, dentro del cual estábamos.

Durante el día, y casi sin cesar, hizo un fuego violento de fusil y horroroso de cañón, al que apenas se contestó para no gastar las pocas municiones que nos quedaban, que era, indudablemente, lo que el enemigo se proponía.

Llegó de la costa la columna de Asia (Coronel Aldea), y ocupó en la línea el puesto que dejaban las compañías de la Escuadra: parte se situó en el camino del Caney (en la entrada.)

Mientras tanto, la Escuadra cañoneó una vez más el Morro y la Socapa, donde después de hacer nuevas víctimas, desmontó, por fin, un Hontoria de los dos, que tanto la hostilizaron desde el día 18 de mayo. Al mismo tiempo bombardeaba la ciudad desde Aguadores, hiriendo á algunas personas y arruinando varias casas.

El crucero *Reina Mercedes* se enmendó acercándose cuanto le fué posible al fondo de la bahía, y esperó, acoderado, la orden de hacer fuego sobre loma Quintero para contener al enemigo si se presentaba.

El Cónsul francés fué el primero en abandonar la población, que días después abandonó el vecindario casi en su totalidad.

Poco antes de las diez de la noche, el enemigo, que indudablemente creyó sorprendernos, atacó furiosamente nuestras líneas; pero fué rechazado con grandes pérdidas.

Por consiguiente, puede decirse que el día 2 se redujo á un

vivo cañoneo por mar y por tierra, que nos inutilizó uno de los dos únicos cañones con los cuales podíamos ofender al enemigo desde la boca del puerto, después de causar nuevas víctimas, á bombardear impunemente la población indefensa, á un combate de trincheras á cuyo fuego casi no contestamos y á una sorpresa nocturna sin éxito.

Las compañías de la Escuadra embarcaron apresuradamente á pesar de las circunstancias; se mandó un práctico á cada uno de los buques, que metieron dentro las exploradoras y los botes de vapor y largaron las coderas, y el cañonero *Alvarado*, que ya había bajado del varadero y estaba á flote, levantó al anochecer los seis torpedos Bustamante del O. que obstruían la canal. Todo indicaba, sin dejar lugar á duda, que iba á salir. Pero... ¿cuándo y cómo?

Antojóseme, y de ahí nadie me hubiera apeado, que una Escuadra reunida en la Península navegaba hacia Cuba; que pasaría á la vista del Semáforo de Puerto Rico, y por consiguiente, el General Cervera podría saber, dada la distancia y el andar de aquélla, cuándo llegaría sobre Cuba con diferencia de horas, y al romper el fuego sobre el enemigo, que dejaría libre la boca, salir para batirlo entre las dos. Acudí á mi mente cuanto en los periódicos había leído sobre compra de buques, recordé la fecha en que se habían botado al agua los que tenemos..... Todo se me representaba claro y evidente. Teníamos barcos y venían; sin duda estaban muy cerca ya; tal vez á pocas millas..... ¿Pero de dónde habían salido los barcos? No lo sé; del cielo, de la tierra, del aire, de la nada; no lo sé, pero todo me parecía posible menos que nuestra Escuadra saliera sola á batir á los buques que sobre el Morro estaban.

El Ayudante de Marina, don Darío Leguina, aún más optimista que yo (que es cuanto se puede decir), no tenía punto de reposo. No olvidaré que durante esa noche del 2 estuvimos sentados en la puerta de la Capitanía de puerto calculando los buques que podían venir y las probabilidades de éxito con que se

podía contar. Nuestros buques, hablando por medio del Ardois, eran una prueba más de ello. Nada, nada; el suceso anunciado estaba próximo é íbamos á ver grandes cosas. A veces, hasta nos parecía oír cañonazos allá hacia el mar, muy lejanos y en dirección del SE. ¡Lo que pueden el deseo y la ilusión!

A la una de la noche no se observaba nada, por cuya razón, y con la seguridad de que al siguiente día habían de tener lugar importantes sucesos, me retiré, no sin encargar repetidas veces al cabo de matrícula que al primer movimiento de la Escuadra ó al primer cañonazo que se oyera me avisara en el acto. No hubiera sido necesario; mi impaciencia y mi ansiedad se hubieran encargado de ello, mucho mejor que el cabo.

Al día siguiente se supo que las hogueras que se vieron en Monte Real eran el incendio de los fuertes y del heliógrafo, que aquel destacamento abandonó para acudir á Cuba y no quedar cortado y envuelto. Durante la marcha, que fué penosísima, tuvieron que matar un caballo para alimentarse.



---

## XXVI

### Salida de la Escuadra.

Viviera yo mil años y mil siglos y recordara el día 3 de julio de 1898, que creo España no olvidará.

Amaneció espléndido: uno de esos días de verano en que ni el más leve soplo de aire mueve las hojas de los árboles, ni la más pequeña nube cruza el espacio, ni el más ligero vapor empaña la atmósfera, que, por decirlo así, tiene excepcional transparencia que permite observar el horizonte á gran distancia.

Nada de particular se observaba en los buques de nuestra Escuadra, que, inmóviles en las tranquilas aguas de su bahía, cuyos cascós reflejaban en ellas con maravillosa exactitud, aunque invertidos, parecía no debían abandonar un fondeadero en el cual tan seguros podían permanecer.

Eran las ocho y media. Convencido de que los buques no salían, y aprovechando un caballo de que podía disponer, porque la distancia es larga, fuíme al Hospital Militar á ver á don Joaquín Bustamante, á quien encontré otro hombre, como suele decirse. Tenía la voz entera, la vista animada, las mejillas coloreadas: se movía con facilidad y no mostraba experimentar molestia al hacerlo. Quedé agradablemente sorprendido.

¿Por qué recordará el hombre cosas que no tienen en reali-

dad gran importancia? ¿Será porque se relacionan con otras que la tienen? No sabría explicarlo: sólo sé que recuerdo, palabra por palabra, las que entre él y yo mediaron, y fueron éstas:

—¿No sale la Escuadra?— preguntóme sin dejarme hablar,

—Por ahora, aunque está lista para salir, creo que no. ¿Se sabe cuándo llega la otra?—le respondí.

—¿Qué otra?

—La que supongo viene de España, y se sabrá, poco más ó menos, cuándo podrá presentarse en la boca del puerto.

—No sea usted cándido (no recuerdo si me dijo cándido, ó inocente ó tonto). ¡Qué escuadra ni qué niño muerto! Los barcos salen, y eso es todo. Ahí tengo carta de don Pascual en que me lo dice.

Me quedé... atónito. Ya no dudé. Conozco, como conoce todo el mundo, al General Cervera, lo suficiente para saber que no dice, ni menos escribe, lo que no piensa hacer.

—¿Y cree usted que salga hoy?—dije.

—Yo creí que estaba saliendo ya.

—No pude contestar. Un cañonazo, que por la dirección no podía ser más que de una de las dos Escuadras, me dejó sin movimiento.

Dos ó tres minutos después un horroroso cañoneo, como nunca oí ni creo vuelva á oír jamás; un cañoneo mucho más violento que el del día 6 de junio, cosa que creí imposible, estremeciendo el edificio y atronando el espacio, me dejaron suspenso y sin poder coordinar una sola idea. Me quedé mirando á don Joaquín Bustamante como un verdadero imbécil, que á su vez me miraba y nada me decía. Sentí algo que empezó en los pies y llegó á la cabeza, cuyos pelos debieron ponerse de punta, y de pronto, sin despedirme, salí, monté á caballo, y á escape, y cuesta abajo, á riesgo de romperme la cabeza, que no comprendo cómo no me rompí, llegué á la Capitania de puerto, donde estaban, desde el Comandante de Marina hasta el último escribiente, mirando todos, pintada en el rostro la

emoción que les embargaba, hacia la boca del puerto, cuyos montes que tanto nos habían defendido, y que ahora nos impedían ver lo que fuera sucedía, hubiéramos querido reducir á polvo.

Los cañonazos que los montes y los valles repetían causaban un ruido verdaderamente infernal y á nada comparable: puede suponerse lo que sería si se tiene en cuenta que más de 250 cañones, en su mayor parte de grueso calibre y todos á cargar por la culata, disparaban sin cesar. La tierra temblaba, y muy pronto Punta Gorda, el Morro y la Socapa tomaron parte en el horroroso concierto, uniendo los estampidos de sus cañones al ruido de los de ambas Escuadras.

Pero el fuego continuaba, y eso llamó mucho mi atención. Yo creí, teniendo en cuenta el número y clase de buques enemigos y el de los nuestros, que la catástrofe de los segundos hubiera tenido lugar en la misma canal de un puerto que tan difícil es, aun para buques de menos eslora y calado que los que constituían la Escuadra y en circunstancias normales, cuanto más sosteniendo un combate. Una guiñada, un cambio de rumbo antes de tiempo, una avería en el timón ó en la máquina, siquiera fuese ligera y momentánea, el más pequeño descuido, en fin, podían varar el buque, y esa desgracia ocasionar también la de los demás que á continuación venían, que con él hubieran chocado: los buques enemigos podían echarlo á pique allí mismo, y entonces, y por las mismas razones, el desastre de los otros era también inevitable.

A mi juicio, salir del puerto de Santiago de Cuba en las condiciones en que lo hizo el General Cervera, y lo verificaron los Comandantes de los buques de la Escuadra, es realizar el acto de más valor que pueden imaginar los hombres: pues es ir á una muerte casi segura, no ya con arrojo, sino con serenidad; pues se necesita ser muy dueño de sí mismo para dirigir un buque sin alterarse ni perder la cabeza. Puede juzgarse de ello por el horror que experimenté yo, que no iba en nin-

guno de los buques: es porque conocía perfectamente los peligros de la empresa, á mi juicio, imposible.

El día, como he dicho, era hermosísimo y la calma absoluta; así es que el humo, lejos de desaparecer, ascendía en línea recta. Pasados los primeros momentos y calmada un tanto la natural excitación, vióse perfectamente que el de los disparos formaba cuatro columnas, que á distancia unas de otras no se confundían entre sí. Era evidente que los buques que se batían formaban cuatro grupos á mayor ó menor distancia unos de otros. Ahora bien, ¿qué grupo constituía nuestra Escuadra? Si era el de más al O., indudablemente no estaba envuelta y tenía libre el mar, y eso era una gran ventaja: si, por el contrario, formaba el segundo ó el tercero, estaba entre dos fuegos.

Más tarde observóse que el fuego de cañón se oía más lejano y que disminuía su intensidad, y que las *columnas de humo* ganaban cada vez más al O. ¿Habían logrado salvarse y burlar la Escuadra enemiga? Por lo pronto, una cosa era indudable: que los buques no se habían ido á pique en la entrada del puerto, ni siquiera cerca de él, y tal resultado era importantísimo: el mayor peligro estaba en la canal. Calcúlese nuestra alegría cuando el Morro, por teléfono, dijo que la Escuadra se batía en ala y que la enemiga *no le daba alcance*. Por lo visto no pasó aún la época de los milagros. Renunció á pintar lo que aquel día sentimos, en Santiago de Cuba, los que tenemos el honor de pertenecer al cuerpo de la Armada.

Tenía aún el caballo á mi disposición, y como recordé la ansiedad en que dejé al señor Bustamante y su delicado estado, me apresuré á ir á darle la noticia, que supuse le haría mucho bien. Cuando llegué ya lo sabía como todo el mundo en Cuba; había volado por la ciudad: lo encontré rebosando satisfacción.

Bien puedo asegurar que el 3 de julio fué un día de verdadero júbilo; pues como se verá más adelante al dar la relación de los acontecimientos del mismo, pareció que nuestros buques habían conseguido su objeto, si bien á costa de la pérdida de

los destroyers, que ya se sabía; y aun cuando muy de sentir por las víctimas que pudo haber, el resultado era, en suma, tan brillante, que excedía á todas las esperanzas que pudieron concebirse . . . . .

¡Cuáles no serían mi asombro y mi dolor cuando á las seis de la tarde veo llegar al práctico Miguel López, demudado y mojjadas la ropa y el calzado á causa de la llovizna, con la noticia de que en su casa, en Cinco Reales, tenía á cinco náufragos del *María Teresa* y del *Oquendo* magullados y desfallecidos, con la noticia de que ambos buques, incendiados, habían varado en la costa, próximos uno al otro al O. de Punta Cabrera, y á unas ocho millas del puerto de Cuba, y que muchísimos más, heridos algunos y cansados todos, estaban en camino.

¡Perdidos el *Teresa* y el *Oquendo*, además del *Plutón* y del *Furor*! ¡Qué contraste tan horroroso y qué triste decepción! Por la mañana creí salvados los buques, y ya no pensaba más que en el telegrama de la Habana anunciando su llegada á aquel puerto. Por la noche, la noticia de un desastre que aún no conocía en toda su magnitud.

Pero como mis comentarios y mis lamentaciones no explican el suceso, daré las noticias que durante el día se recibieron en la Capitanía de puerto. Ellas explicarán por qué, en Santiago de Cuba, se creyó durante ocho horas que la *Escuadra española* se había puesto en salvo.



---

## XXVII

### Combate naval de Santiago de Cuba.

*Día 3.*—La Escuadra enemiga á la vista á unas cinco millas.

A las nueve y tres cuartos salió la española. Poco después se oyó un violento cañoneo.

A las diez y cuarenta minutos dijo el Morro: «La Escuadra española se bate en ala por Punta Cabrera; el enemigo *no le da alcance* y parece consigue escapar. La americana se compone del *Brooklyn, Indiana, Iowa, Texas, Massachusets, Oregon* y un yacht; los de Aguadores acudieron todos al combate.»

A las once y cuarto no se oyó más fuego.

A las doce y media dijo el Morro: «Cuando salió nuestra Escuadra lo hizo muy despacio; después de salir los cuatro grandes, salieron los destroyers y todos los buques americanos se les echaron encima. Nuestra Escuadra resistió el ataque y los destroyers hicieron por reunirse á ella; pero cerca de Punta Cabrera uno se incendió, yéndose sobre la costa; el otro hizo mucho fuego, y cuando se vió perdido largó dos botes con gente; uno ganó la playa, el otro fué apresado; al abandonarlo, lo incendiaron y se fué á pique ardiendo.»

Se han perdido, pues, los dos. Cuando nuestra Escuadra iba rebasando Punta Cabrera, uno de los barcos, al parecer el *Te-*

*resa*, se fué hacia tierra y se veía mucho humo. El *Iowa* y el *New York* fueron tras él y los demás siguieron á los otros. Los buques enemigos de Aguadores ya habían tomado parte en el combate.

A las dos se señaló un buque de guerra inglés por el S.

A las tres dijo el Morro que los buques que persiguieron á nuestra Escuadra eran entre todos 24, 15 de guerra entre acorazados y no acorazados; los demás, mercantes, armados en guerra.

A las seis y media el práctico Miguel López dijo que en su casa, en Cinco Reales, había cinco naufragos del *Teresa* y del *Oquendo*, y que según decían éstos, en Cabañitas debían encontrarse más.

Salieron á recogerlos en el remolcador *Esmeralda* el segundo Comandante de Marina y el Alférez de navío señor Nardiz, con el práctico López y 10 marineros armados.

También fueron fuerzas del Ejército en el vapor *Colón* para proteger á los que estaban por los caminos y veredas de la costa.

Al anoecer llegó de Manzanillo la columna del Coronel señor Escario.

Mi amigo el señor don Roberto Masón, Cónsul de China, aficionado al mar é inteligente en lo que con él se relaciona, presencié el combate desde el Vigía del Medio, que es el monte más elevado de la bahía y domina gran extensión de aquél. Pero hay que tener en cuenta que como dista bastante de la costa, no pueden verse los buques que pasan cerca de ella. En cuanto llegó, me refirió lo sucedido tal como lo vió, que copié dictándome. A continuación va lo que oí de sus labios, palabra por palabra, para no alterar en nada tan interesante relato:

«Salió primero el *Teresa*, *Vizcaya*, *Colón*; con más intervalo el *Oquendo*; después los destroyers: El Almirante franqueó el Morro á las nueve y cuarenta y cinco minutos. Un poco á sotavento del Morro (al O.) se hallaba el *Brooklyn*; frente al

Morro uno, al parecer el *Massachussets*, y no se distinguía más buque de guerra desde el Vigía. Al franquear el Almirante el Morro, éste, los buques enemigos y Morro y Socapa, rompieron á la vez fuego nutridísimo, y al mismo tiempo barcos enemigos, que no se veían y estaban en Aguadores, rompieron el fuego también. Una vez franqueado el Morro, el Almirante se dirigió al O. y se perdió de vista á causa de la Socapa. Siguió el *Vizcaya* y los otros dos haciendo lo mismo; mientras tanto, los destroyers dejaban la bahía. Volvieron á verse los barcos españoles, estando el *Vizcaya* delante de todos, *Colón*, *Oquendo*, *María Teresa* (línea de fila) ya á cierta distancia de la Escuadra americana, la española hacía fuego lentamente; los americanos vivamente, tanto, que ya nunca se volvió á perder de vista ningún barco español y sí muchas veces los americanos por el humo. Mientras tanto, los barcos americanos de combate y dos yachts se aglomeraban frente á la Socapa, y cuando salían los destroyers parecía imposible pudieran escapar. El fuego era horroroso, tanto de cañones grandes como de los de tiro rápido; sin embargo, los destroyers se perdían de vista, pero volvían á aparecer, haciendo mucho fuego con sus cañones de popa. Mientras se pudieron distinguir los barcos no se podía calcular tuvieran averías de ningún género. Que al perderse de vista á las diez y media no se vió ni desperfectos en palos, ni en chimeneas, ni novedad alguna. A esa hora se veía á todos los buques americanos haciendo fuego con rumbo al O., y á esa hora cruzó por frente á la bahía el *New York*, que no había entrado en fuego aún, con rumbo al O. Cuando dejé el combate no se vió irse á pique ni incendiarse ningún buque, ni español ni americano.»

Antes de proseguir, y para mejor inteligencia, recordaré que la costa, entre el puerto de Cuba y Punta Cabrera, que está á seis millas, forma una á manera de ensenada, donde están Cabañas y Guaicabón. Que Punta Cabrera sale mucho al S. y es tierra muy alta; por consiguiente, los buques que están más

al O. de ella y cerca de la costa no pueden ya verse. Es indispensable tenerlo muy presente para comprender por qué no se vió el resultado final del combate.

A las nueve y media la Escuadra española se puso en movimiento: primero el *María Teresa*, buque insignia del Almirante Cervera, el *Vizcaya*, y sucesivamente el *Cristóbal Colón* y el *Oquendo*; detrás el *Plutón* y el *Furor*. Este fué el orden de salida, que supe por los prácticos López y Núñez.

En la boca estaban esperando el *Brooklyn*, *Iorca*, *Indiana*, *Texas*, *Massachussets*, *Oregón* y un yacht. Los demás acudieron inmediatamente desde Aguadores, donde estaban sobre la máquina y con vapor. Uno de los últimos que llegó fué el *New York*, que lo mismo que el *Brooklyn*, anda 20 millas.

Los buques españoles, que indispensablemente tenían que salir en línea de fila (uno tras otro) recibieron, á medida que salían, el fuego de todos los buques americanos, al cual no podían contestar hasta rebasado el bajo del Diamante por no poder presentar el costado y, por consiguiente, los cañones al enemigo. Por lo tanto, al encontrarse fuera del puerto todos habían sufrido un fuego horroroso.

No obstante, desembocaron todos sin novedad y ganaron el mar.

El *Vizcaya*, que era el que hacía más tiempo no limpiaba sus fondos, sólo andaba unas 13 millas: hubo, pues, que regular el andar de los demás por el suyo, para que se conservara en línea.

Con tal objeto, yo supongo, por lo ocurrido, teniendo en cuenta el orden de salida, que el General dispuso proteger la retirada del *Vizcaya*, acompañado del *Colón* (que no tenía los cañones de las torres) con el *Oquendo* y el *María Teresa*, y conseguido, forzar éstos de máquina y reunirse á los primeros; pero ambos fueron incendiados por la popa que presentaban al fuego enemigo, supuesto se batían en retirada, y convertidos en inmensa hoguera, vararon en la costa. El *Teresa* á unas siete millas del puerto de Cuba (al O. de Punta Cabrera); después, y

muy próximo á él, el *Oquendo*. Estos sucesos los supe al anocheecer por los náufragos llegados. Los que á continuación anticipo sobre el *Vizcaya* y el *Cristóbal Colón* para completar la relación de lo ocurrido á toda la Escuadra, los supe por los Oficiales del crucero austriaco *María Teresa* (se llamaba como el nuestro) al día siguiente.

Perdidos el *Oquendo* y el *Teresa*, dos ó tres buques americanos quedaron allí para intimar la rendición y recoger los náufragos y heridos y hacer prisioneros á los demás: los otros continuaron persiguiendo al *Vizcaya* y al *Colón*.

El primero se incendió también por la popa y varó á unas 20 millas (hacia el Aserradero supongo.) El segundo no se incendió: tuvo, probablemente, alguna avería en la máquina y se fué sobre la costa, en la cual embarrancó, perdiéndose á unas 60 millas (á la altura de Turquino).

Tal fué la hecatombe (que no otro nombre merece) de nuestra desgraciada Escuadra, que no creo se registre igual en la Historia. Ni un solo bote se salvó de la catástrofe. Bien lo prevenían los Jefes y Oficiales de todos los buques cuando, serenos y tranquilos, á pesar de todo, y dispuestos completamente al cumplimiento del deber, despidiéronse unos de otros y de los compañeros que en tierra quedaban por no formar parte de ella.

El que ha presenciado y visto con sus propios ojos un suceso como el que, en vano he procurado pintar, tiene forzosamente que interesar, siquiera sea poco ilustrado ó expresivo: por eso, más de veinte veces he hecho que los prácticos Miguel López y Apolonio Núñez, que pilotearon respectivamente el *Teresa* y el *Oquendo*, me repitieran lo que presenciaron. No copiaré cuanto me dijeron; fuera tarea muy larga; pero sí cuanto al combate se refiere, y que dan una idea de aquel verdadero infierno, que no otra cosa fué durante un cuarto de hora la boca del puerto de Cuba.

Miguel López, que es sereno y osado, tanto en tierra como en la mar, me dijo poco más ó menos lo siguiente: «Iba en la

torre de proa, al lado del General Cervera (que estaba tan tranquilo como si se hallara en la cámara y fondeado) observaba la canal, los barcos enemigos, y sólo dijo estas palabras: «práctico, ¿cuándo se puede meter?» (se refería á ir sobre estribor, lo cual sólo podía hacer después de pasar el bajo del Diamante). Pasados algunos segundos dijo: «Práctico, avise cuando se pueda meter.»—«Ya avisaré, mi General,» contestó López: momentos después le dije: «Mi General, ya puede meterse.» En el acto, el General, sin gritar, sin alterarse, como siempre, dijo: «A estribor» y un poco después «¡fuego!» En el mismo momento, y á la vez, los dos cañones de las torres y los de babor de la batería hicieron sobre un barco que me pareció el *Indiana*. Yo creí (es López quien habla) que el barco se hundía, que todos saltábamos: mire usted don José; yo no puedo decirle lo que allí pasó. A todo esto, ya en la batería había muchos muertos y heridos á causa del fuego que desde antes nos habían hecho, y creo que á pesar del agua que en ella había, el barco ya tenía fuego á bordo. El General me dijo: «Adiós, práctico; váyase, váyase: que no dejen de pagarle, que bien lo ha ganado usted», y siguió dando órdenes.» Tales fueron, poco más ó menos, las palabras que me dijo Miguel López y repite á cuantos lo quieren oír.

Apolonio Núñez, que sacó al *Oquendo*, es, al contrario que López, apocado y asustadizo; he aquí sus impresiones:

«Desde que llegó el barco á Santa Catalina (la batería), ya le hicieron fuego: llovían las balas á bordo, y aquello no tenía comparación con nada. Yo estaba en la torre, cuidando del rumbo: el Comandante, que es muy bueno y ya me conocía porque lo entré el día 19, me dijo: «Váyase, práctico: ya no hace usted falta, y más tarde tal vez no se pueda ir.» Se lo agradecí y de buena gana me hubiera ido, ¡ya lo creo! pero yo temía que fueran á meter antes de rebasar el Diamante, y calcule usted don José, lo que hubiera sucedido. Seguí á bordo, y al estar fuera de la punta del bajo, le dije: «Mi Comandante, ya puede usted meter.» «Váyase, práctico; váyase.» En seguida mandó

meter sobre estribor, y gritó «¡fuego!» El ruido que causó el cañón gordo de proa y el estremecimiento del barco, me hicieron más impresión que los tiros de los yankees: creí que el *Oquendo* se había abierto. Ya no puedo ni recordar aquello. Me descolgué en el bote, y entonces sí me creí muerto. Caían las balas por todas partes. Por fin pude meterme en la ensenada de la Estrella, donde ya estaba Miguel López, y allí creí que me daba algo; ni siquiera me atreví á mirar el combate, que ya era fuera del puerto».

Estos dos relatos, que tal vez no inspiren el interés que indudablemente tienen, porque no he podido recordar las propias palabras de sus autores, aunque en la esencia es la misma, podrán dar una idea de aquella inolvidable salida, que tan funestas consecuencias tuvo.

Yo supuse que la escuadra americana esperaría á la española frente á la boca, impidiéndole la salida en absoluto, so pena de tener que embestir los barcos; pero para ello se necesita mucho corazón y mucha entereza: era, sin embargo, el medio seguro de conseguirlo. Lo contrario era exponerse á quedar burlados, y tan cierto es ello, que nuestros buques consiguieron salir del puerto y llegar á Punta Cabrera (unas seis millas), hicieron pues, lo más difícil; y es indudable que si no se hubieran incendiado y hubieran tenido un andar siquiera de 18 millas, hubieran forzado el bloqueo.

Se habrá observado también que los tres huques construídos en España tuvieron todos el mismo fin; fueron incendiados. El construído en Italia, no obstante no tener sus cañones de las torres, y haber sufrido más tiempo el fuego del enemigo, pues que *murió* más tarde que los demás, no ardió; tuvo otro fin, pero no ese. No creo aventurado asegurar que de estar los cuatro barcos protegidos como el *Colón*, hubieran burlado la persecución del enemigo. En tal caso, podían haber llegado á la Habana; porque estando frente á Cuba toda ó la mayor parte de la Escuadra americana, no hubieran encontrado quien se

lo hubiese impedido, y la situación habría variado muchísimo.

En el remolcador *Colón* llegaron algunos náufragos que embarcaron, de orden del Comandante de Marina, en el crucero *Reina Mercedes*, en calidad de depósito.

En el remolcador *Esmeralda* salió con el Alférez de navío señor Nardiz, 10 marineros armados y el práctico López, á la ensenada de Cabañitas á recoger náufragos. A pesar de un extenso reconocimiento en tierra no se encontró ninguno.

Por la noche llegó de Manzanillo la columna del Coronel señor Escario, cuyas fuerzas ya expresé en otro lugar. Día después me dijo el mismo General Escario que al oír el fuego del combate por la mañana, se adelantó con una pequeña vanguardia á los altos del puerto de Bayamo, y que en el destacamento le dijeron lo mismo: que vieron á nuestros buques forzar el bloqueo y desaparecer por Punta Cabrera.

Nada tan interesante y tan elocuente, á mi modo de ver, como la relación de un combate naval hecha por personas que en él hayan tomado parte. Los Tenientes de navío señores Bustamante y Caballero, segundos Comandantes, respectivamente, de los destroyers *Furor* y *Plutón*, que por milagro lograron salvarse de la horrible hecatombe en que perecieron la mayor parte de las tripulaciones de los mismos, me refirieron, dos días después de la catástrofe, enfermos aún y magullados, el combate que sus buques sostuvieron, cuya relación es la que sigue.

Habla el señor Caballero:

«Ya los buques grandes estaban fuera del puerto, cuando los destroyers, que se habían detenido entre la Socapa y Cayo Smith con objeto de levantar presión, continuaron avante y embocaron la canal hasta llegar á Punta Morrillo, donde el *Furor*, que iba en cabeza, dió una guñada sobre babor, como tratando de ir hacia el E.; pero al descubrir al *Glowcester* y otros buques que estaban próximos á Aguadores, metió sobre estribor, gobernando en demanda de nuestra Escuadra un tanto alejada ya, rompiendo el fuego sobre el *Glowcester* que



**FUERTE DE LA ENTRADA DEL COBRE.**

dejamos (ambos destroyers) por la popa; y el *Indiana*, *Oregón*, *Iowa* y *Texas*, que teníamos corridos desde la aleta á la amura de babor en el orden dicho, continuando haciendo fuego sumamente rápido, que hacía en extremo difícil el abastecimiento de las piezas. Montado Cabañas (el puerto), empezamos á adelantarnos al *Furor*, y estando tanto avante con él, y como á unos 50 metros por estribor, cayó rápidamente sobre esta banda por faltarle el gobierno, pasando por nuestra popa á un metro y hundiéndose por la popa, poniéndose casi vertical y sepultándose en el mar momentos después, antes de alcanzar Punta Cabrera.

»Haciendo bastante agua, continuamos (el *Plutón*) siempre muy próximos á tierra para montar Punta Cabrera, y muy cerca del farallón que forma ésta, recibimos un proyectil de torre (32 centímetros) que hizo estallar el grupo de calderas de proa, saltando toda la cubierta y produciendo una solución de continuidad en el buque, por lo que se metió sobre estribor embistiendo al farallón y deshecha gran parte de la proa del destroyer; y habiendo retrocedido á consecuencia del choque, se dieron unas paladas atrás, volviendo de nuevo á embestir, arrojándome al agua y ganando la orilla.

»Trepé al farallón de Punta Cabrera, y en él estuve tendido cosa de un cuarto de hora que continuó aún el fuego; y una vez terminado, me interné en el monte, recogiendo personal del buque que encontré, en número de unos 20 ó 25, y al frente de ellos rodeé una pequeña colina con objeto de ocultarme de la costa, y tomé el camino hacia Santiago de Cuba, procurando evadir los caminos y buscando la mayor espesura. El práctico, pretextando que el camino que yo seguía no era el bueno, se separó de nosotros y no ha vuelto á parecer. Continuamos, unos vestidos, otros desnudos, y á medio vestir los más, por espacio de unas dos horas, haciendo algunos descansos, hacia el E., y tratando de no perder la costa; y al llegar á divisar la playa, encontramos al Teniente de navío Busta-

mante con un grupo de náufragos del *Furor*, que era su buque, y algunos del *María Teresa*, reunidos ya. Se vió un yacht con bandera inglesa, próximo á la costa y que maniobraba por detrás de Punta Cabrera, como si tratase de recoger algunos náufragos. Se le hicieron señales con una camiseta, y viendo que no hacía caso, seguimos la marcha por tierra, procurando no formar grandes grupos y ocultarnos lo posible.

»A eso de las tres y media alcanzamos el puerto de Cabañas, que tuvimos que atravesar á nado; y ya en la orilla derecha, y á las nueve de la noche, llegamos á las trincheras de la Socapa, donde, por fin, pudimos descansar durante la noche, siendo auxiliados por los guerrilleros, que nos proporcionaron cuanto pudieron proporcionarnos.»

Aquí termina el señor Caballero.

Ahora el señor Bustamante:

«Al abocar la boca del puerto (el *Furor*) y al reconocer la Escuadra enemiga, vimos que si gobernábamos al O. podíamos buscar el sota-fuego de la Escuadra española que estaba á alguna distancia, y gobernamos al efecto. Uno de los proyectiles dió sobre una de las escotillas de los ventiladores de las calderas, cayendo, por lo tanto, la presión, y consiguientemente el andar del buque; con lo cual los proyectiles cayeron ya á bordo en mucho mayor número. Una de las granadas dió en el cuerpo al Contra maestre Dueñas, dividiéndolo en dos partes; una cayó entre los guardines del timón, interrumpiéndolos momentáneamente, teniendo que sacarla, para que funcionasen, á pedazos; otro proyectil destrozó la máquina y el servomotor, quedando el buque sin andar y sin gobierno; otra había dado antes en el pañol de granadas de popa, haciendo explosión y destrozando ésta última.

»No se dispararon los torpedos que estaban con las cabezas y puntas de combate y listos para disparar, por no haber estado nunca á conveniente distancia del enemigo para hacerlo.

»En estas circunstancias, el Jefe de los destroyers, Capitán

de navío señor don Fernando Villaamil, mandó abandonar el buque, echándose al agua el que declara, á unas tres millas de la costa, con parte de la dotación. En el agua, á uno de los que iban á mi lado, que creo era el primer Contramaestre, le dió una bala de cañón en la cabeza, sepultándose en el agua para siempre. El buque, mientras tanto, tras una serie horrible de explosiones, se fué á pique. Al llegar á tierra nos dirigimos hacia el E. en busca de Santiago de Cuba; poco después encontramos al Teniente de navío Caballero, con el cual y con su gente, llegamos á Santiago de Cuba siguiendo el mismo camino y las mismas peripecias. Como son idénticas, omito relatarlas.»

Después de lo dicho, creo inútil añadir una palabra más.



## XXVIII

### Causas de la pérdida del combate naval de Santiago de Cuba.

Fáltanme palabras para pintar la dolorosa impresión que me produjo el desastre de los cuatro cruceros y los dos destroyers que mandaba el Almirante Cervera, y la que bien puedo llamar hecatombe de sus tripulaciones, que no fué completa por haber tenido lugar la lucha tan cerca de la costa, en la cual pudieron varar los barcos ya incendiados, antes que entregarlos al enemigo. En menos de dos horas fueron destruidos los buques, y sin embargo, el suceso no me extrañó; antes por el contrario, admiróme que no hubieran sido echados á pique en la misma canal.

La pérdida de la Escuadra fué prevista por todos los Jefes de la misma, con los cuales he hablado más de una vez, y por decirlo así, profetizada desde que recibió orden en Cabo Verde (las islas) de salir para la Isla de Cuba; y así se lo comunicó diferentes veces al Gobierno el General que la mandaba, cuyas comunicaciones oficiales existen y constan: mas parece que la opinión en la Isla de Cuba, y sobre todo en la Habana, exigía su presencia en aquellas aguas, y entre ésta, y las razones, tan sensatas como lógicas, del Almirante, optóse por la primera, y la Escuadra salió con rumbo al O.; desde entonces,

la pérdida de la misma fué ineludible y sólo cuestión de tiempo, como fácilmente se comprenderá por lo que sigue.

La Escuadra salió de las Islas de Cabo Verde, sin más carbón que el que contenían sus carboneras, que forzosamente tenía que consumir en su mayor parte, después de su navegación á través del Océano Atlántico; le acompañaban los tres destroyers, *Plutón*, *Furor* y *Terror*, á los cuales tenía que suministrar carbón y convoyar, ocasionándose los retrasos y molestias consiguientes.

En Martinica (donde quedó el *Terror* por no poder seguir á la Escuadra) no pudo hacer carbón; y en Curaçao, á pesar de la promesa del Gobierno de encontrar un buque con combustible, que no pareció, sólo dos buques pudieron hacer un corto número de toneladas.

La orden de ir á la Isla de Cuba subsistía: ¿qué hacer en tales condiciones? Lo natural y lo lógico, dirigirse al puerto que más próximo estaba y menos peligros, por consiguiente, ofrecía la navegación; dirigirse á Santiago de Cuba, que el General Cervera creyó bien defendido porque el puerto se presta á ello y provisto de víveres. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que sólo dos cañones que merezcan el nombre de tales defendían su boca, y que en la plaza escaseaban los víveres como escaseaban las municiones de guerra, y escaseaba todo!

Ya he dicho antes, y repetiré ahora, que durante los días del mes de mayo en que no se presentó la Escuadra enemiga con fuerzas superiores á las nuestras (esto es, del 20 al 27) los buques no pudieron salir, no tan sólo por no tener carbón suficiente, si que también por la mar del Sur que recalaba y que impedía la salida, como aseguraron todos los prácticos de número de la localidad, manifestando era casi seguro que las popas de los buques tocarían en la cabezada, sobre todo la del *Colón*, que era el de mayor calado.

Hay que tener en cuenta, porque ello para una Escuadra lo

es todo, que los buques, que hacía tiempo no limpiaban, distaban mucho de andar lo que debían; el *Vizcaya*, sobre todo, no alcanzaba 13 millas, que más tarde, después de cuarenta y seis días en el puerto de Santiago de Cuba, quedó reducido á menos.

Pero aun cuando no hubiera recalado la mar del Sur y los buques hubieran podido salir, ¿dónde hubieran ido? ¿á la Habana por el camino más corto? Hubieran encontrado la Escuadra de Sampson, como de sobra sabía el General Cervera, que era precisamente lo que se quería evitar. Tal vez se hubiera conseguido haciendo la derrota por donde menos se la hubiera esperado, por el canal de Providencia, por ejemplo; de sobra se le ocurrió al General, pero imposible, por una sencillísima razón: porque no había combustible para tantos días de navegación.

Además, cuando la Escuadra llegó al puerto de Santiago de Cuba, todo el mundo, tanto en ella como en la Península, la creyó salvada, y felicitó á su Jefe por el éxito alcanzado y por la maniobra ejecutada; y al decir todo el mundo, no me refiero al pueblo; me refiero al elemento oficial. ¿Puede darse prueba mayor de que el General cumplió los deseos del Gobierno?

La Escuadra recibió orden *terminante* del Capitán General de la Isla de Cuba, de salir del puerto de Santiago, que *reiteró*, no obstante las observaciones que el General Cervera le hizo. Después de ello ¿qué hacer? Salir. Salir, como en efecto salieron, resignados, pero tranquilos y serenos, aquellos héroes, que no otro nombre merecen los que en la Escuadra iban á una muerte segura que ninguno ignoraba. Y digo que iban tranquilos y serenos, y lo diré mil veces, porque sólo así pudieron gobernar sus buques en una canal tan angosta y peligrosa, sin que ninguno de ellos varara, cuando tan fácil es hacerlo, aun en circunstancias ordinarias, sin resistir el fuego de una Escuadra enemiga y con barcos de menos calado y eslora. La salida de dicho puerto en las condiciones en que lo verificaron nuestros buques, no titubeo en asegurarlo; es el acto de más valor, de más arrojo, de más pericia y de más inteligencia

y práctica marineras que puede concebirse. Así lo aseguraron repetidas veces, llenos de asombro, los Jefes y Oficiales de la corbeta inglesa *Alert* y crucero austriaco *Maria Teresa*, que puede decirse presenciaron el combate.

Ya se sabe el número de buques que á la boca del puerto esperaban á los nuestros, y con los cuales éstos tuvieron que combatir, así como su clase y artillería que montaban, por el estado de la Marina americana, y que dió en uno de los primeros capítulos. Ello sólo basta y sobra para demostrar que, dada la inferioridad de los nuestros en cantidad y calidad (por decirlo así), era imposible sostener el combate.

Pero hay más, mucho más que añadir, para que se comprenda lo sucedido en el combate naval de Santiago de Cuba, que la mayor parte del público ignorará en España.

Ya he dicho que el *Colón*, único buque verdaderamente protegido de los cuatro que componían la Escuadra, no tenía sus cañones de torre (los de gran calibre). Entre los de 14 centímetros del *Teresa*, el *Oquendo* y el *Vizcaya*, que son los que más fuego hacen en un combate, seis estaban declarados inútiles; y si bien el *Teresa* pudo cambiar los suyos, el *Oquendo* y el *Vizcaya* no, y tuvieron que combatir el primero con uno y el segundo con dos *inútiles*, como he dicho.

Además, todos ellos tenían incompleta la dotación de municiones, y en el *Teresa* había *sesenta inútiles*: la mayor parte de los estopines no servían, y por consiguiente, los cañones no hacían fuego. Las piezas de cierre eran tan imperfectas, que al segundo ó tercer disparo ya no cerraban; las agujas salían disparadas, y por muchos supervivientes del *Oquendo* y del *Teresa*, he sabido que, entre los heridos que servían los cañones, muchos lo fueron por éstos mismos; así, que si el asunto no fuera tan triste y tan serio, pudiera decirse que los cañones de nuestros buques eran como la carabina de Ambrosio, que disparaba por la culata; esto es, que lejos de ofender al enemigo, eran un peligro para los encargados de hacer fuego con ellos.

Los casquillos de las cargas no tenían, en su mayor parte, el diámetro que debieran, y dióse el caso, en el *Infanta Maria Teresa*, de tener que desechar siete para poder encontrar uno bueno. En semejantes condiciones, ya se comprenderá que la artillería, que creyó convertirse en artillería de tiro rápido, se convirtió en artillería... no sé qué nombre darle, pero sí que era perfectamente inútil.

¿Después de lo expuesto, se extrañará lo ocurrido en el combate naval de Santiago de Cuba? Seguramente que no. Lo único digno de extrañeza es, que en semejantes condiciones, se mande una Escuadra al teatro de la guerra.

He ahí las condiciones en que salieron del difícil puerto de Santiago aquellos Jefes y aquellos Oficiales que, convencidos de que sucumbirían todos, contentáronse con despedirse de los compañeros que en tierra quedaban, á los cuales pensaron no ver más.

Todos los españoles nos mostramos orgullosos por el desastre de Trafalgar, por el heroísmo que en él demostró nuestra Marina, que dejó muy alto el honor, aunque se sepultaran en las aguas nuestros buques. Pues bien; el combate de Santiago de Cuba es mucho más glorioso aún que el de 1805. En el primero, *treinta y dos* navíos aliados de 64, 80 y 120 cañones, se batieron con *veintiocho* ingleses, también de 120, 80 y 64 cañones: las fuerzas, por lo tanto, eran casi iguales; y si se perdió el combate, que pudo muy bien haberse ganado, fué porque nuestra Escuadra estaba mandada por Villeneuve, y la enemiga por Nelson. En el segundo, *seis* buques (si merecen el nombre de tales el *Plutón* y el *Furor*), tuvieron que combatir con *veinticuatro* mejor protegidos y artillados. Después de esas cifras es inútil cuanto se añada.

Yo no he podido nunca explicarme ó comprender la razón de haber mandado á la Isla de Cuba una Escuadra que en manera alguna podía batirse con la de los Estados Unidos, y, por consiguiente, que no podía de ningún modo impedir que sus

buques bloquearan nuestros puertos y dominaran el mar; pero ya que se mandó, sin que su llegada impidiera la pérdida de la Isla, que desde que se aceptó la guerra y en las condiciones en que se encontraba, estaba perdida, como desgraciadamente ha demostrado la experiencia, creo debió impedirse fuera destruzada, como lo fué, sin reportar ventaja alguna.

El único medio de conseguirlo hubiera sido, á mi juicio, mandar, aprovechando que todos los buques enemigos estaban en Cuba, algunos buques de gran andar, mejor ó peor artillados, á los puertos comerciales de los Estados Unidos, y cañonearlos, siquiera fuese ligeramente. Es muy probable que la opinión pública, sobre todo la de los que no eran partidarios de la guerra, hubiera exigido el regreso de los buques, y entonces nuestra Escuadra hubiera podido salir de Santiago con completa seguridad, y se hubiera evitado una catástrofe que ninguna ventaja nos ha reportado. Al propio tiempo, los puertos de la Isla, libres del bloqueo, se hubieran podido proveer de víveres; y aun cuando el resultado probablemente hubiera sido el mismo, no hubiese sido tan inmediato.

Mas todo ello no pasan de ser hipótesis y suposiciones que, ni son ya oportunas, ni fueron el objeto que me propuse al escribir este libro. He dicho cómo salió de las Islas de Cabo Verde la Escuadra del General Cervera, cómo llegó á Santiago de Cuba y por qué salió de él á batirse con la del Almirante Sampson, convencido de que, en España, la mayor parte de cuantos en ella viven ignoran lo que dejo expuesto, y convencido también de que, después de conocidos los hechos, se juzgarán de otro modo los resultados.



---

## XXIX

Se echa á pique el «Mercedes.»

*Día 4.* Frente á la boca, el *New-York, Brooklyn, Indiana, Massachussets, Meneápolis, Vesubius*, un yacht y 17 mercantes.

A las siete llegó una corbeta inglesa y pidió práctico.

A las nueve llegó el crucero austriaco *María Teresa*.

Entraron en puerto los botes de ambos buques.

A las cuatro se fueron con súbditos de sus naciones.

A las ocho de la noche se puso en movimiento el crucero *Reina Mercedes*.

A las once y media se oyeron dos cañonazos en la boca del Morro; después muchos más. A las doce y cuarenta y cinco minutos cesó el fuego. Fué contestado por la Socapa.

Era raro el día que no se cañoneaban la Escuadra enemiga, y el Morro y la Socapa, que no se dieran noticias de haber causado averías á alguno ó á algunos buques de aquélla, y hasta de haber incendiado y echado á pique; pero como jamás se comprobaron, nada he indicado nunca sobre el particular, decidido á no decir nada que no sea una verdad probada hasta la evidencia, y que sepan cuantos en Cuba hayan estado en la época en que ocurrieron los sucesos que motivan estos apuntes. Natural es, que en tantas veces como sostuvieron fuego los buques, pues lo contrario sería inverosímil, alguna avería habrán

experimentado y algunas bajas tenido, aunque se colocaban á bastante distancia; pero es indudable que no han sido de consideración; de lo contrario, se hubieran visto perfectamente.

El día del combate de ambas Escuadras, me aseguraron á mí mismo, marineros de la Socapa y otros náufragos, que vieron irse á pique tal buque y arder tal otro, y que tal llevaba á remolque á cual, con pelos y señales. El hecho parecía indudable; pues nada de eso, no hubo tal. Al día siguiente ios buques que habían combatido con los nuestros estaban todos en Daiquirí, en Aguadores ó frente á la boca del puerto. He ahí por qué no he hablado nunca de las averías hechas á los barcos bloqueadores.

La corbeta inglesa *Alert* y el crucero austriaco *Maria Teresa* no pudieron, naturalmente, entrar en puerto, porque teníamos fondeados torpedos Bustamante (aunque sólo una parte de ellos) y tendidas las calles de alambre. Salió el remolcador *Colón* con bandera de parlamento para notificarlo así, y entraron los botes de los mismos á remolque de los de vapor.

Por los Oficiales austriacos supe, en la Comandancia de Marina, lo ocurrido al *Vizcaya* y al *Colón* en el combate del día anterior, cuyos cañonazos llegaron aún á tiempo de oír y vieron los barcos varados y perdidos en la costa. Todos convinieron, naturalmente, en que nuestra Escuadra se batió admirablemente, y sobre todo, que la salida de los buques del puerto, en las circunstancias que lo verificaron, demostraba un valor, una pericia y una práctica marinera verdaderamente asombrosas. Siempre es un consuelo ver que se hace justicia, y yo lo tuve en esos momentos.

Como el interior del puerto no tenía ya la salvaguardia de la Escuadra; como se levantaron los torpedos Bustamante (seis de ellos) para que saliera, que aún no se habían podido colocar de nuevo; y como, en fin, no existía la primera línea de los fijos, decidió el Comandante de Marina, de acuerdo con el General Toral, echar á pique el *Mercedes* (único que servía para

el caso) en la angostura de la canal de entrada. En su consecuencia, el Comandante del crucero recibió orden de verificarlo. Apresuradamente, porque el tiempo urgía, transbordaron al vapor *Méjico* los heridos y enfermos procedentes de la perdida Escuadra, que quedó convertido en Hospital é izó la bandera de la Cruz Roja. Se sacaron los papeles reservados y de importancia, las libretas, armas portátiles, camas y lo más indispensable del buque, y á las ocho de la noche, con el Comandante del mismo, el Alférez de navío señor Nardiz, algunos maquinistas, los marineros que se necesitaron y los prácticos Apolonio Núñez y Miguel López, se puso en movimiento hacia fuera, lista ya el ancla de proa y la codera de popa.

A las once y media, y apenas lo divisó el enemigo, que vigilaba con los proyectores eléctricos, rompió sobre el buque un fuego nutridísimo. No obstante, el buque se fué á pique en el sitio que se deseaba: operación siempre difícil, y muchísimo más bajo el fuego, como fácilmente se comprenderá. Por desgracia el buque no quedó atravesado, porque, según parece, un proyectil cortó la codera: el sacrificio fué inútil y el puerto no quedó obstruido. Sin embargo, no lo fué en absoluto; pues sirvió para que más tarde no se apoderase de él el enemigo. Hoy, como está acribillado á balazos que recibió esa misma noche, no creo puedan utilizarlo.

Y ya que tanto se ha hablado de ese buque, daré la relación de todas las bajas que tuvo su dotación, ya á bordo, ya en la Socapa, ya en Punta Gorda ó en el Morro, desde el principio al fin de la guerra.

Segundo Comandante del mismo, Capitán de fragata, don Emilio Acosta, muerto.

Artillero de segunda, Rafael Rodríguez, *íd.*

Cabo de mar de primera, Jesualdo Díaz, *íd.*

Marinero de primera, Domingo Hermida, *íd.*

Soldado de Infantería de Marina, Manuel Losada, *íd.*

Soldado de ídem, *íd.*, Vicente Romany, *íd.*

Segundo Contramaestre, don Antonio Rodríguez Díaz, herido grave.

Cabo de mar, José Casteleiro, *idem*, *id.*

*Idem* Domingo Lastra, *idem*, *id.*

Marinero de primera, Emilio Navarro, *idem*, *id.*

*Idem*, de segunda, Juan Burgos, *idem*, *id.*

Soldado de Infantería de Marina, Agustín Zamorano, *idem*, *idem*.

Fogonero de segunda, Felipe Cazón, *idem*, *id.*

Comandante del buque, Capitán de navío, don Rafael Mi-  
cón, herido leve.

Alférez de navío, don Alejandro Molins, *idem*, *id.*

Cabo de cañón, Higinio López, *idem*, *id.*

*Idem*, *id.*, Antonio Fraga, *idem*, *id.*

Marinero carpintero, José Cueto, *idem*, *id.*

Marinero de primera, Manuel Budifio, *contuso*.

Fogonero de *id.*, Juan Vilmonte, *id.*

*Idem*, José López, herido leve.

Alférez de navío, don Ricardo Bruquetas (dos veces), *idem*,  
*idem*.

Armero, Joaquín Otero, *idem*, *id.*

Artillero de mar de primera, José Vila, herido grave.

Cabo de mar de segunda, Antonio Vizcaíno, *id.* leve.

Marinero de primera, Indalecio Moulato, *idem*, *id.*

*Idem*, Antonio Mora, *id.* grave.

*Idem*, Ramón Michaud, *id.* leve.

Cabo de mar de segunda, José Arraria, mortal de necesidad.

Soldado de Infantería de Marina, José Blanco Cueto, *idem*,  
*idem*.

Artillero de mar de primera, José Torrente, herido leve.

*Idem*, *id.*, Manuel Vizcaíno, *idem*, *id.*

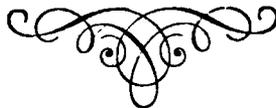
Marinero de primera, Antonio Mora, *idem*, *id.*

El enemigo cortó el Acueducto, no dejando en la población  
más agua que la de unos pozos y algibes.

---

Los náufragos que han llegado de la Escuadra son los Tenientes de navío señores Bustamante y Caballero, segundos de los destroyers, el Guardia Marina, señor Navia, algunos maquinistas y clases y unos 150 de marinería.

Muchos fueron asesinados en el campo por los insurrectos á tiros y machetazos. Digo que fueron asesinados, porque no creo tenga otro nombre matar á tiros y á machetazos, no sólo á hombres desarmados, sino casi desnudos, desfallecidos y muchos heridos. Comprendo la gravedad de semejante acusación; pero así lo han asegurado todos los que han logrado salvarse.



---

## XXX

### La columna Escario.

Como la columna de Manzanillo, llamada por telégrafo por el General en Jefe, tomó parte tan activa en los sucesos militares posteriores al día de su llegada, que fué el día 3 de julio, natural me parece dar cuenta de la difícil y penosa marcha que aquélla ejecutó, recorriendo una distancia de 52 leguas por un territorio que hacía dos meses se había abandonado y estaba en poder del enemigo, y en el cual ningún punto de apoyo ni socorro alguno podían esperar.

Para poder formar idea de dicha marcha, que honra, tanto al General que la dirigió, como á los Jefes y Oficiales que la secundaron y á los sufridos soldados que la hicieron, diré que, en dichas 52 leguas, sólo desde el Almirante á Santa Rita, pudo marchar la columna de *á dos*; el resto del camino tuvo que marchar de *á uno*, y siempre abriendo camino con el machete por lo mucho que había crecido la manigua. Para que mejor la comprenda el lector copiaré el diario de operaciones de la columna.

Dice así el diario:

## DE MANZANILLO Á SANTIAGO DE CUBA POR TIERRA

*Diario de las operaciones de campaña practicadas por fuerzas de la división de Manzanillo, desde el 22 de junio de 1898 al 3 de julio siguiente.*

### MANZANILLO Á BAYAMO.

En cumplimiento á lo dispuesto por el excelentísimo señor Teniente General, Comandante en Jefe del cuarto Cuerpo de Ejército, en cablegrama de 20 del corriente, ordenando saliesen para Santiago de Cuba fuerzas de la división de Manzanillo, el señor Coronel, Comandante General accidental de dicha división, don Federico Escario, después de verificados los preparativos necesarios para tan larga jornada, municionada convenientemente la tropa y racionada por seis días, emprendió la marcha el 22 al mando de una columna compuesta de los batallones primero y segundo del regimiento de Infantería Isabel la Católica, núm. 75; primero del de Andalucía, núm. 52; batallón de Alcántara Peninsular núm. 3; batallón Cazadores de Puerto Rico núm. 19; segunda sección de la primera batería del quinto regimiento de Montaña, una fracción de la octava compañía del primero de Zapadores, guerrillas montadas de Calicito, de Bayamo y Manzanillo, cinco Oficiales médicos con 30 individuos de Sanidad Militar destinados á los hospitales de Cuba, y la décima compañía de transportes á lomo encargada de conducir al parque móvil, 13.000 raciones de galleta y 15.000 de etapa de repuesto en 148 mulos de ella y 50 arrias particulares que se embargaron oportunamente.

Salió de Manzanillo esta columna, que en total la componían 3.752 hombres, á las cinco de la tarde, y habiendo llegado al oscurecer á Palmas Altas, dispuso su Jefe que se acampase, pernoctando en este punto sin novedad, pero sin que fue-

se, como se deseaba, el descanso para el soldado, por impedirlo una constante lluvia que á muy pocos permitió acostarse.

Amaneció el 23 más despejado que el día anterior, y levantado el campamento y organizada la columna, emprendió penosa marcha á las cinco y media, rompiendo altas hierbas para abrir camino por la orilla izquierda del río Yara, cuya ruta dispuso su Jefe para evitar el paso por poblados que pudieran estar ocupados por el enemigo, cumpliendo así con el encargo de evitar encuentros, que se le hacía en el aludido cablegrama del 20, en que se dispone esta operación.

Atravesando la sabana de don Pedro, llegó la columna al paso del río Yara más próximo al que fué poblado de este nombre, donde se dispuso acampar, habiendo sido hostilizada en toda la marcha, y especialmente al ocupar el campamento, donde el enemigo rompió vivo y nutrido fuego, que sostuvo durante diez minutos, haciéndonos un muerto y tres heridos. Apoyado el fuego por el de la vanguardia de la columna, y practicado el reconocimiento de costumbre por la fuerza montada, que dió cuenta de haberse ya retirado el enemigo, se acampó, pernoctando sin novedad y en mejores condiciones que ayer, pues una noche serena y una buena arboleda ofrecieron á nuestro soldado relativo descanso hasta el amanecer del día 24, en que, levantados al toque de diana y tomado el café se formó la columna, y organizada á las seis, emprendió la marcha por Arroyo Pavon, Ana López y Sabana la Loma, sosteniendo ligeros tiroteos, en los que resultaron un muerto y un herido á la columna, que acampó y pernoctó sin novedad á orillas del río Canabacoa.

El día 25, á la hora de costumbre, se levantó el campamento de la noche anterior, organizándose y desarrollándose simultáneamente la columna bajo fuertes aguaceros, continuando por las Peladas, Palmarito, ríos Buey y Yao, acampando en el Babatuaba. En este día, como ayer, fué hostilizada la columna en toda la marcha, rechazando y dispersando siempre al enemigo, que en sus tiroteos nos hizo un muerto.

Sin novedad se pasó la noche, y á las seis y minutos de la mañana del 26 empezó la jornada de este día, que por los accidentes que en ella concurrieron, fué, á la par que distraída, de excelentes resultados, moral y materialmente, para la causa española, como lo demuestra la entrada de nuestras fuerzas en la ciudad de Bayamo, después de entretenida marcha, cazando y desorientando parejas contrarias por los altos de San Francisco, Peralejo, río Mabay é ingenio Almirante, donde se acampó, no sin alguna resistencia del enemigo, que sin causarnos el menor daño, fué duramente castigado por los certeros disparos de la columna.

La aludida entrada de Bayamo no permite cerrar el diario de estos días sin, por lo menos, hacer el relato de ella; se ordenó esta operación, á pesar de estar dispuesto por el excelentísimo señor Comandante General del cuarto Cuerpo de Ejército en su referido cablegrama del 20, que se evitasen encuentros, porque considerando el Jefe de la columna que se achicaba el ánimo del soldado estar tan cerca de dicha población sin entrar en ella, por el contrario lo elevaría al hacerlo, con lo que á la vez no sólo demostraba al enemigo y á los ingratos pobladores de Bayamo que aún había españoles en Cuba, si que también desorientaba á aquél, y en atención á que para todo esto le sobraba fuerza y tiempo en lo que restaba de día, dispuso, á reserva de dar cuenta á dicho excelentísimo señor exponiéndole esas razones, que el señor Coronel, segundo Jefe de la columna, don Manuel Ruiz, con la Caballería y 600 hombres de Infantería, divididos éstos en dos columnas y formando otra aquélla, ocupara la plaza. Interpretando fielmente el deseo y las órdenes del señor Coronel Escario, á las tres de la tarde, después de haber tomado las tropas el primer rancho, salió el Coronel Ruiz del campamento el Almirante, fraccionando su fuerza en los tres mencionados grupos, tomando personalmente el mando de uno de los de Infantería, encargando del otro al Teniente Coronel primer Jefe del batallón de Alcántara, don

Baldomero Barbón, y del de la fuerza montada al Comandante del primer batallón del regimiento Isabel la Católica, don Luis Torrecillas. Avanzando resueltamente por distintos puntos estas tres columnas de ataque, les fué permitido acercarse á la población sin estorbo ni interrupción; por lo visto el enemigo quería aprovechar sus fuegos, pues no dejaban lugar á duda de su existencia los disparos de aviso y los grupos que se veían correr de unos á otros lugares del recinto.

Las columnas en tanto continuaban con rapidez y en silencio su avance, desplegadas en perfecto orden de combate, y en esta disposición llegaron á orillas del río Bayamo, donde pretendieron detenerlas desde la población las fuerzas contrarias con nutrido fuego de fusilería, pretensión que hizo inútil el oportuno toque de ataque, y nuestros soldados, que al oírlo, al arma blanca y sin disparar un solo tiro, atravesaron aquellas aguas á la carrera, y entraron triunfantes con una sola baja y sin más resistencia, en la Ostende de los enemigos de España. En desordenada y precipitada fuga se retiró aquella tribu salvaje, y después de ocupar nuestras fuerzas los fuertes y avenidas principales, por grupos aislados se reconoció toda la población, recogiendo en la Comandancia militar de los insurrectos varios paquetes de su archivo y correspondencia, é inutilizando la estación y parte de una línea telegráfica que tenían establecida con Jiguaní y Santa Rita.

No se pudieron adquirir noticias del enemigo entre las familias de Bayamo, pues, como siempre, guardaron reserva, y sólo algunas por mera curiosidad abrieron sus puertas, dejando ver retratado en sus semblantes el disgusto que les producía la presencia de soldados españoles, creídos, como estaban, de que las plantas de éstos no pisarían más aquel suelo.

Terminada la operación, regresaron nuestras fuerzas al campamento del Almirante, y aunque en un principio se ignoraba el resultado de ella, posteriormente, por seguras confidencias, se supo que en este día se le causaron 19 bajas, de ellos

10 muertos y los restantes heridos. Sin más novedad se pernoctó en el Almirante, terminando aquí en este día la primera parte de lo que, sin temor á equivocarse, se puede calificar de gloriosa marcha de Manzanillo á Cuba.

#### BAYAMO Á BAIRE.

Al amanecer del día 27 se levantó el campamento del Almirante y siguió la columna su marcha por la sabana del Guanábano, Chapala y río Cautillo, inutilizando siempre la línea telegráfica que tenía el enemigo desde Bayamo al poblado de Santa Rita, donde se acampó y pernoctó sin novedad.

A las seis de la mañana del 28 se continuó la operación, dirigiéndose la columna á Baire por Cruz Alta, río Jiguaní; Jiguaní arriba, Piedra de Oro, Granizo, Cruz del Yarey y la Salada. El enemigo, reunido en mayor número que en días anteriores y posesionado de las alturas que dominan el paso del río Jiguaní, trató de impedirlo á nuestras fuerzas, pero su intento fué deshecho por los flanqueos que oportunamente dispuso el Jefe de la columna y los certeros disparos de artillería protegiendo esos flanqueos. Conseguido el paso, se continuó sin novedad hasta la Cruz del Yarey, donde volvieron á presentarse los rebeldes, aunque con menor resistencia, siendo, como antes, vencidos. No obstante, parecían dispuestos á seguir estorbando la marcha, y así lo demostraron al llegar la columna á las ruinas del que fué poblado de Baire; allí esperaban apostados y rompieron, al divisar la columna, nutrido fuego de fusilería, que apagó el rápido avance de nuestra vanguardia, obligándolos á retirarse en vergonzosa y precipitada fuga. De estos encuentros resultaron el Coronel don Manuel Ruiz, segundo Jefe de la columna, herido, y muerto el caballo que montaba, cuatro soldados muertos y cinco heridos. Sin más novedad acampó y pernoctó la columna en Baire.

Las altas hierbas que en casi todos estos días, cubriendo por

completo al soldado y estorbando su paso, desarrollaban á la vez un calor sofocante que hacía sumamente enrarecido el aire que se respiraba y cerraban á la par el camino, que era preciso abrir con gran trabajo, obligando á que las marchas fuesen con frecuencia penosísimas y de á uno; la repetida lluvia que no sólo empapaba las ropas, si que también encharcaba el suelo haciéndolo resbaladizo y proporcionando pasos difíciles á la numerosa impedimenta; los enfermos que ocasionaban las inclemencias del tiempo y el rudo trabajo de estas operaciones; el crecido convoy de camillas, la consideración de encontrarse la columna á más de la mitad de la jornada, y sobre todo, la muy importante de haber llegado á lugar donde se desorientaba al enemigo que no podía apreciar qué dirección tomarían nuestras fuerzas por ser tres los caminos que desde allí hay en dirección á Cuba, eran razones que tuvo muy en cuenta el Jefe de la columna para determinar el suspenso de la operación en el día 29, ordenando fuese de descanso. Así resultó en cuanto á fatiga, pero constantemente hostilizados por el enemigo, resultando otros tres heridos.

#### LA MANTONIA

Al amanecer del día 30 se levantó el campamento de Baire, y tomando dirección á Palma Soriano, para dejar allí heridos y enfermos, se hizo la marcha hasta Mantonia, donde se acampó y pernoctó pasando por la Ratonera, Arroyo Doncella y río Contramaestre.

Antes de desarrollarse la columna por el camino de la Ratonera, el enemigo, convenientemente apostado y atrincherado, rompió el fuego, que se contestó y apagó por las primeras fuerzas que salieron del campamento. Comprendiendo el Jefe de la columna que éstos se repetirían, y con el fin de evitar bajas, cumpliendo así además con lo ordenado en el repetido cablegrama del excelentísimo señor General del cuarto Cuerpo de

Ejército, dispuso cambiar de camino, y burlando de este modo las emboscadas, llegaron nuestras fuerzas á la loma de la Doncella, paso obligado precedido de estrecho callejón y barranca difícil después, con posiciones á su frente que ocupaban los rebeldes, á quienes arrolló la vanguardia con decisión y sin contestar al fuego. Reconcentrada la columna después del paso de la Doncella, se preparó para el del Contraamaestre, donde el enemigo esperaba, según él mismo anunció en escritos de desafío y amenazas que dejó en el camino. El Teniente Coronel de Alcántara, don Baldomero Barbón, Jefe de la media brigada de vanguardia desde la herida del Coronel Ruiz, dispuso convenientemente sus fuerzas en perfecto orden de combate, y avanzó resueltamente. Soberbias posiciones dominaban el camino claro y despejado que forzosamente debía seguir la columna desde su salida del monte, guardando armonía con el ancho cauce del Contraamaestre y sirviendo de complemento á todo esto una rápida y tortuosa subida que daba acceso á la orilla opuesta. Sin más abrigo que el de la crecida hierba, que como siempre interrumpía la marcha, sin más trinchera que sus pechos, avanzaron serenos y con el mayor orden posible aquellos bravos soldados con su Jefe al frente aceptando el reto que se les había dirigido. No mintieron los contrarios; allí estaban en gran número ocupando aquellas posiciones tan ventajosas, que hubieran resultado inexpugnables de ocuparlas quien hubiera sabido defenderlas; pero poco atentos para el duelo, fueron sorprendidos por nutrido fuego de fusilería y oportunos disparos de artillería, que quebrantando su parte moral los desorganizó, sin que el rápido avance de nuestras fuerzas, que se lanzaron al arma blanca, les permitiese rehacerse. Con escasa resistencia, pues poco fuego pudieron hacer, y seguramente con bastantes bajas, se retiró el enemigo, dejando dueños del campo y de sus posiciones á los que, conociendo bien los sagrados deberes que impone el honor, supieron recoger el guante que se les arrojaba, y despreciando peligros y sin medir fuerzas, mar-

charon sin titubear en busca de la muerte conque se les amenazaba. Pasado el Contramaestre, y atravesando después por extensos potreros, llegó la columna á la finca conocida por La Mantonia, en cuyos terrenos infinidad de bohíos de todos tamaños, y grandes y recientes rastros, denunciaban la existencia de mucho enemigo. Efectivamente, éste no se hizo esperar, pues al entrar las primeras fuerzas de la vanguardia en aquel extenso campamento, con nutridísimo fuego trató de impedir el avance, sosteniéndose en la linde de un monte firme, desde donde, atrincherado, batía un trayecto de 1.200 metros que al descubierto era preciso atravesar, imposibilitando la hierba todo despliegue y el avance de la Caballería. Por orden del Teniente Coronel Barbón, con decisión, con paso ligero y sin contestar al fuego, avanzaron las dos compañías de vanguardia del batallón de Alcántara al mando del Comandante don Francisco González, quien perfectamente hecho cargo de la posición contraria, siguiendo por el único trillo utilizable, envolvió la posición por su flanco izquierdo, obligando con repetidas descargas que se cruzaban con las pocas que podía hacer la columna, á que el enemigo abandonase sus trincheras, dejándonos en su retirada muchas municiones sin disparar, sistema Remington en su mayor parte.

En los rudos combates de este día resultaron el Capitán de Alcántara don Jenaro Ramiro y nueve individuos de tropa heridos, con cinco muertos.

#### AGUACATE

Al amanecer del día 1.º de julio se emprendió la marcha sin novedad hasta el paso del río Guarinao, por las Lajas, punto de posiciones ventajosas ocupadas por el enemigo, que sin gran resistencia fué batido y dispersado por la fuerza de nuestra vanguardia. Pasado el Guarinao, y destacados flaqueos que sorprendieron dos emboscadas, siguió la columna soste-

niendo insignificantes tiroteos con parejas exploradoras ó pequeñas avanzadas, que hacían suponer la existencia de grueso enemigo y no muy distante. Los hechos demostraron después que no padecieron error los que hicieron estas hipótesis. En efecto, llegó la columna á un lugar escarpado y dominado por alturas de rápida y despejada subida, que, formando anfiteatro, ocultaban en su centro extenso campamento de guano y de reciente construcción, suficiente para dar albergue á más de 2.000 hombres. Una rápida ojeada bastaba para comprender que era el sitio más apropiado para una emboscada. Haciéndose cargo de esto el señor Coronel Escario y tomando precauciones, dispuso que siguiese el avance de la columna, haciendo que la artillería tomase posiciones. Apercibido el enemigo, no esperó á que se le sorprendiera, y pretendiendo aprovechar el tiempo, rompió el fuego desde la loma del Aguacate, en que tuvimos situado el heliógrafo, y las contiguas de derecha é izquierda, en una línea extensísima y atrincherada. Como en un campo de instrucción desplegaron nuestros soldados, y con fuego, avanzando, entraron en combate las dos terceras partes de la columna, sin que aquella verdadera lluvia de plomo, que á su paso sembraba la muerte, fuera suficiente para hacerlos retroceder ni aun detenerse. Avanzando serenos y con heroico arrojo, protegidos por los repetidos y acertados disparos de la artillería, y guiados muy hábilmente por sus Jefes, al grito de «¡viva España!» y á la bayoneta, tomaron simultáneamente aquellas alturas de tan difícil y peligrosa subida, haciendo retirar tan precipitadamente al enemigo, que no pudo recoger la mayor parte de sus bajas, y dejó en nuestro poder 17 muertos y municiones de distintos sistemas y reciente construcción. Momentos hubo durante el combate en que la tenacidad de los contrarios y lo bien ordenado que lo llevaban hicieron creer que podía ser columna nuestra. Corrió rápida esta noticia, llegando á oídos del señor Coronel Escario, quien, temeroso de que así fuese, ordenó se suspendiese

el fuego, y trató de darse á conocer con toques de corneta. Esta precaución resultó estéril, y convencido dicho Jefe de que se batía con fuerzas rebeldes, dispuso siguiese el ataque y toma de sus posiciones. Haciendo, en justicia, al enemigo el honor de que defendió con tenacidad y buena dirección sus posiciones, que supo elegir con acierto, hay que convenir en que estuvo este día á una altura poco acostumbrada, dando ocasión al más rudo de los combates sostenido durante la marcha de Manzanillo á Cuba, y digno de citarse entre los más sobresalientes de la actual campaña. Recogidas nuestras bajas, consistentes en siete muertos, un Teniente y 42 de tropa heridos, y reconocido el terreno donde grandes rastros de sangre denunciaban el duro castigo que llevaron nuestros contrarios y reorganizada la columna, se continuó hasta Arroyo Blanco, donde se acampó y pernoctó sin novedad.

#### ARROYO BLANCO Á CUBA

Desde Arroyo Blanco, donde acampó ayer la columna, se dirigió ésta á Palma Soriano, siendo preciso batir al enemigo que, ocupando buenas posiciones á derecha é izquierda del camino, quería detenerla á todo trance. Envolviendo á los contrarios por frente y flancos, se forzó siempre el paso, llegando á Palma Soriano á las tres de la tarde. En los fuegos en este día nos resultaron cuatro muertos y seis heridos.

Desde Palma Soriano, por heliograma enviado á San Luis, comunicó su llegada el Jefe de la columna al excelentísimo señor Teniente General, Comandante en Jefe del cuarto Cuerpo de Ejército en Santiago de Cuba, cuya autoridad, al contestarle, le hizo presente que por haber desembarcado numerosas fuerzas norteamericanas que rodeaban gran parte de la población, era de urgentísima necesidad el refuerzo de la plaza, escasa de defensores, por lo que le recomendaba que forzase en lo posible la marcha. Deseoso de cumplir lo que se le ordenaba

el señor Coronel Escario, á quien no se ocultaba además la necesidad de preparar al soldado para hacer el resto de la jornada con rapidez, mandó se leyese á las compañías la siguiente orden de la columna del 2 de julio del 98, en Palma Soriano.

«Soldados: Salimos de Manzanillo, porque el enemigo amagaba á Santiago de Cuba. Tenemos que correr en ayuda de nuestros compañeros, porque allí nos llama nuestra honra, que es la propia de nuestros padres.

»Yo, que me siento orgulloso de haber tenido la suerte de venir con vosotros en estos días en que la Patria nos exige doble energía y aliento, os dirijo dos palabras á fin de que sepáis estoy contentísimo de vuestro comportamiento, y para indicaros la necesidad de hacer un esfuerzo, dejando, como hasta aquí, bien puesto el nombre de nuestra querida tierra.

»Gritad, pues, conmigo: ¡Viva España! y marchemos adelante en busca de los que quieren saber lo que vale cada uno de vosotros. La victoria es nuestra.—Vuestro Coronel.—*Escario.*»

Dispuso que, después de tomar abundante y nutritivo rancho, descansasen la tropa; y así se cumplió hasta las dos de la noche del mismo día, en que se tocó diana, y organizada inmediatamente la columna, continuó la marcha, que los soldados procuraban acelerar todo lo posible, sin más estímulo que el impuesto por el deber, á cuyo cumplimiento los llamaba el constante cañoneo que desde muy temprano se oía á larga distancia y en dirección á Cuba. Con ligeros tiroteos durante el día, sin comer ni descansar, lograron estos dignos patriotas dar vista desde el puerto de Bayamo á la capital de Santiago de Cuba. Allí se supo que en aquel día nuestra Esquadra, forzando el paso del canal dominado por la americana, había salido en busca de la muerte que está reservada á los héroes.

Eran de diez á once de la mañana del 3, y al notar el vivo cañoneo hacia la plaza, el Coronel Escario organizó una columna volante, con objeto de que ganase cuanto pudiese en la mar-

cha, dejando al resto de la columna con la impedimenta y bajo las órdenes del Coronel Ruiz Rañoy, para que prosiguiese inmediatamente después.

Formóse la columna volante con el primer batallón de Isabel la Católica, al mando del Comandante Torrecilla y 30 individuos por compañía de los más fuertes, toda la Caballería y las dos piezas de Artillería. El mando de esta columna se le confió al Teniente Coronel de Alcántara don Baldomero Barbón.

Avanzó esta columna hasta Puerto Bayamo, desde cuyo punto el Coronel Escario se adelantó á la plaza con una sección de Caballería, llegando á las tres de la tarde. La columna volante llegó á Santiago de cuatro á cuatro y media, y el grueso, con la impedimenta, de nueve á diez de la noche.

Aquellos dignos Jefes, Oficiales y sufridos soldados; aquél puñado de valientes, que venciendo siempre al tenaz enemigo que pretendía detenerle, sobreponiéndose á las inclemencias del tiempo, y haciéndose superiores á las enfermedades y fatigas, acababan de realizar, para llegar al puesto de honor, un supremo esfuerzo, atravesando siempre victoriosos los Alpes de Cuba. Por eso no es extraño y es muy natural, que á la vista de la población, con el sombrero en la mano y lágrimas en los ojos, dejaran salir por sus labios un grito unánime de «¡viva España!» nacido espontáneamente para la Patria, allá en el fondo de aquellos nobles corazones. En toda la operación tuvo la columna un Coronel, dos Oficiales y 68 individuos de tropa heridos y 27 muertos, habiendo consumido 28.670 cartuchos Maüsser y hecho 38 disparos de artillería.

A las diez de la noche entraba en Santiago de Cuba la extrema retaguardia, y fueron los batallones inmediatamente alojados en las trincheras que á cada uno había señalado el Estado Mayor, para, desde entonces, contribuir con las fuerzas de la guarnición á la defensa de la plaza.

Santiago de Cuba, 3 julio 1898.

La columna pasó á ocupar las siguientes posiciones:

Posición Canosa: en el punto más avanzado Teniente Coronel D. Baldomero Barbón.—Batallón Alcántara el que relevó á Asia.

Fábrica de fósforos: Batallón Isabel la Católica.—Comandante, D. Luis Torrecilla.

Campo de Marte: El otro batallón.—Idem D. Eugenio Briceño.

Dos caminos del Cobre: Cazadores Puerto Rico.—Teniente coronel, Sr. Arana.

Plaza de toros: Andalucía.—Comandante D. Julián Llorens.

*Día 9.*—Fué relevado Alcántara por la penosa situación que ocupaba, por seis compañías de Isabel la Católica, una de Asia, una de guerrilleros, mandados todos por el Teniente Coronel don Baldomero Barbón, y reforzada esta línea, día 10 mañana, por dos compañías de Alcántara.

*Día 10.*—Cazadores Puerto Rico. Se replegó á la población.



---

## XXXI

En la plaza y en la bahía.

*Día 5.*—Los buques de costumbre bloqueando el puerto.

La mayor parte de la población abandona la ciudad, huyendo del bombardeo.

Los vapores mercantes encienden sus máquinas.

Dice el Morro que hay 28 buques á la vista, mercantes y de guerra. Faltan el *Oregón* y el *Brooklyn*.

En la población, desiertas las calles y todas las casas cerradas.

*Día 6.*—Los dos cañones Krupp de á nueve de Punta Gorda se quitaron para emplazarlos en el recinto.

Señalaron un buque de guerra alemán por el S.

Mr. Mason, con bandera de parlamento, fué á comunicar con él en el remolcador *Colón*; pero cuando llegó á la boca ya se había ido el buque.

A las cinco el General Toral recibió aviso del General Shafter de haber terminado la suspensión de hostilidades (armisticio.)

Fueron canjeados Mr. Hobson, el Teniente de navío del *Merrimac* y los siete marineros.

En la Escuadra americana, hay unos 1.100 prisioneros de la española: entre ellos, sobre 300 heridos.

*Día 7.*—Se supo que los prisioneros de nuestra Escuadra se mandaron á los Estados Unidos.

Desembarcaron los dos cañones del *Méjico*, de 42 centímetros, con objeto de emplazarlos en el recinto, y se sacaron los 40 fusiles Maüsser que también tenía. No se pudieron emplazar.

*Día 8.*—La Escuadra enemiga continúa bloqueando.

Se dió orden por la Comandancia de Marina, á los Capitanes de los vapores mercantes, de echar sus buques á pique.

Se dispuso una casa particular para los enfermos y heridos de la Escuadra. Los buenos se mandaron al cuartel de Bomberos.

*Día 9.*—La Escuadra enemiga á la vista, como de ordinario.

Orden del General Toral de que los vapores mercantes rellenen sus carboneras en los muelles de las Cruces y del Ferrocarril.

Los heridos y enfermos de la Escuadra se trasladan del *Méjico* á la casa que se habilitó para hospital, en el plan de la Marina.

El día 4 el General en Jefe Shafter, notificó á los Cónsules que la ciudad iba á ser bombardeada, con objeto de que pudieran salir los que no formasen parte de la guarnición. A petición de los mismos, por falta material de tiempo para poder salir las familias, se prolongó veinticuatro horas el plazo.

El pánico fué general, y al amanecer del día siguiente, 5, la población, casi en masa, salió en dirección del Caney con objeto de evitar un bombardeo que todos supusieron horroroso, sin dejar, como suele decirse, piedra sobre piedra.

Los vapores, llenos de gente, se enmendaron y fueron á las Cruces á Cinco Reales y á todas las ensenadas de la costa E. de la bahía, donde se creyeron más resguardados y seguros, y en toda ella se establecieron verdaderos campamentos al abrigo de los montes. Puede asegurarse que en la ciudad no quedarían 5.000 habitantes. Cerráronse todas las puertas y ventanas, y Cuba ofreció el mismo aspecto que debieron ofrecer Pompeya y



UNA CALLE DE SANTIAGO DE CUBA.

Herculano. Ni un solo comercio abierto, ni siquiera una farmacia. El abandono y la soledad eran completos.

Algunos caballos andan sueltos por la población, arrancando la hierba que crece al lado de las aceras. Muchos perros permanecen constantemente en los portales de las casas que sus dueños han abandonado, sin tener qué comer y sin tener qué beber, que es mucho peor. De noche ladran sin cesar, haciendo más imponente el cuadro, que ya lo es bastante. He ido desde la Capitanía del puerto al Hospital Militar varias veces, esto es, he atravesado la población de un extremo á otro, sin ver una sola puerta abierta ni encontrar una sola persona en las calles ó plazas, si se exceptúa algún guerrillero ó una que otra pareja de la Guardia Civil. La soledad y el silencio son absolutos.

De noche, la ciudad impone verdaderamente. Oscuras sus calles, cuyos faroles no se encienden, como boca de lobo, no es posible cruzarlas sin exponerse á tropezar continuamente. Algunos guerrilleros, aprovechando las circunstancias, abren algunas tiendas y casas abandonadas, que saquean. Ejemplo, la de la familia de mi amigo el señor Comandante Ros, Gobernador del Morro, situada en la calle de San Tadeo, que ví por mis propios ojos: no dejaron nada entero, y á él sólo con la ropa puesta y veinte pesos que llevaba encima. Los autores, que fueron cogidos infraganti, eran cuatro guerrilleros. Hablo con perfecto conocimiento de lo ocurrido y, como se ve, cito ejemplos y no de personas desconocidas.

Esos hechos no tienen disculpa, y no seré yo quien trate de atenuarlos; pero justo es también decir, en honor de la verdad, que el soldado, que apenas comía, que había poca agua y pasaba día y noche en las trincheras, no encontraba en la ciudad, cuando por rareza iba á ella, quien le diera un triste vaso de agua, y si compraba una lata de sardinas ó una galleta de las que el comercio ocultaba, pedíanle seis por lo que valía uno, y seguían explotándolo (no encuentro otra palabra) sin pudor y sin compasión.

Además, preciso es añadir también que tales abusos, que fueron reprimidos apenas empezaron, gracias á las parejas y patrullas que recorrieron la ciudad de día y de noche, no fueron cometidos por la tropa, salvo algunos hechos aislados como el del señor Ros: fuéronlo por los vecinos, aunque se les achacaron á aquéllos, que sabían el modo de introducirse en las casas sin forzar la puerta principal. Mil ejemplos pudiera citar que convencerían al más incrédulo, y que omito en obsequio de la brevedad. Gracias á la energía desplegada por el General Toral, encendiéronse, al fin, los faroles, y ya fué posible aventurarse de noche por las calles. Como una prueba de las proporciones que llegó á adquirir el saqueo, copiaré el bando que se vió obligado á dar más adelante; el bando fué el siguiente:

«Don José Toral y Velázquez, General de división, Comandante General de la de Santiago de Cuba y Gobernador Militar de la plaza y provincia.

HAGO SABER:

En vista de los frecuentes robos que se vienen cometiendo en esta plaza, con ocasión de las excepcionales circunstancias en que se halla, á fin de reprimirlos, y en uso de las facultades que me concede el artículo 670 del Reglamento de campaña, vengo en decretar el siguiente

BANDO.

Art. 1.º Serán castigados con la pena de cadena perpetua á muerte, previa degradación con arreglo al art. 239 del Código de Justicia Militar, los militares que, desobedeciendo este Bando, destruyan ó incendien los edificios ó propiedades, ó cometan actos de violencia en las personas.

A los promovedores, y al de mayor empleo, les será siempre impuesta la pena de muerte.

Los reos de estos delitos que fueran sorprendidos infraganti, serán juzgados en juicio sumarísimo, con arreglo al artículo 649 del Código de Justicia Militar.

Art. 2.º Los paisanos que cometieran los mismos delitos, serán juzgados con arreglo al Código Civil vigente en esta Isla, aplicándoles la ley en todo su rigor por el Consejo de Guerra correspondiente.

Art. 3.º A todo aquel que al ser sorprendido en el acto no se entregue á la primera intimación, se le hará fuego.

Santiago de Cuba, 16 julio 1898.—*José Toral.*»

Como mi objeto es poner de manifiesto cuanto en Santiago de Cuba ha ocurrido, sin omitir lo más insignificante, para que pueda formarse juicio exacto de todo, debo hacer constar que, según me manifestó el Capitán de la Guardia Civil señor Romero, herido en el Caney el día 1.º por la tarde, donde había llegado por la mañana para encargarse de la Comandancia militar del mismo, hecho prisionero por los americanos, fué curado, atendido y tratado con todas las atenciones debidas á su clase y á su estado, y lo mismo los demás que en su caso se encontraban. Lo cual prueba que sólo el Gobierno de los Estados Unidos y los jingoes son los autores de la injusta guerra que sostenemos; pero no el pueblo en general y menos el Ejército, que desea, según han asegurado sus mismos Oficiales y sobre todo los soldados, termine cuanto antes.



## XXXII

### Combates y bombardeos de los días 10 y 11.

*Día 10.*—Los buques de costumbre frente al puerto. Se pidió por el E. M. del cuarto Cuerpo de Ejército un estado del personal y armamento de Marina, que se remitió.

Se notició por el General Shafter que las hostilidades quedaban rotas de nuevo desde las cuatro de la tarde.

A las tres ardió el caserío de Dos Caminos.

A las cinco se oyó un cañonazo disparado por la Escuadra.

Acto seguido un nutrido fuego de fusil que llegó á ser violentísimo.

La artillería de tierra hace fuego. La nuestra le contesta.

A las cinco y cuarto la Escuadra rompió el fuego sobre la costa.

A las seis y media cesó el fuego por mar y por tierra.

El enemigo abandonó dos trincheras.

*Día 11.*—La Escuadra vigila el puerto y Aguadores.

A las seis empezó en tierra el fuego de fusil muy lento. Se oyen algunos disparos de fusil.

A las ocho y media dos buques rompen el fuego sobre la población desde Aguadores. Algunos proyectiles caen en el fondo de la bahía, donde está el *Alvarado*.

Durante el día de ayer ingresaron 46 heridos en el Hospital Militar; hubo siete muertos.

A las dos de la tarde cesó el bombardeo.

A las dos y media cesó el fuego en el recinto.

A las cinco el enemigo izó bandera de parlamento en el fuerte San Juan.

De noche se vieron muchas fogatas en las alturas próximas al cementerio y al fondo de la bahía (al NO.)

El cañonero *Alvarado* pidió permiso para hacer fuego. Se le negó á causa de la tregua.

El día 10 el enemigo, atrincherado ya, y posesionado de todas las alturas vecinas, donde emplazó artillería numerosa y moderna, rompió á las cinco de la tarde un vivo fuego de fusil y de cañón sobre una gran extensión de nuestra línea. La artillería contestó con tesón, pero casi no se hizo de fusil: pues se había dado orden, y se cumplió, de economizar las municiones á toda costa.

Dos horas antes nuestras avanzadas se replegaron hacia la ciudad, abandonando la posición demasiado avanzada de Dos Caminos del Cobre, incendiándola antes.

La Escuadra, al propio tiempo, hacía fuego sobre Aguadores y puntos limítrofes de la costa y sobre nuestras líneas. El combate se redujo á fuego de trincheras; no obstante, como el enemigo era muy numeroso y sus líneas estaban á pocos metros de las nuestras, tuvimos siete muertos y 47 heridos.

Durante él, los americanos abandonaron dos trincheras, que no pudieron sostener porque estaban flanqueadas por las nuestras.

A las ocho y media del siguiente día, la Escuadra bombardeó la ciudad desde Aguadores, cuyo acto se había notificado desde el día 4. Como digo, los buques de la Escuadra, turnando de dos en dos, hicieron fuego con bastante lentitud, y sólo hasta las dos y media de la tarde; y no obstante esto, 59 casas sufrieron desperfectos de gran consideración. Una

granada atravesó un fonducho de la calle de San Basilio, donde cayó y explotó, y un casco cortó en dos partes una columna de hierro de un almacén de víveres, penetrando en una casa de la calle de la Marina, después de agujerear la pared. Otra granada penetró en el número 8 de la calle alta de Santa Lucía, destrozando el patio y una habitación. En el almacén de víveres de los señores Branet, por la calle de la Fundición, cayeron dos de 20 centímetros (casi todas eran de ese calibre y de 16), sólo una explotó, causando grandes destrozos. El caso más notable de todos fué la casa del señor Marcané, en la plaza de Santo Tomás. Una sola granada la arruinó completamente. No se comprende, en verdad, cómo puede un solo proyectil hacer lo que hizo aquél.

Entre el jardín de la Alameda y la estación del ferrocarril, ó sea en una extensión de unos 800 metros, cayeron 23 proyectiles; muchos no hicieron explosión; uno de ellos atravesó una salvadera (árbol de los que adornan aquel paseo) cual pudiera haberlo hecho una barrena. En la fábrica de hielo cayeron dos, y tres en la estación del ferrocarril; cerca de los muelles cayeron muchas, y más aún cerca del sitio en que estaba fondeado el cañonero *Alvarado*.

Como la ciudad estaba casi abandonada, no hubo que lamentar desgracias personales.

Mientras tanto, el enemigo siguió hostilizando nuestras líneas para obligar al soldado á consumir las pocas municiones que quedaban; pero se había dado orden de no contestar al fuego, y no se hizo casi de fusilería; sólo se contestó con fuego de artillería, hecho con la lentitud que tenía que hacerse, con cañones antiguos. El enemigo, en cambio, sigue recibéndola moderna sin cesar y emplazándola con rapidez. Estamos dentro de un círculo de fuego, y aun cuando la frase está ya muy gastada, no encuentro otra que mejor pinte la situación.

A las cinco de la tarde el enemigo arboló bandera blanca en el fuerte de San Juan y se recibió un parlamentario.

Aunque no es propio de este momento, voy á hacer una observación. Se ha preguntado mucho por qué la Escuadra del General Cervera, cuyo objeto era burlar el bloqueo y sustraerse á la enemiga, no salió de noche.

Como es natural, el General no se dignó decirme las razones que para ello tuvo; pero fácil es comprenderlo.

La Escuadra enemiga vigilaba constantemente la entrada del puerto con sus proyectores eléctricos, iluminándola cual si fuera de día: es, pues, indudable que hubieran sido vistos lo mismo. En cambio la salida, que aun de día es difícilísima, de noche y deslumbrados con los reflectores hubiera sido punto menos que imposible y hubiera sobrevenido irremisiblemente una catástrofe. La salida de noche era impracticable: era indispensable efectuarla de día; por lo menos, si el enemigo nos veía, nosotros lo veíamos á él también y se tenían muchísimas más probabilidades de no varar en la canal. Con lo expuesto creo comprenderá cualquiera, aunque sea profano en la materia, por qué el General Cervera no salió de noche.

Como prueba de lo que antecede, diré que la noche que se echó á pique el crucero *Reina Mercedes*, los buques enemigos lo cañonearon con la misma seguridad que si hubiera sido de día.

Para mejor conocimiento de los sucesos y combates de los días 10 y 11 de julio, copiaré á continuación el parte del Teniente Coronel señor Barbón, y el que al General Escario dió el Teniente de Artillería señor Moreno, así como el estado de los disparos que hicieron nuestros cañones en dichos días.

Basta pasar la vista por el estado de referencia para ver, desde luego, que el primer día se pudieron hacer 167, y el segundo, ó sea el día 11, sólo 35, á causa de los cañones que el enemigo nos desmontó é inutilizó: basta una sencilla proporción para comprender que al día siguiente ni una sola pieza hubiera podido probablemente hacer fuego. Ante tales pruebas, huelgan comentarios.

«Encargado de las fuerzas establecidas á la derecha del ingenio titulado *El Sueño*, en las alturas y cañadas que baten las avenidas del Caney, Canosa, Caminos del Pozo y San Juan, compuestas de seis compañías del regimiento de Isabel la Católica, dos del batallón de Alcántara, una del de Asia y otra de Guerrillas para camilleros, participo á V. S. que á las cuatro y media del día de ayer el enemigo rompió nutridísimo fuego de cañón, ametralladora y fusil sobre nuestras posiciones, sin atreverse á iniciar ningún movimiento de avance, infundida esta prudencia, sin duda alguna, por el respeto que inspiraba nuestro sepulcral silencio ante el atronador estampido de la diversidad de sus cañones, pues sólo diez tiradores, convenientemente situados, tenían la orden de hacer fuego á una trinchera que batían de flanco, y desalojaron al cuarto de hora de hacerlo. Al oscurecer, siete y media de la tarde, el enemigo cesó el fuego.

»En el día de hoy, á las seis y media de la mañana, rompió otra vez el fuego el enemigo, sin que por nuestra parte se gastara un solo cartucho, continuando el adversario en la misma actitud del día anterior, sin salir de sus trincheras, hasta las cuatro y media de la tarde que cesó y pidió parlamento.

»Las bajas tenidas por nuestra parte son: el día 10, seis muertos y 29 heridos, y en el de la fecha, un muerto y cinco heridos y un contuso; total en los dos días, 42 bajas.

»Por lo expuesto apreciará se han cumplido exactamente sus superiores órdenes de no disparar hasta que el enemigo saliese de sus trincheras para atacar.

»Réstame tan sólo añadir que todas las fuerzas, sin excepción, cumplieron como buenos, llenos de entusiasmo y con exceso sus deberes, siendo repetidas las veces que recomendé se ocultaran para evitar bajas inútiles, operación que se me hacía difícil, y que nada tiene de extraño, al tratarse de individuos que en tres años de campaña por primera vez se veían encerrados en trincheras y á la defensiva.

»No llenaría mis deberes de ser justo al no significar á V. S. se excedieron derrochando valor, á la par que pericia, demostrando dotes de mando, el Comandante don Luis Torrecillas del Puerto y los segundos Tenientes don Tomás Cano y don José Fernandino Gamboa, los dos primeros del regimiento Isabel la Católica y el último del batallón de Alcántara, á los que, con arreglo al párrafo primero del art. 10 del Reglamento de recompensas, considero acreedores al empleo inmediato, y propongo á V. S. para ser sometidos á juicio de votación.—Santiago de Cuba 11 Agosto 1898.—*Baldomero Barbón.*»

Copia del parte dado por el primer Teniente encargado de la Artillería del Sector que se cita:

«Artillería, plaza de Santiago de Cuba, Sector del Portillo del Caney á San Antonio.—Excelentísimo señor: Roto por el enemigo el fuego en el día de ayer á las cuatro y tres cuartos de la tarde, las baterías de este Sector se ocuparon en apagarlo, ó por lo menos disminuirlo en lo que fuese posible, dado el escaso efecto útil de las piezas que los guarnecen, en su mayor parte cañones á cargar por la boca, y el reducido calibre de las cuatro únicas que por pertenecer á modernos sistemas pueden sostener el tiro con precisión y rapidez. Las baterías del enemigo, según se ha observado en días anteriores mediante el anteojo, y hemos visto hoy prácticamente por sus fuegos, son bastante numerosas, se encuentran perfectamente emplazadas sin dejar ningún espacio muerto, y ocupan posiciones muy dominantes á las nuestras, encontrándose por esto último en condiciones apropiadas para obtener gran éxito en sus punterías y mucho efecto moral en nuestras tropas, molestadas casi verticalmente por la metralla dentro de las trincheras. Las piezas que guarnecen estas baterías son de pequeño y mediano calibre, según se ha visto por el tamaño de sus proyectiles, y la configuración de éstos da á entender que aquéllos son cañones de retrocarga, teniendo sólo por este hecho grandísimas ventajas sobre los nuestros. Algunos tiran proyectiles cargados con

dinamita, pero se ha visto que éstos son de poca precisión, aunque mucho efecto útil cuando explotan. En el momento de romperse el fuego de fusilería y ametralladoras, apenas contestado por la plaza, dió también principio el de Artillería, y como el efecto de las granadas comenzaron á sentirse á los primeros disparos, fué preciso que hiciésemos lo que de nuestra parte estaba para disminuir el cañoneo. Se empezó el fuego en todo el Sector al mismo tiempo con la rapidez que á cada pieza le es permitido, menos en las Plasencia, que si hubieran continuado con la rapidez con que comenzaron los artilleros, ávidos de hacer daño al enemigo, hubiésemos consumido todas las municiones en dos horas. Todos los disparos se hacían bajo la acción de un nutrido fuego de fusil y ametralladora, dirigido especialmente á las baterías con el aparente fin de no dejarnos salir de las zanjas para cargar y apuntar las piezas. En vista del nutridísimo fuego de Artillería que se hacía desde la plaza, el enemigo moderó un tanto el suyo, especialmente en el Sector comprendido entre el Níspero y San Antonio, no quedando hacia las seis de la tarde, haciendo fuego digno de atención, más piezas que las emplazadas frente al Portillo del Caney. Tal circunstancia fué favorabilísima para nosotros; el alarde de Artillería que hicimos en los primeros momentos, contuvo el rápido fuego del enemigo en la mayor parte de la línea, y si así no hubiera sucedido nos hubiésemos visto precisados á guardar silencio ante sus baterías, puesto que de las doce piezas de distintos calibres que guarnecen los del Níspero, Sueño, Santa Inés y San Antonio, solamente nos quedaban á la mencionada hora tres cañones de ocho centímetros y dos de 16; los demás habían quedado fuera de combate, en su mayoría por inutilizarse las cureñas. Las baterías del Portillo del Caney siguieron contestando el fuego que sobre ellos en especial se hacía sin tregua de un momento, y en una de las mismas he sido testigo presencial de un hecho digno de ser mencionado. Un cabo apuntador de una pieza de ocho centímetros

Plasencia, cuyo Jefe había sido herido anteriormente, fué atravesado por un brazo, y continuó apuntando por miedo á creer que no había quien pudiese relevarle, hasta que, efectuado el relevo, se le obligó á retirarse al Hospital de sangre más próximo; al propio tiempo un artillero salía corriendo con un mulo en dirección al cuartel de Concha, atravesando el nutrido fuego de fusilería y ametralladoras, y gritando ¡viva España! por en medio de las calles, para reponer las granadas ordinarias de dotación de la pieza, consumidas en los primeros disparos. Estos hechos, y otros análogos que indudablemente habrán ocurrido en el resto de la línea y en las trincheras, dan á entender, mi respetable General, que con la posición dominante de sus baterías, había conseguido el enemigo mayor certeza en sus punterías, pero en manera alguna disminuir el ánimo de nuestro soldado, siempre sereno ante el mayor peligro, hasta el último momento. A las siete de la tarde terminó el fuego, quedando para el día de hoy en muy malas condiciones, porque según he manifestado á V. E., solamente dos cañones de 16 centímetros, tres de ocho del mismo sistema, dos Plasencia de ocho centímetros y dos de 75 sistema Krupp de tiro rápido, son las piezas con que cuenta la defensa, y para ello la mayoría de las cureñas, de las antiguas, están algo resentidas.—Además del cabo herido que he mencionado, perteneciente á la segunda sección de la primera batería del quinto regimiento de Artillería de Montaña, y cuyo nombre es Tomás Díaz Rodríguez, lo han sido igualmente el sargento de la misma sección, Ignacio Jiménez Rodales, que también servía las piezas Plasencia, y el agregado del regimiento de Cuba, Antonio Patorrié, que se encontraba en la batería del Nispero, y muerto el movilizado Juan Benito Castro, que se hallaba en la batería del Sueño.--A las cinco y media de la mañana del día de hoy se inició el fuego por algunos disparos de fusilería, y pocos minutos después el combate con la artillería.—No eran solamente las baterías que disparaban ayer las que tiene



**ENTRADA DEL CAMINO DEL CANEY.**

el enemigo: posee además cañones, ó quizá obuses, de grueso calibre, que emplazados á considerable distancia de la plaza, y cubiertos por las lomas, nos hacían un nutrido fuego sin que fuese posible contestarle. Ayer se divisaban los fogonazos de las baterías emplazadas desde el Portillo del Caney hasta San Antonio, y hoy no se ven más que tres frente al mencionado Portillo: las demás tiraban completamente ocultas, sin que pudiéramos ni aun disminuir la tranquilidad conque nos apuntaban; se conoce que ayer les hicimos algún daño, y que han tomado para hoy la determinación que he dicho.—Únicamente dos disparos en Santa Inés y otros dos en San Antonio se hicieron por la mañana, y el resto del día sólo ha podido tirar la batería de ocho centímetros Plasencia, la de 7'5 Krupp de tiro rápido, emplazadas en el Portillo del Caney y Palomar respectivamente, las cuales tenían enfrente tres baterías enemigas de nueve centímetros, á distancia de 1.100 metros de la primera y 1.600 de la segunda.—Desde el primer momento se vió que el enemigo tenía por objetivo cañonear la población; así es que su nutridísimo fuego iba completamente dirigido contra el mencionado blanco; ayer tomaron exactamente la distancia desde sus baterías á los principales puntos de la capital, y hoy, utilizando las referencias de ayer y sustituyendo la escuadra al ojo del apuntador, ponían las granadas en el sitio donde querían, haciendo recorrer trayectorias casi idénticas á las procedentes de la misma batería. Únicamente, repito, teníamos tres á la vista, y contra estas tres rompimos el fuego á las seis de la mañana con las piezas de tiro rápido.—Cuando se hizo el primer disparo cambió parcialmente el objetivo del enemigo, y tanto la batería mencionada, como alguna otra de las ocultas, dirigieron sus fuegos contra el Palomar, sin que pudieran hacer blanco en las piezas de tiro rápido hasta las diez de la mañana, porque dicho material, de reducidas dimensiones, en batería enterrada y con escasísimo humo en sus disparos, apenas se hace visible al enemigo. Cuatro horas hicimos fuego sin que supié-

semos dónde estábamos, pero con mucha lentitud, porque es muy reducido el número de granadas ordinarias y de metralla con que cuentan las referidas piezas; pasadas esas primeras cuatro horas, á cada disparo contestaba el enemigo con ocho ó diez, que con precisión casi matemática, colocaba en la batería.—Otro tanto, pero en mayor escala, debido á la proximidad de las baterías contrarias y al buen blanco que presenta el humo desarrollado en cada disparo, ocurrió en la de cañones Plasencia.—Desde las ocho de la mañana que rompió el fuego, hasta las tres de la tarde, fueron los emplazamientos de las piezas verdaderos centros de impactos, puesto que siendo sólo dos nuestras baterías y muchas las del enemigo, cuando se hacía un disparo todas concentraban el fuego contra la que lo había hecho. Para poder disparar era necesario hacer creer al enemigo, valiéndose de medios artificiales, que la pieza había quedado fuera de combate, puesto que mientras tanto esto no sucedía era incesante el fuego de ametralladora y cañón dirigido contra la batería, haciéndose imposible la carga y puntería.—Como he manifestado á V. E., á las tres de la tarde terminó el fuego, y tanto en el día de ayer como el de hoy, he observado el mayor orden en todos los Oficiales, clases é individuos que se encuentran al frente de las diferentes baterías. — En la de cañones Plasencia fué herido el artillero segundo Antonio Escriba Escriba, perteneciente á la segunda sección de la primera batería del quinto regimiento de Montaña.—Entre ayer y hoy se han efectuado 16 disparos con los cañones de tiro rápido, 33 con los de ocho centímetros sistema Plasencia, 29 con los cañones largos de ocho centímetros, 63 con los cañones cortos de retrocarga de ocho centímetros, 10 con los de 16 centímetros de B. R. y 10 con los de 12 centímetros de bronce.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Santiago de Cuba, 11 de julio de 1898.—El primer Teniente, Comandante de Artillería del Sector.—*Juan Moreno.*

Los cañones que emplazaron los americanos en las baterías

del cerco pertenecían todos á modernos sistemas, con calibres 8, 9, 7 y 7'5 centímetros. Disparaban granadas de metralla en su mayor parte con el 10 por 100 de granadas ordinarias; también hicieron uso de las granadas minas cargadas con dinamita, pero no pasó el número de estos proyectiles del 5 por 100 de los arrojados sobre la plaza.

Las baterías más constantes en hacer fuego el día 10 fueron las emplazadas en las inmediaciones del camino del Caney, y dispararon entre todas unos 150 cañonazos con una velocidad media de 14 ó 16 disparos por hora y por batería. Entre los demás que cesaron de hacer fuego una hora antes que los anteriores, efectuarían próximamente 100 disparos.

El día 11 fué más sostenido el fuego de cañón, pero mucho más lento: todas las baterías dispararon próximamente lo mismo y efectuaron en conjunto unos 700 disparos.

### BATERIAS DEL RECINTO DE LA PLAZA DE SANTIAGO DE CUBA

|                  |   | NÚMERO<br>DE DISPAROS.             |    |   |   |  |
|------------------|---|------------------------------------|----|---|---|--|
|                  |   | —                                  |    |   |   |  |
|                  |   | DIAS 10                            | 11 |   |   |  |
| Fuerte Nuevo..   | } | Un cañón, bronce, 12 centímetros,  |    |   |   |  |
|                  |   | á cargar por la boca. . . . .      | 1  |   | » |  |
| Cañadas. . . . . | } | Un cañón, bronce, 16 centímetros,  |    |   |   |  |
|                  |   | ídem, íd. . . . .                  | 2  |   | » |  |
| Santa Ursula..   | } | Batería número 1. Dos cañones,     |    |   |   |  |
|                  |   | bronce, ocho centímetros, íd., íd. | 10 |   | » |  |
|                  |   | Ídem número 2. Dos cañones, largo, |    |   |   |  |
|                  |   | bronce, ocho centímetros, íd., íd. | 8  |   | » |  |
|                  | } | Ídem número 3. Dos cañones, bron-  |    |   |   |  |
|                  |   | ce, largo, nueve centímetros,      |    |   |   |  |
|                  |   | ídem, íd. . . . .                  | 16 | 6 |   |  |

|                      |   | NÚMERO<br>DE DISPAROS. |    |
|----------------------|---|------------------------|----|
|                      |   | DÍAS                   | H  |
| Portillo Caney.      | Batería número 1. Dos cañones, bronce, ocho centímetros, corto y retrocarga, sistema Plasencia. . . . . | 25                     | 10 |
|                      | Idem número 2. Dos cañones, bronce, largo, ocho centímetros, á cargar por la boca. . . . .              | 24                     | »  |
| Nispero. . . . .     | Batería número 1. Un cañón, bronce, 16 centímetros, id., id. . . . .                                    | 1                      | »  |
|                      | Idem número 2. Un cañón, bronce, 12 centímetros, id., id. . . . .                                       | 2                      | »  |
|                      | Idem número 3. Dos cañones, bronce, corto y retrocarga, ocho centímetros, id., id.. . . . .             | 30                     | »  |
| Sueño. . . . .       | Batería número 1. Un cañón, bronce, 16 centímetros, id., id. . . . .                                    | 3                      | »  |
|                      | Idem número 2. Un cañón, bronce, 12 centímetros, id., id. . . . .                                       | 2                      | »  |
|                      | Idem número 3. Dos cañones, bronce, corto y retrocarga, ocho centímetros, id., id.. . . . .             | 25                     | »  |
| Santa Inés. . . . .  | Batería número 1. Un cañón, bronce, 16 centímetros, id., id. . . . .                                    | 2                      | 2  |
|                      | Idem número 2. Un cañón, bronce, 12 centímetros, id., id.. . . . .                                      | 4                      | »  |
|                      | Idem número 3. Dos cañones, bronce, corto y retrocarga, ocho centímetros, id., id.. . . . .             | 10                     | »  |
| San Antonio. . . . . | Un cañón, bronce, 16 centímetros, ídem, id. . . . .   | 2                      | 1  |

NÚMERO  
DE DISPAROS

DIAS 10 11

Palomar. . . . . } Dos cañones, 7'5 centímetros, cor-  
to y retrocarga, Krupp, tiro rá-  
pido. . . . . } 16

En el fuego del día 10 quedaron fuera de combate: la pieza de la batería de Fuerte Nuevo, una de cada una de las baterías de Santa Ursula, las dos de la batería número 2 del Portillo del Caney, las de las baterías números 2 y 3 del Nispero, los de las baterías números 1 y 2 y una de los de la número 3 del Sueño, y la de la batería número 2 y una de las del número 3 de Santa Inés. En resumen, fueron inutilizadas: cuatro piezas de 12 centímetros, una de 16, ocho de ocho, sistemas antiguos, y una de nueve centímetros de retrocarga.

La pieza de nueve centímetros fué inutilizada por el enemigo, lo mismo que una de las de 12 (la del Sueño), y las demás por su uso, siendo la causa, que las piezas de 12 estaban montadas en cureñas de esqueleto que no les pertenecen y se rompieron al primero ó segundo disparo, y que las de ocho antiguos, aunque montadas en sus propias cureñas, como éstas son de madera y se encontraban mal conservadas, ocurría lo propio en cuanto se hacían algunos disparos; la pieza de 16 centímetros fué inutilizada por atorársele un proyectil.



---

## XXXIII

### Suspensión de hostilidades.

*Día 12.*—La Escuadra enemiga sigue á la vista.

El Arzobispo, escoltado por una pareja de la Guardia Civil de Caballería, salió de la población, regresando poco después.

El General Linares remitió al General en Jefe y al Ministro de la Guerra el siguiente cablegrama, que copio á la letra.

«Cablegrama oficial, 12 julio:

»Al General en Jefe y al Ministro de la Guerra.

»Aunque postrado en cama por acentuada debilidad y agudos dolores, me preocupa de tal modo situación estas sufridas tropas, que creo deber mío dirigirme á V. E. y Ministro de la Guerra, para exponer realidad cosas.

»Posiciones enemigas muy cercanas recinto plaza, efecto estructura terreno; las nuestras con desarrollo 14 kilómetros: tropas extenuadas, enfermas en proporción considerable, no ingresan hospitales por necesidad retenerlas en trincheras. El ganado sin pienso ni forrajes, en pleno temporal de lluvias: llevamos veinte horas sin cesar de caer agua en las zanj-trincheras, sin cubrir alojamiento permanente del soldado, que sólo come arroz y no puede mudar ni enjugar ropa. Bajas considerables, Jefes, Oficiales muertos, privan á la fuerza de la necesaria dirección en momentos críticos: en estas con-

diciones, imposible abrirse paso, porque al instante quedaría disminuído nuestro contingente en una tercera parte de hombres, que no podrían salir, y mermada en otra por bajas que produciría el enemigo, resultando, en fin, verdadero desastre sin conseguir, como V. E. desea, la salvación de once merma-dos batallones. Para salir protegidos por la división de Holguín, es preciso vengan á romper la línea enemiga, para, en combinación, romperlas estas fuerzas por otra parte. Para ello necesita Holguín emplear ocho jornadas y traer número de raciones que no podría transportar: fatalmente la situación se impone, la rendición es inevitable y únicamente lograríamos prolongar la agonía; el sacrificio es estéril, el enemigo lo comprende así, apercebido de nuestra situación, y bien establecido el cerco, agotará nuestras fuerzas sin exponer las suyas como lo hizo ayer, cañoneando por tierra por elevación sin que viéramos sus baterías, y por mar con la Escuadra, que tiene ya perfectas referencias y bombardea la plaza por sectores, con precisión matemática.

»Santiago de Cuba no es Gerona, plaza murada, terreno de la Metrópoli defendida palmo á palmo por sus propios hijos, sin distinción de ancianos, mujeres ó niños que alentaban, ayudaban y exponían sus vidas movidos por la idea santa de la Independencia, con la esperanza de socorros que recibió. Aquí la soledad, la total emigración del vecindario, así insular como peninsular, incluso los cargos públicos, con raras excepciones. Sólo queda el clero, que hoy pretende salir de la plaza con su Prelado al frente.

»Estos defensores no empiezan ahora una campaña llenos de entusiasmo y energía: vienen luchando hace tres años con el clima, privaciones y fatigas, y se presentan estas críticas circunstancias cuando ya no tienen aliento, fuerzas físicas ni medio de reponerlas. Les falta el ideal, porque defienden la propiedad urbana de los que, en su presencia, la abandonan, y de los que tienen enfrente, aliados á las fuerzas americanas.

»El honor de las armas tiene sus límites, y apelo al criterio del Gobierno y á la nación entera por si estas sufridas tropas lo han dejado á salvo repetidas veces desde el 18 de mayo que sufrieron el primer cañoneo.

»Si es necesario que se llegue al sacrificio por razones que yo desconozco, ó hace falta que alguien asuma la responsabilidad del desenlace previsto y anunciado por mí en diferentes cablegramas, yo me ofrezco lealmente en aras de mi Patria á lo uno y á lo otro, y me encargaré del mando para el acto de suscribir la rendición, porque mi modesta reputación vale muy poco tratándose de intereses nacionales.—*Linares.*»

*Día 13.*—Siguen los buques bloqueando el puerto.

De orden del Comandante de Marina fuí al crucero *Reina Mercedes* para conocer exactamente su situación.

Al cruzar la canal se vieron dos buques enemigos, pero á gran distancia.

El crucero, dentro del cual estuve, estaba sobre la restinga de la costa del Morro, completamente dentro del agua el costado de babor y fuera el de estribor, donde se ven, á flor de agua, los efectos de los proyectiles del enemigo. Está en la dirección de la canal; por consiguiente, en nada estorba la entrada y salida de buques. No creo que el enemigo pueda utilizarlo: pues además de las averías causadas por las granadas, la mar ha empezado á destrozar sus fondos.

Al regresar oí y hablé á muchos Oficiales de Voluntarios allí refugiados y vestidos de paisano.

En las conferencias con el enemigo no hubo acuerdo, y se decidió que al siguiente día cesaría la suspensión de hostilidades y el armisticio y continuaría el bombardeo.

Los marineros procedentes de la Escuadra que estaban en el cuartel de Bomberos, en número de 98, fueron á cubrir la fábrica de fósforos, cerca del gasómetro, mandados por el Alférez de navío señor Gómez.

Como se ve, durante los días 12 y 13 hubo suspensión de

hostilidades y se entablaron conferencias que, indudablemente, no condujeron á un resultado, y por el elocuente cablegrama del General Linares, que tan expresiva y tan exactamente pone de manifiesto el verdadero estado de esta ciudad, que no plaza, y la situación de sus defensores, puede colegirse que se desaprobaba una capitulación que se imponía, ya que la resistencia era imposible.

*Día 14.*—Fué hecho prisionero por los insurrectos el práctico mayor de este puerto, Apolonio Núñez, en Renté, situado al O. de la bahía. El Comandante de Marina lo puso en el acto en conocimiento del General Toral, y como la suspensión de hostilidades se había prolongado, éste, á su vez, lo puso en conocimiento del General Shafter, Jefe de las fuerzas americanas que operan delante de Cuba.

*Día 15.*—Fué devuelto el práctico Núñez, acompañado á la ciudad por soldados americanos.

Por la noche, y en el local ocupado por el Estado Mayor de la división, hubo junta de Jefes, y como consecuencia se levantó la siguiente acta:

«En la ciudad de Santiago de Cuba, á los quince días del mes de julio de mil ochocientos noventa y ocho, reunidos, previa citación, el excelentísimo señor General de división don José Toral y Velázquez, Comandante en Jefe interino del cuarto Cuerpo de Ejército, como Presidente; el General de brigada, don Federico Escario, el Coronel de la Guardia Civil, don Francisco Oliveros Jiménez, el Teniente Coronel del batallón de Asia, don José Cotrina Gelabert, el de la Constitución, don Juan Puñet, el de Talavera, don Pedro Rodríguez, el de Estado Mayor, don Ventura Fontán, el de Alcántara, don Baldomero Barbón, el de San Fernando, don Segundo Pérez, el del Provisional de Puerto Rico, núm. 1, don José Escudero, el de Artillería, don Luis Melgar, el de Cazadores de Puerto Rico, don Ramón Arana, el Comisario de Guerra de primera, don Julio Cuevas, el Subinspector de segunda, de Sanidad Militar, don



**UN FUERTE DEL RECINTO, CON SU GUARNICIÓN.**

Pedro Martín y el Capitán de Ingenieros, don Juan Díaz Muelas, todos como Vocales, y éste último como Secretario. El señor Presidente expuso que, aún no considerando á Santiago de Cuba como plaza de guerra y hallarse en comunicación directa con el excelentísimo señor General en Jefe, de quien recibía precisas instrucciones, y, por tanto, no proceder la reunión del Consejo de defensa de que habla el artículo seiscientos ochenta y tres del Reglamento de campaña, quería, sin embargo, conocer la opinión de dicho Consejo, constituido con arreglo á las prescripciones del referido Reglamento y los Tenientes Coronales de los batallones, por si, en vista de las circunstancias en que se encontraban las fuerzas defensoras de la población, convendría prolongar la defensa, ó, por el contrario, capitular en las más ventajosas condiciones. Considerando la Junta de que Santiago de Cuba no dispone de más obras de fortificación de carácter permanente que un castillo sin artillar en la boca del puerto y algunos fuertes sobre el recinto, de escasa solidez todos, constituyendo por tanto su verdadera y casi única defensa las zanjas-trincheras abiertas convenientemente sobre el perímetro de la población y otras obras de movimiento de tierras realizadas sobre ese mismo perímetro y posiciones más avanzadas con premura de tiempo y escasez de elementos; Considerando que para defensa de esa línea, no continuada, de trincheras, de unos catorce kilómetros de desarrollo, hay sólo disponibles unos siete mil infantes y mil guerrilleros, todos de servicio permanente en las trincheras, sin contar apenas con tropas para sostener, y por tanto sin reservas de ninguna clase, toda vez que el resto de la fuerza, hasta componer un total de once mil quinientos hombres, pertenece á otras armas y guarnece el Morro y las baterías de Socapa y Punta Gorda, está afecto á diferentes servicios, entre otros á la conducción de agua á todos los puestos, vigilancia de la población y cuantos hubieran podido prestar los habitantes de haber sido la ciudad leal, pero que hoy, por completo abandonada, tie-

ne irremisiblemente que atender á todo el Ejército; Considerando que, dada la extensión de la referida línea, situación sobre la misma de las fuerzas, dificultad de comunicaciones<sup>s</sup> y proximidad de las posiciones del enemigo á las nuestras se hace difícil que las tropas colocadas sobre la parte del recinto acudan rápida y oportunamente á otra que estuviera más amenazada; Considerando que en la actualidad no se dispone de más artillería sobre el recinto que cuatro cañones de bronce rayado de 16, uno de 12, uno de bronce comprimido de nueve, dos de ocho de bronce rayados largos, cuatro del mismo calibre cortos, dos de ocho Plasencia y dos Krupp de 75 milímetros, con las circunstancias de que así los de 16 como los de 12 aguantarán, según informe facultativo, sólo contados disparos y los Krupp de 75 milímetros apenas tienen municiones, única artillería, la referida, que oponer á la numerosa y moderna del enemigo; Considerando que el millón de cartuchos Maüser español, que hay disponibles entre las existencias del parque y repuesto de los cuerpos, habían de consumirse en dos ó tres embestidas que el enemigo diese, que las municiones Maüser argentino apenas podrían ser utilizadas, y las de Remington sólo tienen aplicación para las fuerzas irregulares; Considerando que el ineficaz resultado del embargo de los víveres del comercio, ya de antiguo previsto, la carencia de carne y de toda otra mejora de rancho para la tropa, por conservar las pocas reses con que se cuenta para el Hospital Militar, y las escasas existencias de artículos en factoría, no permiten dar al soldado más alimentación que arroz, sal, aceite, café, azúcar y aguardiente, y eso cuando más por espacio de unos diez días; Considerando, que si la alimentación de los mil setecientos enfermos del Hospital es deficiente, lo es todavía más la que se proporciona á los que, como se ha dicho, pasan día y noche en las trincheras, llevan tres años de campaña, tres meses sin comer más que contados días carne, y bastante tiempo reducidos á la ración expresada; Considerando que con esa escasa ración un sol-

dado que tiene ya quebrantadas notablemente sus fuerzas físicas, no sólo no puede repararlas, sino que por momentos ha de irse debilitando, sobre todo, cuando á la vez que tan pobremente se le alimenta, se le exigen superiores fatigas; Considerando que hay un crecido contingente de hombres en los cuerpos que, sin haber ingresado en el Hospital, se hallan enfermos y sólo por su levantado espíritu se mantienen en sus puestos, pero no sin que esa circunstancia contribuya á debilitar la resistencia de la única línea de defensa de que se dispone; Considerando las dificultades con que desde que fué cortado el acueducto, se tropieza dentro de los cortos elementos disponibles para el suministro de agua á la mayoría de las fuerzas, situadas en los atrincheramientos del recinto, y muy especialmente á las colocadas en la costa, dificultades que, naturalmente, aumentarían con el bombardeo de la ciudad por mar y tierra, hasta el punto de temer con fundamento faltase al soldado, en momentos en que no pudiera separarse de las trincheras, tan indispensable líquido; Considerando que, dada la situación del enemigo en posiciones la mayor parte de ellas inmediatas á las nuestras, cercando por completo la ciudad y dueños de todas sus avenidas, no existe posibilidad de abandonar la ciudad sin empeñar rudo combate en muy desfavorables condiciones para nosotros, por la necesidad de verificar la concentración de fuerzas á la vista del contrario y el depauperado estado del soldado; Considerando la superioridad considerable de ese enemigo, que además de un contingente de hombres que, según informes, pasa de cuarenta mil, cuenta con sesenta piezas de artillería moderna y una potente Escuadra; Considerando que los recursos no pueden llegar á esta población sino por el mar, y no hay esperanza de recibirlos desde el momento que una poderosa Escuadra enemiga cierra por completo la entrada del puerto; Considerando no cabe la posibilidad de la llegada de refuerzos antes de que los víveres se consumiesen por completo; Considerando que en estas condiciones á nada conduci-

ría prolongar una lucha tan desigual más que á sacrificar estérilmente crecido número de vidas, y Considerando, por último, que el honor de las armas queda completamente á salvo para unas tropas que tan bizarramente se han batido, y cuyo comportamiento ha sido reconocido por propios y extraños, y que las ventajas que hoy podrían obtenerse en una capitulación no se alcanzarían después de rotas de nuevo las hostilidades; la Junta, por unanimidad, ha acordado que es llegado el caso de capitular. Y para que conste firman esta acta.—Firman los interesados.»



---

## XXXIV

### Capitulación.

*Día 16.*—Regresó la gente del Caney.

Iniciadas las negociaciones para la capitulación, creemos conveniente dar á conocer el siguiente importante documento:

«Campamento neutral cerca de Santiago de Cuba, bajo bandera de parlamento.—14 de julio de 1898.—Reconociendo la caballerosidad, valor y gallardía de los Generales Linares y Toral, y de las tropas de España que tomaron parte en las acciones que recientemente se han librado en las cercanías de Santiago de Cuba, como se ha demostrado en dichas batallas, nosotros, los abajo firmados, Oficiales del Ejército de los Estados Unidos que tuvieron el honor de tomar parte en las acciones mencionadas, y que ahora constituimos una comisión debidamente autorizada, tratando con igual comisión de Oficiales del Ejército español para la capitulación de Santiago de Cuba, unánimemente nos asociamos en solicitar á la autoridad competente que conceda á estos bravos y caballeros soldados, el privilegio de volver á su patria llevando las armas que tan valerosamente han defendido.—Firmados: José Wheeler, Mayor General de los Estados Unidos.—Sr. U. Lawtón, Mayor General de los Estados Unidos.—J. D. Meiley, primer Teniente, segundo de Artillería, Ayudante.»

Bajo una ceiba de proporciones colosales, quedó firmada la capitulación que sigue:

»1.º Que cesen absoluta y terminantemente las hostilidades entre las fuerzas españolas y americanas.

»2.º Que la capitulación incluye todas las fuerzas y material de guerra en dicho territorio (territorio de la división de Cuba).

»3.º Que los Estados Unidos convienen en transportar todas las fuerzas españolas en dicho territorio al Reino de España con la menor demora posible, embarcándose las tropas, en cuanto se pueda, en los puertos más próximos que ocupan.

»4.º Que á los Oficiales del Ejército español se les concederá que lleven sus armas, y tanto los Oficiales como la tropa conservarán su propiedad particular.

»5.º Las autoridades españoles convienen en quitar, ó ayudar á que sean quitadas por la Marina americana, todas las minas y demás entorpecimientos á la navegación que existen ahora en la bahía de Santiago de Cuba y su entrada.

»6.º El Comandante de las fuerzas españolas entregará sin demora, al Comandante de las fuerzas americanas, un inventario completo de las armas y municiones de guerra en el distrito que se menciona arriba; también un estado numérico de sus fuerzas en el mismo.

»7.º Que el Comandante de las fuerzas españolas, al salir de dicho distrito, está autorizado para llevar consigo todos los archivos militares y documentos pertenecientes al Ejército español que hoy se halla en dicho distrito.

»8.º Que toda aquella porción de las fuerzas españolas conocidas como Voluntarios, movilizados y guerrillas que desee permanecer en la Isla de Cuba, podrán hacerlo así, bajo condición de entrega de sus armas y prestación de palabra de no hacer armas contra los Estados Unidos durante la continuación de la actual guerra con España.

»9.º Que las fuerzas españolas saldrán de Santiago de Cuba

con honores de guerra, depositando después sus armas en un lugar mutuamente convenido, en espera de la disposición que de ellas haga el Gobierno de los Estados Unidos, bien entendido que los comisionados de los Estados Unidos recomendarán que se permita que el soldado español vuelva á España con las armas que ha defendido con tanto valor.

•10. Que las cláusulas del documento que precede, tendrán validez inmediatamente después de firmarse.

Acordado hoy día 16 de julio de 1898, por los comisionados que abajo firman, gestionado bajo las instrucciones de sus respectivos Generales en Jefe, y con la aprobación de los Gobiernos respectivos.

*Joseph Wheeler,*  
Major-General U. S. V.

*W. H. Lawton,*  
Major-General U. S. V.

*J. D. Miley,*  
Primer Lieut.—2.º Artillery.

Brigadier General,  
*Federico Escario.*

Teniente Coronel de E. M.,  
*Ventura Fontán.*

Intérprete,

*Roberto Masón.»*

La salida del Arzobispo fué con objeto de pedir al General Shafter le permitiese abandonar la ciudad á él y á 30 sacerdotes más. El General americano se negó á ello mientras duraran las negociaciones entabladas.



## XXXV

### La emigración al Caney.

Voy á hablar de un suceso que, aunque no se relaciona con los acontecimientos militares y no se refiere á movimientos de tropa ni á ataque ó defensa de posiciones, es, sin embargo, tan gráfico y tan típico, y tan notable se hizo aquí por su especialidad y por las consecuencias que tuvo y aún tiene, que olvidarlo fuera olvidar uno de los sucesos más importantes de este período ó época en que tan capitales los hubo, y que más se han comentado y sobre los cuales más se ha discutido. Me refiero á la que muy bien puede llamarse peregrinación al Caney.

Al amanecer del día 5, una compacta multitud que no tenía fin, compuesta en su mayor parte de ancianos, mujeres y niños, aunque no faltaban hombres fuertes y robustos, voluntarios algunos, si bien vestidos ahora de paisano, salía en dirección del Caney, distante legua y media de la ciudad, donde se dirigía á pie por no haber carruajes, ni carretillas, ni vehículos de ninguna clase, ni siquiera caballerías que, por otra parte, tampoco hubiese el enemigo permitido pasar, atravesando zanjas y trincheras que de continuo cortaban el camino y lo obstruían, deseosa de eludir los peligros de un bombardeo con tanta anticipación notificado á los Cónsules.

Muchos de los que emigraban eran personas pudientes y señoras no acostumbradas á semejantes fatigas y molestias, que ahora sólo arrostraban impulsados por el miedo y el terror.

Convencidas, aunque no sé en qué se fundaban para ello, de que su ausencia sólo se prolongaría de sesenta á setenta horas á lo sumo, la gran mayoría fueron con la ropa puesta y una poca interior y con los víveres que pudieron, el que llevarlos pudo, que ellos mismos tuvieron que llevar.

Llegados al Caney, metiéronse en la primera casa que encontraron, y como no había dique que oponer á semejante inundación, llenáronse hasta que no quedaron vacíos ni el menor hueco, ni el último rincón. Los que ya no encontraron donde colocarse se refugiaron en los corredores y portales, y en la plaza y las calles los demás.

Hánme asegurado, no una sola persona, cuantas allí estuvieron y con ellas hablé, que la casa en que menos personas había no bajarían de 80; en algunas llegaron á 200. Allí, como en el cementerio, no se disponía de más terreno que el que se ocupaba, y así vivían amalgamados hombres y mujeres, niños y ancianos, blancos y negros.

Como es lógico, fuéronse agotando las provisiones que para solos tres días escasos llevaron, y dióse el caso, único tal vez en el siglo XIX, de mirarse el dinero con desprecio y de nada sirvió allí el oro. Comercióbase sí, pero cambiando arroz por café, galleta por frijoles, ó azúcar por bacalao.

Los cadáveres de los muertos el día 1.º en la toma del pueblo, cuyas casas estaban acribilladas á balazos y llenas, por consiguiente, de goteras, estaban á medio sepultar; en el agua del río, que se bebía, y que arrastraba cadáveres de caballos y de otros animales y hasta de personas, bañábase la gente y lavaba la ropa sucia. La mayor parte de las personas comían mangos y mamoncillos, con lo cual no es maravilla se desarrollaran y adquiriesen alarmantes proporciones el paludismo, las fiebres y la disentería.

En la habitación donde, afortunadamente y por casualidad, se podía disponer de uno de esos utensilios tan conocidos como necesarios, y que la decencia me impide nombrar, andaba continuamente de mano en mano, y aún no acababa de recibirlo éste, cuando ya lo pedía aquél y lo deseaba el otro. En algunos cuartos no había un solo ejemplar, y como las puertas se cerraban para evitar nuevas invasiones, salíase del apuro como en los tiempos de Noé, y puede suponerse la atmósfera que allí se respiraría. Los niños, faltos de alimento, lloraban sin cesar día y noche; otros devolvían los que no podían tolerar sus estómagos, y allí no eran posibles ni la tranquilidad ni el reposo.

A los que morían cubríaseles la cara con la sábana ó un pañuelo, y los vivos seguían acostados al lado de los cadáveres, convencidos de que, si abandonaban el sitio, otros lo ocuparían.

¿Debo seguir? Cien capítulos pudieran escribirse y no darían una idea de lo que allí se sufrió; bastará decir que el Caney, que es un poblado de unas 200 casas, fué invadido por 20.000 personas que sólo creyeron estar dos días y permanecieron once; es decir, hasta el día 16.

Esos once días de Caney han causado más víctimas en Santiago de Cuba que los tres años de guerra; porque la epidemia desarrollada continuó y continúa en la ciudad; y una población que cuando encerraba en su seno 45.000 almas no contó más que cinco defunciones diarias por término medio, hoy que sus habitantes se han reducido á 30.000, aquéllas alcanzan la cifra de 50. Rara es la casa en la que no hay un enfermo ó más, y el que hace dos días estaba bueno y sano óyese decir que acaban de enterrarlo. Los médicos no pueden acudir á tantos enfermos y los muertos son llevados al cementerio por sus mismos familiares. La ciudad reviste ese sello de tristeza y de desaliento propio de las grandes calamidades, y no se oyen más que lástimas y sollozos.

Sabido es el horror que á las señoras causa, y con razón, un

bombardeo. A pesar de todo, prefirieron arrostrar sus peligros y consecuencias á las tristezas y miserias del Caney, además del hambre, y pidieron, como la mayor de las felicidades, regresar á Cuba, suscribiendo al efecto la siguiente solicitud que, en inglés, redactó el señor don Federico Ramsden, Cónsul de su Majestad británica, y cuya traducción literal doy á continuación:

«Nosotras, las señoras que abajo firmamos, en representación de las señoras y niños hambrientos y sin hogar que se encuentran en este pueblo, y á su petición, manifestamos á su excelencia lo que sigue:

»A las tres de la tarde del día 3 del corriente, se les participó á los Cónsules de Santiago de Cuba que S. E. había declarado su propósito de bombardear á esta ciudad el día siguiente á las diez de la mañana, á menos que el Ejército español se hubiera rendido, y que V. E. había ordenado que saliesen de ella las mujeres y niños antes de dicha hora.

»La misma tarde, á petición de la comisión consular, su excelencia consintió en diferir el bombardeo hasta medio día del 5; y quedó convenido que los no combatientes se dirigiesen á este pueblo del Caney y á los de Cuabitas y otros situados en la línea del ferrocarril.

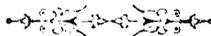
»En su consecuencia, el Gobernador Civil de Santiago de Cuba publicó un bando permitiendo á todos los no combatientes la salida entre las horas de cinco á nueve de la mañana siguiente, á pie, y sin vehículos ni bestias de carga. Por consiguiente, viejos, jóvenes, ricos y pobres, enfermos é inválidos, salieron en tropel, sin ropa y con la poca comida que podían llevar ellos mismos, huyendo de una muerte segura y perfectamente convencidos de que la ciudad sería bombardeada aquel mismo día, y que dos después podrían volver á lo que quedase de sus hogares. Lejos de suceder así, hace diez días que están aquí: muchos sin techo, y el resto amontonados como cerdos, sin tener siquiera espacio para acostarse en el suelo, que es la

única cama que tienen, agotada su escasa provisión de víveres, sin poder adquirirlos á ningún precio. Los esfuerzos laudatorios del Ejército y de la Sociedad de la Cruz Roja, insuficientes para remediar la situación; ellos y sus propios hijos, muriéndose de hambre; los ancianos y enfermos pereciendo por falta de cuidados y medicinas y á consecuencia de tantos sufrimientos de todo género; y sin embargo, aún la ciudad no ha sido tomada ni bombardeada, exceptuando un bombardeo parcial el domingo y lunes, del cual ningún resultado parece haberse obtenido, ni aparece tampoco haya probabilidades de un pronto cambio en su horrible situación.

»Ahora invocan esa misma *humanidad*, que ha sido *el motivo* de esta guerra, para rogar que se haga algo á la brevedad posible para poner fin á este terrible estado de cosas, ó que se les permita, haciendo arreglos con las autoridades españolas, al objeto, volver á la ciudad, en la cual prefieren perecer destrozadas por las granadas, ó sepultadas bajo las ruinas de sus hogares, antes que sucumbir lenta y paulatinamente por el hambre, las enfermedades y las privaciones que están experimentando.—Caney, 14 julio 1898.—(Siguen las firmas.)

»A S. E. el General Shafter, General en Jefe del Ejército de los Estados Unidos.»

Este documento, notable bajo todos conceptos, pinta la situación mejor que cuanto pudiera decirse.



## XXXVI

### Entrega de la plaza.

*Día 17.*—Con arreglo á la capitulación, cuyas bases se conocen, tuvo lugar la entrega de la plaza al Ejército americano el día de hoy.

A las nueve de la mañana se izó en el fuerte de Punta Blanca la bandera española, que fué saludada con 21 cañonazos: poco después se arrió.

A las nueve y media, los Generales Toral y Shafter, Comandantes en Jefe, respectivamente, de las fuerzas españolas y americanas, acompañado el segundo de todo su Estado Mayor y de muchos Jefes y Oficiales de la Escuadra americana, presenciaron el desfile, con armas, de una compañía de las primeras, en representación de todas, por la dificultad de reunir las. Las fuerzas americanas presentaron las armas y batieron marcha.

Fué el teatro de esta dolorosa escena las alturas de Canosa. La mañana era espléndida sobre manera, contrastando la limpidez del cielo con las brumas que envolvían el espíritu de nuestras tropas.

Terminado el desfile, las fuerzas americanas permanecieron en sus puestos, mientras las nuestras abandonaron las trincheras, replegándose á la plaza para depositar los armamentos.

Las fuerzas de la Socapa y de Punta Gorda fueron conducidas por mar, en el vapor *Reina de los Angeles*, al muelle de las Cruces, y de allí, por tierra, marcharon al Parque de Artillería, donde hicieron entrega del armamento y municiones. Ya sin él, se dirigieron fuera de la ciudad al campamento, donde deben reunirse todas las fuerzas hasta la llegada de los buques que, según lo convenido, deben conducirlos a los dominios españoles. Las demás tropas hicieron lo mismo, después de entregar las armas en los puntos de antemano designados.

Después entraron en la ciudad, que ya habían evacuado nuestras tropas, unos 1.000 hombres del Ejército de los Estados Unidos, izándose la bandera de dicha nación en el Gobierno y en el castillo del Morro. Es la única bandera que se ha arbolado en la población. No han entrado en ella fuerzas insurrectas ni individuos de las mismas con armas: dicha situación seguía lo mismo el día que el Ejército embarcó para España.

Como las operaciones en el parque duraron algunas horas, era de ver la avidez con que los americanos buscaban números del 29 (Constitución), sables, botones, cruces de nuestros Oficiales y soldados. Se observaba con qué satisfacción guardaban cuantos arreos y armas podían allegar. Algunos adornaban sus pechos con las cruces mismas, mohosas y aún ensangrentadas, que habían adornado pechos de españoles. Tantos detalles de este orden se registran, que realmente sería prolijo enumerarlos; pero ellos demuestran en su misma nimiedad el alto concepto que las fuerzas de los Estados Unidos tenían del valor de nuestro Ejército.

Un dato para concluir, acerca de esto: cuando fueron a posesionarse del Morro un Jefe de Artillería y otro de Ingenieros yankees, preguntaron por las defensas y por el artillado de la fortaleza.

—Ahí están—dijo el Gobernador, señalando las baterías de tierra y los viejos cañones.

Los Jefes americanos no se fiaron: personalmente recorrie-

ron los sitios en busca de piezas y obras de mayor empuje y valía. Y al convencerse de que lo que se les había contestado era verdad, exclamaron:

— Esa Escuadra (señalando á la del Almirante Sampson) no tiene perdón, cuando en tantos días no ha ganado el puerto y deshecho la ciudad y sus defensas.

El General en Jefe del Ejército americano es el General Milles.

El General en Jefe de las fuerzas que operan en la jurisdicción de Santiago de Cuba, es el General Shafter.

El segundo Jefe de las mismas es el General Wheeler.

Fué nombrado Gobernador Militar de Santiago de Cuba el General Mac. Gibbons. A los cuatro días fué relevado por el General Wood.

La Escuadra que bloqueó el puerto de Santiago de Cuba la mandó el Almirante Sampson: su segundo Jefe era el Comodoro Shley.

A las diez de la mañana, un Oficial del Ejército americano, comisionado al efecto, tomó posesión de la Comandancia de Marina y Capitanía del Puerto, al que se le hizo entrega de la misma, después de recogidos los documentos y comunicaciones que debían conservarse y destruir ó inutilizar los demás.

Las fuerzas siguen depositando las armas y municiones, conservando un orden admirable, que ni un momento se ha alterado. Después marchan al campamento establecido fuera de la ciudad. Las armas fueron todas depositadas en el parque, no al enemigo. Para formar idea, aunque sólo sea aproximada, del número de las fuerzas que defendían la plaza, doy á continuación el estado que demuestra el de los hospitales. Y digo los hospitales, porque se habilitaron varios.

El día 17 de julio había:

---

|                                   |     |                     |     |
|-----------------------------------|-----|---------------------|-----|
| En el Hospital Militar . . . . .  | 800 | enfermos y heridos. |     |
| En el cuartel de Concha . . . . . | 500 | íd.                 | íd. |
| En el de Mercedes . . . . .       | 500 | íd.                 | íd. |
| En Barracones . . . . .           | 300 | íd.                 | íd. |

---

*Total* . . . . . 2.100 enfermos y heridos.

*Nota 1.<sup>a</sup>* El número de enfermos, ó mejor dicho, de camas que caben en el Hospital Militar, y para el cual existía el personal facultativo necesario que, naturalmente, continuó siendo el mismo, eran 500 camas. El número de enfermos en tiempos normales (la insurrección) era de 350 á 400.

*Nota 2.<sup>a</sup>* En el Hospital no se admitía ya más que á los heridos y á los enfermos graves; los que materialmente podían sostenerse de pie eran rechazados y se les mandaba de nuevo á las trincheras; de lo contrario, no hubiera en realidad quedado gente en ellas ni hubiera habido camas donde colocarlos, ni médicos para atenderlos. Así, pues, el número de enfermos era, en verdad, muchísimo mayor que el que marca el estado dado por el Hospital.

El soldado, además de comer poco y mal, carecía del agua necesaria; pues además de su escasez, faltaban medios para transportarla á todos los puntos de la extensa línea que cubría, y que era indispensable sostener.

Los caballos de la Caballería, así como el ganado de la Artillería y de la Administración Militar, hacía ya muchísimo tiempo que no comían maíz, y el forraje, su único alimento, costaba mucho trabajo encontrarlo y producía bajas, que es peor.

Por último, daré un estado de las existencias que el Parque de Artillería entregó al Oficial americano comisionado para recibirlas:

ARTILLERIA

PARQUE DE SANTIAGO DE CUBA

*ESTADO de existencia en almacenes, del armamento y municiones de que se hace cargo el Oficial comisionado del Ejército americano.*

| SISTEMA   | Número de armas. | Municiones. |
|---|------------------|-------------|
| Fusil Maüsser, modelo español, 7 milímetros, núm. 1.893 . . . . .     | 7.902            | 1.500.000   |
| Fusil Maüsser, modelo argentino, 7,65 milímetros, núm. 1.891. . . . . | 872              | 1.471.000   |
| Fusil Maüsser, modelo turco, 7,65 milímetros, núm. 1892 . . . . .     |                  |             |
| Fusil Remingthom, 11 milímetros, núm. 71. . . . .                     | 6.118            | 345.000     |
| Idem íd., 11 milímetros, núm. 7.189. . . . .                          |                  |             |
| Tercerola Maüsser, modelo español . . . . .                           | 833              | 1.200       |
| Idem íd., íd. argentino. . . . .                                      | 84               |             |
| Idem Remingthom . . . . .   | 330              |             |
| Revólvers. . . . .  | 84               |             |
| Sables. . . . .   | 267              |             |
| Machetes . . . . .  | 692              |             |

*Santiago de Cuba, Julio... de 1898.*

Conforme,  
 El Oficial comisionado,

El Teniente Coronel, Comandante de Artillería,  
*Luis Melgar.*

Errors and omissions excepted.

*A. D. Borup.*

Lit. Col. U-S. V.  
 Chief ord. Officer.

Como se ve, el armamento con que casi en totalidad estaba armado el Ejército era el fusil Maüsser, modelo español (el Remingthom era de los Voluntarios y algunos movilizados); por

consiguiente, esas municiones eran las únicas que servían y las solas que deben contarse: las demás eran inútiles. Ahora bien; el número de cartuchos entregados y existentes era 1.500.000 y 7.902 el de fusiles. Corresponden, pues, 191 cartuchos á cada soldado. Ningún militar ignora el tiempo que tardan en consumirse.

Aquí terminan los sucesos y las operaciones militares que tuvieron lugar en Santiago de Cuba, y que motivaron estos apuntes. Aquí, pues, debía terminarlos; pero no lo haré sin antes aventurar algunas apreciaciones que me han sugerido ciertos hechos, presenciados, bien á pesar mío, porque evitaba, como es natural, espectáculos que nada podían tener de agradables, y sin hacer un paralelo entre dos sitios, uno de los cuales pertenece ya á la historia y está, por consiguiente, juzgado, y es del mundo entero conocido, y otro sobre el que aún no puede fallarse por no tenerse los datos y noticias necesarios que permitan emitir una opinión justa é imparcial.

A continuación va el estado oficial de todas las bajas que han tenido las fuerzas de Santiago de Cuba en los diferentes bombardeos y combates sostenidos desde el día 18 de mayo, hasta el en que se firmó la capitulación. En él no constan las producidas por enfermedad.

BAJAS EN LOS BOMBARDEOS Y ATAQUES A LA PLAZA DE CUBA.

| FECHAS |       | MUERTOS                             |              |             |            | HERIDOS     |            |             |            | Prisioneros y desaparecidos |             |            |     |
|--------|-------|-------------------------------------|--------------|-------------|------------|-------------|------------|-------------|------------|-----------------------------|-------------|------------|-----|
|        |       | Generales..                         | Jefes.....   | Oficiales.. | Tropa..... | Generales.. | Jefes..... | Oficiales.. | Tropa..... | Jefes.....                  | Oficiales.. | Tropa..... |     |
| Junio  | 6     | Morro .....                         | >            | >           | >          | 2           | >          | 1           | 4          | 25                          | >           | >          | >   |
|        |       | Estrella.....                       | >            | >           | >          | 1           | >          | >           | >          | >                           | >           | >          | >   |
|        |       | Cayo Shmit.....                     | >            | >           | >          | >           | >          | >           | >          | 2                           | >           | >          | >   |
|        |       | Socapa.....                         | >            | >           | >          | >           | >          | >           | >          | 8                           | >           | >          | >   |
|        |       | Mazamorra.....                      | >            | >           | >          | >           | >          | >           | >          | 11                          | >           | >          | >   |
|        |       | Crucero <i>Reina Mercedes</i> ..... | >            | 1           | >          | 5           | >          | 1           | 1          | 10                          | >           | >          | >   |
|        |       | 14 Socapa.....                      | >            | >           | >          | >           | >          | >           | 1          | 6                           | >           | >          | >   |
|        |       | 16 Morro.....                       | >            | >           | >          | 1           | >          | >           | 1          | 10                          | >           | >          | >   |
|        |       | 16 Socapa.....                      | >            | >           | >          | 2           | >          | >           | 1          | 6                           | >           | >          | >   |
|        |       | 21 Morro.....                       | >            | >           | >          | >           | >          | >           | >          | 3                           | >           | >          | >   |
|        |       | 22 Socapa.....                      | >            | >           | >          | >           | >          | >           | 1          | >                           | >           | >          | >   |
|        |       | 22 Aguadores.....                   | >            | >           | >          | >           | >          | >           | 1          | 6                           | >           | >          | >   |
|        |       | 22 Daiquiri.....                    | >            | >           | >          | 1           | >          | >           | >          | 5                           | >           | >          | >   |
|        | Julio | 23                                  | Sevilla..... | >           | >          | >           | 9          | >           | >          | 3                           | 24          | >          | >   |
| 25     |       | Aguadores.....                      | >            | >           | >          | >           | >          | 2           | 1          | >                           | >           | >          | >   |
| 26     |       | Morro.....                          | >            | >           | >          | >           | >          | >           | 8          | >                           | >           | >          | >   |
| 2      |       | Morro.....                          | >            | >           | >          | 1           | >          | >           | 1          | 31                          | >           | >          | >   |
| 1      |       |                                     |              |             |            |             |            |             |            |                             |             |            |     |
| 2      |       | Caney y Cuba.....                   | 1            | 3           | 12         | 78          | 1          | 6           | 30         | 339                         | 1           | 6          | 116 |
| 3      |       |                                     |              |             |            |             |            |             |            |                             |             |            |     |
| 10     |       | Cuba.....                           | >            | >           | >          | 6           | >          | 1           | 2          | 45                          | >           | >          | >   |
| 11     |       | Cuba.....                           | >            | >           | >          | 1           | >          | >           | 1          | 16                          | >           | >          | >   |
|        |       | TOTALES.....                        | 1            | 4           | 12         | 107         | 1          | 9           | 49         | 556                         | 1           | 6          | 116 |

RESUMEN

|                                  |   |    |    |     |
|----------------------------------|---|----|----|-----|
| Muertos.....                     | 1 | 4  | 12 | 107 |
| Heridos.....                     | 1 | 9  | 49 | 556 |
| Prisioneros y desaparecidos..... | > | 1  | 6  | 116 |
| TOTAL GENERAL.....               | 2 | 14 | 67 | 779 |

## XXXVII

### Mercaderes, no españoles.

Destinado por primera vez á la Isla de Cuba el año 1868, he permanecido en ella, si no siempre, sobrado tiempo, no obstante, para comprender, aunque soy muy mal observador, que una de las causas que más han contribuído á la profunda aversión que á la Metrópoli profesan los hijos de Cuba en general, se debe á la intransigencia de cierto número de peninsulares que vienen, sin otro objeto que labrarse una fortuna más ó menos rápida, faltos, los más, de ilustración y desprovistos de conocimientos de toda clase.

Para el mejor logro de sus deseos y ambiciones, alardean de españolismo sin cesar, con lo cual tienen necesaria y forzosamente que ponerse en pugna con los primeros, cuyos sentimientos y dignidad hieren y lastiman. Viéndose ya con dinero, aspiran á ejercer cargos lucrativos ó importantes que obtienen por ser españoles, con perjuicio de otros que, por su inteligencia y aptitud, son más acreedores á ejercerlos; y la aversión se convierte en odio que, latente siempre, aunque disimulado, sólo esperó, para estallar, una ocasión. Preséntase ésta por primera vez el año 1868, y el grito de Yara fué la señal de la venganza y del exterminio, á que respondieron los peninsulares de que me cupo, organizando los Voluntarios.

Negar los importantes y continuos servicios que desde entonces hasta hoy han prestado á la causa de España, fuera tan injusto como inútil; pero preciso es convenir también en que han cometido graves errores y desaciertos, imponiéndose más de una vez y obligando á más de un Capitán General á resignar el mando: funesto ejemplo que nos perjudicó en el país y nos desacreditó en el extranjero.

La primera insurrección de Cuba y cuantas después hemos tenido que combatir, adquirieron ese sello de crueldad y de exterminio propios de pueblos salvajes, pero no de naciones civilizadas, y la guerra sirvió para satisfacer venganzas que dieron lugar á las correspondientes represalias y pretexto, tan injusto como hipócrita, demasiado lo sé, pero pretexto al fin, para que el Gobierno de los Estados Unidos, invocando la humanidad, decretara la intervención armada, ó lo que es lo mismo, la lucha, que no podía menos de ser su consecuencia ineludible.

Si tantos errores y faltas tantasse hubieran cometido por España y por la patria, como aseguraban sin cesar, ellas hubieran tenido disculpa y hasta fueran dignas de encomio; pero los sucesos han venido á demostrar hasta la evidencia que la nación era sólo el pretexto y otro el objeto, que se reducía al logro de sus aspiraciones y á la realización de sus deseos. Y ello es tan verdad que, como he dicho y repito, aprovechando la escasez de víveres, consecuencia natural del bloqueo, los ocultaron ó exigieron precios exorbitantes sin razón que lo justificara, no sin haber tenido la precaución de colocar sus fondos en el extranjero, á prevención de lo que pudiera sobrevenir. No repetiré que los mismos que tan entusiastas y decididos eran en tiempos normales, fueron los primeros en despojarse del uniforme y ocultarse donde más seguros se creyeron. Por último, convencidos de que el sol á cuyo calor habían vivido y bajo cuyos rayos habían medrado cedió el puesto á otro astro más grande en tamaño, aunque no en brillo, buscaron su protección

y sus beneficios, sin acordarse más del que vieron sus ojos cuando por primera vez los abrieron. El Rey ha muerto... ¡viva el Rey!

Anunciaron sus mercancías en *The Times* de Santiago de Cuba, periódico de nueva publicación, en español, para inteligencia de los cubanos, á los que el odio no les impide explotar, y en inglés, para hacer lo propio con los nuevos amos que no han tardado en reconocer. Y es tal su amor y su cariño á España, de que tanto alardearon, que por lo que cobran un peso en plata americana, piden dos del cuño español del mismo metal. Aprecian ésta en la mitad que aquélla. Tal vez parezcan exageraciones éstas, como otras muchas verdades de mis *Apuntes*: pero una carta suscrita por *un peninsular* en el núm. 7 del citado periódico *The Times*, de Santiago de Cuba del 8 de Agosto, convencerá al más incrédulo. La carta dice así, literalmente:

## «LA EMIGRACIÓN HOY ES UNA IMPREVISIÓN

»Vuestra raza meridional encierra muchos vicios; pero también posee grandes virtudes. Su punto débil es su excesiva impresionabilidad. Según el orador que le habla, los arrastra hasta el nervismo, y según como se le pintan las cosas ó describen los sucesos de actualidad, se le infiltra la más pueril debilidad.

»Durante los últimos seis meses transcurridos, la raza Española en Santiago de Cuba, ha vivido en este ficticio ambiente; digo hoy ficticio, porque la amarga realidad no ha respondido á nuestras patrióticas y entusiastas aspiraciones.

Hoy, cuánto sacrificio inútil, cuántas ilusiones destruidas; (1) pero no hay que desmayarse, por eso, porque el buril

---

(1) Si se nota falta de admiraciones ú otra omisión cualquiera, conste que la carta va copiada á la letra; ya lo he dicho.

de la historia cuando se trata de los acontecimientos y penalidades de este pobre pueblo, se cuidará, con imparcial rudeza hacerlas pasar á la posteridad.

»Hoy que sólo, tan sólo, conocemos los hechos consumados en esta única provincia, que ignoramos completamente lo que actualmente pasa en el resto del mundo incluso á nuestra madre patria, porque no esperamos que se despejen los negros nubarrones que nos rodean, que se aclaren los horizontes para poder juzgar de un modo cierto nuestra real y verdadera situación y poder resolver. Calma mucha calma peninsulares residentes en este pueblo; desechemos de momento esta deserción voluntaria que perjudica vuestros sagrados intereses, cuya corriente habéis seguido sin meditar lo suficiente si había de producir vuestra felicidad ó vuestra ruina. Por mucho que meditéis acerca los extremos que os acabo de apuntar siempre será poco.

»Supongamos por un momento que el desmembramiento de nuestra pobre España sea un hecho cierto, caso que ignoramos. ¿Qué cuadro tan amargo vais á presenciar, qué negocios vais allí á emprender para restaurar el quebranto de vuestros mercedados intereses? Por desgracia ninguno, tanto por la ignorancia que precisamente tendréis dimanada de vuestra larga ausencia, como por lo que ha de afectar vuestra salud y la de vuestras familias un cambio de clima tan radical y casi á la entrada del invierno.

»Permaneciendo aquí, cuya localidad está ocupada militarmente por una nación fuerte, hasta que conozcamos de un modo cierto los hechos consumados, nada perderéis ni en vuestros intereses ni en vuestra individualidad.

»Los ilustrados y previsores Jefes que hoy rigen los destinos de esta tierra, os han demostrado de un modo evidente que sólo desean reine la paz y el orden en todos los ramos de nuestra pública administración.

»Que os ha llamado tanto á vosotros como á los laboriosos

cubanos para que coadyuvéis en su obra de fomento y reconstrucción social.

»Que no regatea nada para que el pobre pueblo tenga alimentos sanos y baratos.

»Que establece Bancos para el desarrollo de nuestra agricultura y comercio.

»También nos ha manifestado, y hasta ahora lo ha cumplido fielmente, que no ha venido aquí en provecho de ningún bando ni partido político, que sólo anhela producir el fomento de esta Isla y el bienestar de sus moradores.

»Si hoy, realmente es una innegable verdad la situación local que os acabo de describir, ¿por qué acudir á esta loca é imprevisora emigración que sólo gastos os ha de producir?

»¿No comprendéis que permaneciendo aquí, conocedores como sois de las personas y de los negocios locales, tenéis un dilatado campo para regenerar vuestros mermados intereses y *acarrilar* á vuestros hijos y parientes labrándoles un hermoso porvenir?

»Sea la que sea la situación definitiva que la Providencia tiene destinada á esta tierra, tanto si quedamos siendo españoles ó pasamos al número de extranjeros, nuestra laboriosa y honrada raza en nada ha de desmerecer; ejemplos tenemos entre las repúblicas hispanoamericanas del lugar preeminente que ocupan en estas naciones nuestros compatriotas y del modo como son distinguidos por sus gobiernos.

»Si todo lo señalado son tangibles verdades ¿por qué abandonáis el campo, por qué huís de este hermoso país en el cual habéis pasado vuestros juveniles años y os habéis creado una familia y alguna posición? Si meditáis mis desinteresados consejos, no podréis menos de convenceros que hoy, tal como se están presentando las cosas, es un absurdo vuestra voluntaria emigración.— *Un peninsular.*»

He copiado la carta á la letra, sin quitar ni poner una sola, y sin *meterme* con un punto, ni una coma, ni una interrogación.

ción; y hay que convenir en que la carta no tiene desperdicio, bajo todos sus aspectos y sus fases, como redacción, como aspiración y como intención. Me parece que para muestra basta un botón... y dispensen ustedes tanto consonante.

Postdata á la carta: Los que hoy se dicen y se firman peninsulares siempre se llamaron españoles, ¿cómo se llamarán mañana?



## XXXVIII

### Gerona y Santiago de Cuba.

En España, cuando de sitios se trata, sácanse siempre á relucir, como ejemplos dignos de seguirse ó imitarse, los de Numancia y Sagunto, Zaragoza y Gerona.

Como han transcurrido más de veinte siglos desde que tuvieron lugar los dos primeros, y desconozco lo que en ellos ocurrió ó no conozco lo suficiente los hechos para aventurar comparaciones, haré caso omiso de los mismos; pues si las costumbres y los usos de la guerra, así como el derecho internacional y el de gentes eran, como no podían menos de ser, muy diferentes á los de nuestros días, nada tiene de particular que si las capitulaciones no se respetaban, los hombres prefiriesen morir como leones á dejarse degollar como carneros.

Por lo tanto, me referiré tan sólo al de Gerona (tan glorioso, á no dudar, como el de Zaragoza), y del cual todos los españoles, y yo el primero, nos enorgullecemos con justicia, ya que, según el telegrama del General Linares, fué el que, por lo visto, estuvo en la mente de alguien para que sirviese de

patrón, de norma ó de modelo, aquí, en Santiago de Cuba.

Todo el mundo conoce el célebre sitio de Gerona: el de Santiago de Cuba nadie probablemente en la Península; pero cuanto voy á decir es la pura verdad, sin exagerar lo más mínimo, y de ello pueden dar fe los 30.000 habitantes de Cuba y los 40.000 americanos y 8 á 10.000 insurrectos que la asediaban.

Gerona, el año 1809, distaba mucho de ser un Metz ó un Sebastopol, es cierto; pero al fin y al cabo era una ciudad rodeada de murallas, con fuertes y reductos exteriores que comunicaban con el recinto principal por medio de caminos cubiertos; por cuya razón, de no entrar en ella por sorpresa, había que sitiarla en regla, y por consiguiente, había necesidad de construir paralelas, emplazar baterías, cortar las comunicaciones de la plaza con el exterior para impedir fuese socorrida, abrir brecha ó decidirse por el asalto, y todo ello cuesta tiempo y cuesta vidas.

Sabido es el furor que en España causó la invasión del primer Napoleón, y, sobre todo, los medios de que se valió para llevarla á cabo. Los españoles creyeron amenazada su religión y su independencia, y, como un solo hombre, levantáronse todos en armas, con un entusiasmo y una decisión de que habrá pocos ejemplos en la Historia.

Así es que en Gerona, la guarnición, que cuando empezó el sitio constaba de unos 6.000 hombres, entusiastas á fuer de españoles, no era la única que se batía, pues sus habitantes se batían también: los jóvenes y los sanos, con las armas; los ancianos y los débiles, llevando cartuchos y municiones; las mujeres, recogiendo y cuidando los heridos y enfermos; los sacerdotes, absolviendo á los moribundos, enterrando á los muertos y excitando el celo de todos. Allí todo el mundo combatía; allí todo el mundo peleaba; allí todos eran héroes, porque allí se defendía la propiedad, se defendía el hogar, se defendía la familia, se defendía la tierra en que yacían los antepasados; allí se defendía la religión, se defendía la indepen-

dencia; allí, en fin, se defendía la patria, y con eso está dicho todo. Allí merecieron bien de la misma, desde don Mariano Alvarez de Castro hasta la última mujer, hasta el último chiquillo.

Entre las tropas que, al mando de Verdier, cercaban la plaza, y las de Saint-Cyr que las protegían y ocupaban los caminos que á ella conducían, no excedieron nunca de 30.000; y aunque tenían artillería más numerosa y mejor servida, en Gerona tenían artillería también y del mismo calibre y alcance; esto es, (y ello hay que tenerlo muy en cuenta) que donde alcanzaban los proyectiles franceses alcanzaban también los proyectiles españoles.

Conocidas son las armas de fuego de aquella época; los fusiles se cargaban en *once tiempos*, los cañones no sé en cuántos; el efecto de las bombas era más moral que material; pues se recordará que para evitarlo, en lo posible, se situaban hombres en las torres de las iglesias ú otros sitios elevados, que por medio de señales convenidas, advertían su dirección. Además, era fácil librarse de ellas en las cuevas y en los sótanos. Si faltaba pólvora, bastaba quemar unas cuantas puertas y ventanas, con lo cual se obtenía carbón, y con un poco de salitre encontrado en cualquier sitio húmedo y un poco de azufre, se obtenía aquella. Cualquier herrero podía hacer balas de cañón, y así por el estilo. Tales eran las armas de fuego á principios del siglo, y sus efectos estaban en relación con ellas.

Gerona sabía, además, que España entera la admiraba y la compadecía; que cada mes, cada semana, cada día que prolongaba la resistencia y retenía á los franceses delante de sus muros, el país organizaba ejércitos, improvisaba regimientos y levantaba partidas y somatenes, y en todo Cataluña no había más que un solo pensamiento y un deseo único, el de socorrerla, como ya lo fué una vez, introduciéndose un convoy con víveres y más de 3.000 hombres de tropa, y estuvo á pique de serlo una segunda.

Sabía también que todo socorro era útil y servía para prolongar la resistencia, y no ignoraba la guarnición, que de salir en masa, si rompía el cerco por cualquier punto, estaba á salvo y quedaba libre, en país propio, donde hubiera encontrado cuantos recursos y elementos hubiese deseado.

Cuando no se batía, cuando no tenía que acudir á la brecha á repeler las columnas de ataque ó á las murallas á rechazar el asalto, ponía sus centinelas, sus guardias, sus retenes y patrullas que vigilaban, mientras los demás podían permanecer resguardados del sol, de la lluvia y del relente; en una palabra, se alternaba en el servicio, y ya que se comía muy poco, por lo menos se descansaba cuando el enemigo lo permitía. Por último, Gerona conservaba el recuerdo y el orgullo de los dos sitios anteriores, en que aquellos mismos franceses se habían visto forzados á levantarlos, y la esperanza, no infundada, de obtener el mismo éxito si eran socorridos, cosa que muy bien podía suceder.

Gerona, á los seis meses de sitio, tuvo que capitular por hambre; pero tuvo que capitular al fin; y no obstante esa capitulación, lejos de causarnos sonrojo ó humillación, es una de las páginas más brillantes de nuestra historia, de la que, con razón, nos mostramos ufanos y orgullosos.

Tales fueron las circunstancias en que se encontró Gerona durante su célebre sitio; veamos cuáles fueron las de Santiago de Cuba.

Santiago de Cuba, como se ha visto, es una ciudad abierta, sin fuertes, sin reductos, sin murallas, sin defensa, en fin, de ninguna clase. Cuando se declaró el actual conflicto, rodeaba su recinto una sencilla cerca de alambre que se creía, y lo era en efecto, suficiente para contener á los insurrectos; pero que, el que no conociese Cuba y la clase de guerra que sosteníamos, se hubiere, y con sobrada razón, reído de ella.

Estalló la que con los Estados Unidos sostenemos, y no repetiré los trabajos que para defender el recinto llevó á cabo el Cuer-

po de Ingenieros, sin recursos, sin elementos y con poquisimo personal, si bien tan entusiasta como inteligente, reducidos á construir trincheras carlistas, á defender con parapetos de tierra los *fuertes* que rodeaban el recinto (si merecen el nombre de tales unas casucas de madera, cuyo objeto es defenderse de los tiros de fusil, pero en manera alguna de los de cañón), colocando empalizadas y toda suerte de obstáculos, aprovechando con arte singular todas las sinuosidades y repliegues del terreno. Pero todas esas obras no pasan de ser obras de campaña y el soldado tenía que estar en ellas sufriendo los rayos del sol del mes de julio en la Isla de Cuba, las aguas torrenciales y casi diarias de la estación, y de noche el relente: todo el que conoce la Isla sabe que, de seguir un mes en semejantes condiciones, ni un solo hombre hubiera podido continuar en las trincheras.

El soldado aquí, en Santiago de Cuba, como en todo el resto de la Isla, mal vestido y peor alimentado, hacía ya tres años que sostenía una guerra tan dura como ingrata, luchando con el enemigo, con el clima, con el sol, con el relente, con las enfermedades, con los caminos (mejor dicho, con la falta de ellos); con las aguas, con la *seca*, con los montes y las sabanas; en una palabra, con todo; pues aquí, en Cuba, todo es enemigo para el Ejército, al que, además, se le debían, y creo se le deben, más de ocho meses de sus haberes.

Antes de la destrucción de nuestra Escuadra, y después con mayor razón, el enemigo dominaba el mar en absoluto, y desde Daiquirí, donde desembarcó, hasta Punta Cabrera, la americana, que llegó á contar más de *sesenta* buques entre mercantes (muchos armados con cañones) y de guerra, no permitía ni siquiera soñar en recibir socorro ni auxilios de ningún género, como no fuera del interior de la Isla.

Después de la llegada del General Escario, que de llegar aquí antes del día 1.º de julio tal vez hubiera retrasado algún tiempo los progresos del enemigo, aunque sin evitar nunca el

resultado, los víveres, y sobre todo las municiones, que ya eran escasísimas, fuéronlo mucho más; pues que había doble número de bocas que sostener y doble número de fusiles que dotar.

Ocho ó nueve mil hombres anémicos, calenturientos muchos, cansados todos, metidos día y noche en trincheras carlistas que no podían abandonar por la sencilla razón de que estaban muy lejos de la ciudad, con agua que les llegaba á la cintura cuando llovía, tomando por todo alimento un pan hecho con arroz, y arroz cocinado con agua, y sin más artillería que unas cuantas piezas á cargar por la boca, tenían que resistir á 40.000 americanos y 8 ó 10.000 insurrectos con ametralladoras, atrincherados también, y con 68 cañones de retrocarga perfectamente emplazados y servidos.

La población, lejos de ayudar al soldado ó animarle, abandonaba la ciudad no bien se anunciaba un bombardeo: y los pocos que en ella quedaban, cerraban sus puertas y ventanas, haciendo lo mismo las farmacias. El comercio, lejos de proporcionar víveres al Ejército, y sobre todo al Hospital, que tanto los necesitaba, ocultólos cuidadosamente y hubo que hacer requisas, cuyo resultado demostró lo que queda expuesto.

La situación de Santiago de Cuba, militarmente considerada, es, quizás, única en la historia.

Sin esperanza alguna de recibir socorros por mar que domina una Escuadra poderosa, encuéntrase cercada por tierra por un Ejército cinco veces superior en número, con excelente artillería, que aumenta diariamente y que recibe sin cesar municiones de boca y guerra.

Por no tener, no tienen ni el placer ni el consuelo de combatir: pues el enemigo que conoce su situación mejor que él mismo, que sabe sólo le queda arroz, único alimento que recibe y poquísimas municiones, que no puede gastar so pena de quedar desarmado y á merced, completamente, del vencedor, no quiere exponerse á otra lucha como la del 1.º de julio, que

recuerda con tanto asombro como terror y sabiendo que tiene, forzosamente, que capitular, y que sólo es cuestión de días, se atrincheró por su parte, dirige á la población su artillería y se prepara á bombardearla también con sus buques que, desde Aguadores, á más de cuatro millas de ella, no tardaría en reducirla á cenizas y á escombros, arrojando sobre la misma una lluvia de granadas de 16, de 20 y de 32 centímetros, cuyos efectos se verán seguramente, aunque no se vea de dónde salen los proyectiles que los causan.

El enemigo cortó, como se ha dicho, el acueducto, privando de agua á la ciudad, y aun cuando en ésta había algunos pozos y bastantes aljibes, el transporte á la Socapa, á Punta Gorda y sobre todo á las fuerzas apostadas en la línea de Cruces á Aguadores (cuatro kilómetros), se hacía sumamente penoso y difícil y, además, era insuficiente.

Pero lo que constituye el hecho más excepcional del sitio es que los socorros, que sólo hubieran podido llegar por tierra, resultaban, por decirlo así, contraproducentes, como voy á demostrar.

¿De dónde podían venir esos socorros? De Holguín, de Manzanillo, de Guantánamo ó de la Habana. De Holguín, pudieran haber llegado de 5.000 á 6.000 hombres con el General Luque; pero sólo con raciones para la marcha, por no haberlas en Holguín ni medies para transportarlas. De Manzanillo no podían venir más, puesto que las que pudieran hacerlo ya llegaron á las órdenes del General Escario. De Guantánamo, no podían por falta de víveres. Quedaban sólo las de la Habana.

Pero yo voy más lejos: yo quiero suponer que todas ellas, incluso las de la Habana, con el General Pando ú otro General cualquiera, llegaran y que se reuniera una masa capaz de arrojar al ejército enemigo, que es cuanto se puede conceder. ¿Qué hubiera sucedido entonces? Que éste se replegaría sobre la costa en menos de una hora y allí, los acorazados y demás buques de guerra hubieran detenido los progresos de nuestro Ejército

y hubieran hecho inútil su victoria y sus esfuerzos, y se hubiera encontrado en peor situación que antes de su llegada, puesto que había que alimentar á muchos más hombres; porque nadie ignora que aquí en Cuba, después de tres años de guerra, el campo nada produce y en él nada se encuentra.

Un recurso quedaba, dirán algunos: abrirse paso á través de las líneas enemigas y marchar á Holguín. Eso es más fácil de decir que de hacer.

Con el fusil actual y con la artillería moderna, no se rompen líneas ni se pasa por encima de Ejércitos. Ejemplos, Metz y Sedán: y convengamos en que los franceses se batieron allí con verdadero furor. Teníamos que reconcentrar en un punto dado todas nuestras fuerzas diseminadas en una línea extensísima, y ¿cómo hacerlo sin que el enemigo, cuyas líneas estaban á pocos metros de las nuestras, se apercibiera de ello?

Pero yo quiero suponer más aún; yo quiero suponer que se hubiera conseguido; que la Caballería hubiera podido cargar con éxito, lo cual no creo posible, puesto que los caballos no se alimentaban; yo doy de barato que las acémilas, que estaban en el mismo caso que los caballos, hubieran podido transportar las municiones de repuesto, si algunas quedaban, y los víveres (reducidos á arroz) necesarios para la marcha. Yo doy por supuesto que, á trueque de dejar dos ó tres mil hombres muertos ó heridos en el ataque, los demás se hubieran abierto el camino de Holguín, ¿cómo hacer con soldados enfermos y débiles dos marchas forzadas indispensables para librarse de la persecución del enemigo? Imposible. Los insurrectos nos hubieran hostilizado durante la marcha, disputándonos el terreno palmo á palmo y haciéndonos un número más ó menos considerable de heridos que hubieran entorpecido ó retardado una marcha que tanto convenía forzar, dando tiempo á que los americanos, que hubieran seguido, á no dudar, nuestras huellas, nos hubieran alcanzado en número abrumador, y á los cuales hubiéramos tenido que rendirnos á discreción, faltos de municiones ó

perecer hasta el último hombre, sin que semejante hecatombe produjera á España más ventajas que las que le produjo la ocurrida con la Escuadra: antes por el contrario, privando á la nación de 8.000 soldados aguerridos que llevaban ya tres años combatiendo.

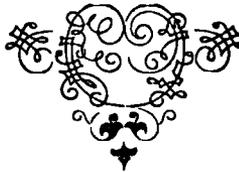
Si la Escuadra enemiga hubiera bombardeado la ciudad, como indudablemente lo hubiera hecho, hubiérala reducido á escombros y á cenizas en breve espacio de tiempo, y aun cuando, militarmente, esa consideración no debe influir en el ánimo de un General para que ella sola le impeliera á capitular, aquí, la ruina de la ciudad implicaba la de sus defensores, puesto que si en tiempos normales se hacía difícil el servicio de suministrar agua y resultaba deficiente, en tales condiciones hubiera sido imposible: el soldado, expuesto al sol durante el día, hubiera carecido de agua, que es peor aún que carecer de víveres.

Por último, ¿qué defendíamos en Cuba y á quién? Los cubanos, después de tres años de lucha, han preferido ser yankees á ser españoles; y el elemento peninsular, lejos de ayudar al soldado que lo defendía, se aprovechó, por el contrario, de la situación para subir, de un modo descarado, el precio de todos los artículos, incluso los de primera necesidad, y ocultarlos cuando supuso iban á ser decomisados, abandonando la población en el momento del peligro y despojándose del uniforme de voluntarios que en revistas y procesiones siempre tuvieron buen cuidado de lucir, ocultándose en el Caney, en los vapores mercantes y en Cinco Reales.

Tal ha sido la situación y tales las circunstancias que han concurrido en Santiago de Cuba para firmar la capitulación, en virtud de la cual regresamos á España los que allí nos encontramos.

No quiero hacer comparaciones ni emitir mi opinión sobre sucesos en los cuales he tenido que tomar parte más ó menos directa ó activa, pues pudiera parecer apasionada ó dictada

por el interés ó el egoismo. He dicho lo que ocurrió en Gerona y lo ocurrido aquí, como Beltrán du Guesclin, sin quitar ni poner. Ahora, y con conocimiento de causa, que la patria nos juzgue. Yo espero su fallo, sereno el corazón y tranquila la conciencia.



---

# INDICE

---

|  | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| PRÓLOGO.....   | 7            |
| CAPÍTULO I.—Algunos antecedentes históricos.....     | 11           |
| » II.—Los Estados Unidos y <i>El Maine</i> .....     | 15           |
| » III.—Los primeros disparos.....                    | 21           |
| » IV.—El teatro de los sucesos.....                  | 25           |
| » V.—Fuerzas de la jurisdicción.....                 | 33           |
| » VI.—Obras de defensa.....                          | 39           |
| » VII.—Artillería emplazada.....                     | 45           |
| » VIII.—El crucero <i>Reina Mercedes</i> .....       | 49           |
| » IX.—Las dos Escuadras.....                         | 53           |
| » X.—Los víveres de la plaza.....                    | 59           |
| » XI.—Haciendo carbón.....                           | 65           |
| » XII.—Opiniones sobre la salida de la Escuadra..... | 71           |
| » XIII.—El bloqueo.....                              | 75           |
| » XIV.—Los Voluntarios.....                          | 83           |
| » XV.—Expectación.....                               | 89           |
| » XVI.— <i>El Merrimac</i> .....                     | 93           |
| » XVII.—Sigue el bloqueo.....                        | 101          |
| » XVIII.—Arrencia el cañoneo.....                    | 107          |
| » XIX.—Prosigue el fuego.....                        | 113          |
| » XX.—Aparece la expedición.....                     | 117          |
| » XXI.—Línea de observación.....                     | 123          |

|  | Págs. |
|--|-------|
| CAPÍTULO XXII.—Sucesos del 22 al 27 de junio.. . . . .                             | 131   |
| » XXIII.—Finaliza el mes de junio... . . . .                                       | 141   |
| » XXIV.—Combates del Caney y San Juan... . . . .                                   | 149   |
| » XXV.—Combates del 2 y del 3... . . . .   | 159   |
| » XXVI.—Salida de la Escuadra... . . . .   | 165   |
| » XXVII.—Combate naval de Santiago de Cuba... . . . .                              | 171   |
| » XXVIII.—Causas de la pérdida del combate naval de<br>Santiago de Cuba... . . . . | 185   |
| » XXIX.—Se echa á pique el <i>Mercedes</i> ... . . . .                             | 191   |
| » XXX.—La columna Escario... . . . .   | 197   |
| » XXXI.—En la plaza y en la bahía... . . . .                                       | 211   |
| » XXXII.—Combates y bombardeos de los días 10 y 11... . . . .                      | 219   |
| » XXXIII.—Suspensión de hostilidades... . . . .                                    | 235   |
| » XXXIV.—Capitulación... . . . .   | 245   |
| » XXXV.—La emigración al Caney... . . . .  | 249   |
| » XXXVI.—Entrega de la plaza... . . . .  | 255   |
| » XXXVII.—Mercaderes, no españoles... . . . .                                      | 263   |
| » XXXVIII.—Gerona y Santiago de Cuba... . . . .                                    | 269   |

